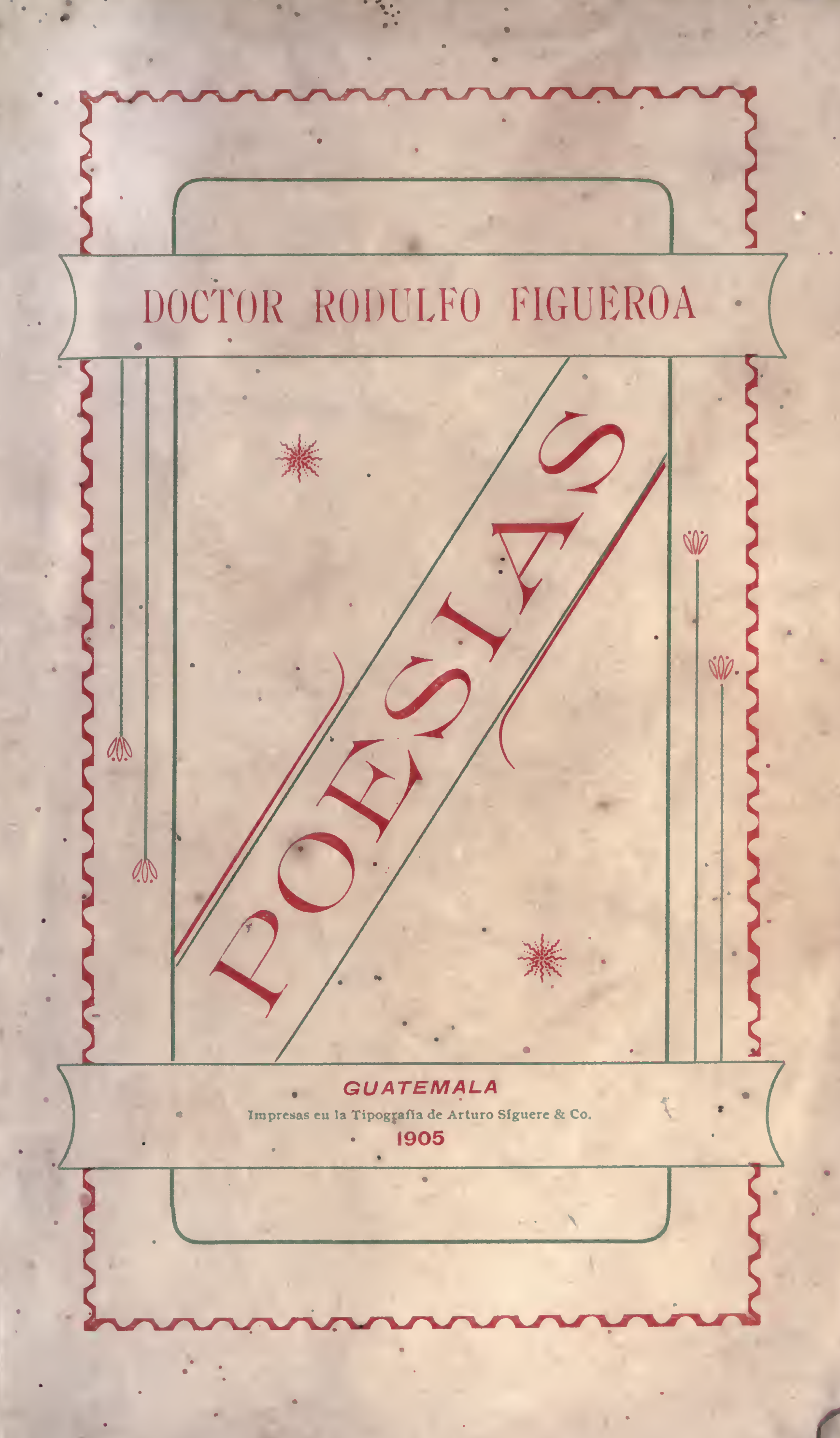

DOCTOR RODULFO FIGUEROA
POESIAS
GUATEMALA
Impresas eu la Tipografía de Arturo Síguere & Co.
1905

30 c

Doctor Rodulfo Figueroa

POESIAS

GUATEMALA
TIPOGRAFÍA DE ARTURO SÍGUERE Y CÍA.
1905



SEÑOR DOCTOR DON RODULFO FIGUEROA

(† El 7 de Julio de 1899)

UNA PALABRA AL LECTOR

Admiradores fervientes de Rodulfo Figueroa y de sus hermosas producciones poéticas, siempre pensamos que estas no debían quedar sueltas, condenadas al olvido eterno, y esperábamos que su familia ó su Estado natal se encargarían de coleccionarlas y darlas á luz, para inmortalizar el recuerdo de su autor y como tributo á su memoria; pero ni su Estado, Chiapas, ni su familia, emprendieron aquella labor bastante sencilla por cierto, y muy meritoria, sino los señores Escobar Hermanos, de Ciudad Juárez, México, editores también de varias Revistas científicas.

A ellos, que trataron y estimaron á Rodulfo, nos dirigimos solicitando el permiso para la impresión de la obra que habían editado en 1901 y de la que un solo tomo, el nuestro, existía en esta capital, en la que el Bardo pasó sus mejores años y la mayor parte de su vida; y con amabilidad que siempre agradeceremos, se sirvieron dichos señores, en carta de enero del presente año, concedernos la autorización que pedimos.

Nada más satisfactorio para nosotros que emprender esta obra, tributando así un recuerdo de cariño y un homenaje de justicia al primer poeta chiapaneco y gloria de América; ni nada más justo que emprender dicha obra en este país, para él de tantos y tan gratos recuerdos y el que dispensó, con su nunca desmentida benevolencia, todo el cariño que Rodulfo merecía.

Personas de reconocido valer literario, de esta capital, se habían comprometido, gustosas, á enviarnos juicios, etc., sobre la presente obra, que en muy poco alteramos de la ya publicada; pero la premura del tiempo nos impidió insistir sobre ellos. Afortunadamente, los versos que hoy ofrecemos á los lectores, no necesitan de recomendación.

Diremos de paso que nuestro mayor deseo fué, al tener la seguridad de la publicación del presente libro, que viera la luz en este mes, en el mismo en que hace seis años cerró para siempre los ojos, en plena juventud, su autor, nuestro inolvidable amigo Rodulfo.

No quisimos hacer su biografía, como es de rigor en estos casos, por creernos incompetentes. Su recuerdo aun está muy fresco, y nadie, con seguridad, habrá olvidado su vida de estudiante, el éxito brillantísimo con que terminó su carrera de medicina y el premio que obtuvo por su trabajo sobre "La Vacuna," en el concurso abierto por esta Facultad.

Antes de concluir diremos, que como homenaje á su memoria, dos Revistas científicas, á las que sirvió con interés, se tomaron el mayor empeño en la presente publicación: "La Escuela de Medicina," de la que fué Redactor y cuyo Director actual es el Doctor don Juan J. Ortega, su maestro y su amigo, y "La Juventud Médica," órgano de la sociedad que fundó y de la que fué el primer Presidente, y cuya Revista nos ha tocado redactar desde hace un año.

Celerino Guillén.

Guatemala: Julio de 1905.

FUGACES

¿Por qué te llaman todos el poeta?
Me interrogaba pensativa y quieta
Llevándome á regiones de más luz;
Yo, con la fé de los que aquí se aman,
Le dije sonriendo: —¡Así me llaman
Porque me quieres tú!

II.

Dime hasta cuando termina
La vida inmortal del alma,
Y yo te diré el instante
En que mi pasión se acaba.

III.

Queriendo darte un cielo, cierto día
Lo busqué con afán aquí y allí;
¡Cómo lo iba á encontrar, paloma mía,
Si me alejaba más y más de tí!

IV.

¡Cómo son las mujeres! Todavía
No se borraba la reciente historia,
Cuando pasé por su camino un día
Despertando un recuerdo en su memoria.
Me miró largo rato, interrogando
Algo á su corazón que no responde;
Tal pareció que dijo: —No sé cuando
Vi una cara como esa, no sé donde!

V.

Cuando cruzas por mi árido camino
Sonriente y hermosa sin mirarme,
Olvidando que ayer, entre sonrojos,
Ser mía para siempre me juraste;
Cuando á mi lado pasas distraída
Despertando calmadas tempestades,
Cuántas veces me he dicho, conteniendo
Un suspiro ahogador como los mares:
Para borrar como por fin lo hiciste
De tus recuerdos nuestro amor tan grande
Cuán honda debe ser la sepultura
Que en tu desierto corazón cavaste,
Qué solitario y lóbrego el abismo
Donde mi cuerpo ensangrentado yace,
Y cuánta tierra le echarías por miedo
De que sepan que llevas mi cádaver!

VI.

¡ Un beso! . . . . Por recibirlo
De tus labios entreabiertos
Todos los hombres darían
El mar, la tierra y el cielo;
El aire que los rodea,
Su sangre y su pensamiento,
La salvación de sus almas . . . . . .
¡ Todo lo grande y lo eterno!
Yo que soy pobre y que sabes
Que, cual ninguno, te quiero,
Por recibir de tu boca
Una caricia de fuego,
Por aspirar tus perfumes,
Por envolverme en tu aliento,
¡ Por un beso que me dieras
Te daba en cambio otro beso!

VII.

Del tiempo y la distancia me reía
Al darle á lo que ofreces importancia ;
Para amor tan profundo, me decia,
Nada valen el tiempo y la distancia.
Cuando nos separamos, noche y día
Fué tu olvido borrando mi constancia,
Y heme aquí meditando, hermosa mía,
En el valor del tiempo y la distancia !

VIII.

—" Mi alma es la tuya "— Me abisma
Eso que en tu labio escucho,
Porque, dirás que es sofisma :
Como yo te quiero mucho
Te quieres mucho á tí misma.





A MI PADRE EN SU CUMPLEAÑOS

Debo padre, decirte lo que siento;
Es rudo mi lenguaje y es sincero;
Tú sabes que á tu lado estoy contento,
Sabes que te respeto y que te quiero.
¡ Cómo no te ha de amar el alma mía
Si todo lo que tengo me lo has dado!
Me diste un porvenir que no tenía,
Me enseñaste á vivir como hombre honrado.
Tú me enseñaste á amar, dando el ejemplo,
Las virtudes que endulzan la existencia;
A venerar en sacrosanto templo
Todo lo que enaltece la conciencia.
"Sé bueno, me dijiste, no mancilles
El nombre que te dejo, esa es tu gloria,
Siempre ten dignidad, jamás te humilles
Y que sólo nobleza sea tu historia."
"Ama á mis hijos como á tí te quiero,
Vela por ellos como buen hermano,
Yo los cuido también . . . . si acaso muero
Tú seguirás la obra en que me afano."
"La santa caridad debe encontrarte;
Protege al desgraciado y al mendigo;
Piensa que tú también puedes quedarte
Alguna vez sin pan y sin abrigo."
"Que jamás te deslumbre la riqueza,
Todo con el trabajo se ha alcanzado;
Preferible es mil veces la pobreza
Al oro que de infamias se ha manchado."

" Recuerda que los nobles corazones
Odiaron siempre la maldad y el vicio ;
Si desbordas sin freno tus pasiones
Caerás en insondable precipicio."
" No deshonres á nadie, que tus labios
Dejen para el infame esos alardes,
Perdona las ofensas, los agravios,
Porque solo se vengan los cobardes. "
" Siempre debes decir lo que se siente
Sin embozo ninguno y con franqueza,
Y con respeto descubrir tu frente
Donde quiera que encuentres la grandeza. "
" El hipócrita vive de congojas
Y arrastra una existencia miserable ;
No debes adular por que recojas
De pan algún pedazo despreciable. "
" Debes creer en Dios, al que no cree
Todos lo miran con horror profundo,
Dios en el fondo de las almas lee
Y protege á los buenos en el mundo."
" Ama el suelo bendito en que naciste,
El amor de la patria es el más santo,
Muere por ella si luchar la viste
Y de su pabellón forma tu manto. "
" Y después de la patria . . . . tú conoces
Quienes te cuidan con afán prolijo,
Quienes cifran en tí todos sus goces . . . .
¡ Tú los debes amar si eres buen hijo !"
Esos santos consejos, ya lo viste
Que nunca están con mi conducta en guerra :
No cambio esos tesoros que mediste
Por todas las grandezas de la tierra.
Jamás podré pagar lo que te debo,
Me diste el corazón, me hiciste hombre ;
Mas te conformas con saber que llevo
Sin mancha alguna tu sagrado nombre.

Yo conozco muy bien lo que deseas,
En donde tienes tus ideales fijos,
Yo sé que te conformas con que veas
Nobles y buenos tus amados hijos.
Y al fin verás tu afán recompensado,
¡ Cómo ibas á vivir de desengaños !
Te respetan tús hijos, padre amado,
Y quieren abrazarte en tu cumpleaños !
1886.

¡ MUERTA !

Como fugaz exhalalación pasaste
Por mi cielo sin luz y sin rumores,
Y, al hundirte en las sombras, me dejaste
Deslumbrado con tantos esplendores.
Eres una ilusión desvanecida,
Una quimera de mi fé secreta.
El más grato recuerdo de mi vida,
Un delirio sin nombre de poeta !
Y aquí me tienes olvidado y solo
Arrullándote en versos funerales,
Y pensando en el duelo á que me inmolo
Que jamás volverán mis ideales.
Así llorando por tu amor y el mío.
Paso las horas silencioso y triste,
Fué tu desdén calculador y frío
Y en la mitad del corazón me heriste.
Hoy cuando paso junto á tí, comprendo
Que la vieja pasión llama á mi puerta,
Y me separo con pesar, diciendo:
¡ Que hermosa estás desde que vives muerta !
1888.



EL ANGEL DE LA GUARDA

A MI MADRE

I.

A pesar de los años transcurridos,
de mi tranquila infancia
guardo un recuerdo arrullador y hermoso
en lo íntimo de mi alma.
Es una vieja historia de otros días
de ternura y de lágrimas
que repito en mis horas de tristeza
como santa plegaria;
es de una edad lejana que no vuelve
reminiscencia vaga
que nunca olvidaré porque la llevo
hondamente grabada
en lo más escondido de mi pecho,
en lo íntimo de mi alma!

II.

Una noche invernal y tempestuosa,
obscura y destemplada,
silencioso escuché junto á la lumbre
que en el hogar brillaba
el trueno amortiguado que rugía
detrás de las montañas;
silbaba el huracán con furia intensa
y sus perdidas ráfagas
azotaban sin tregua ni descanso
las puertas y ventanas;

la luz de los relámpagos rompía
con su trémula llama
aquella densa obscuridad del cielo,
del bosque y la montaña;
desgajados los árboles gemían,
y los perros aullaban,
y esa vez tuve miedo, y sentí frío........
frío intenso en el alma!
Creí que los espíritus nocturnos
á la tierra bajaban,
en medio de las sombras de la noche
miré sus formas vagas,
sentí sobre mi frente el soplo helado
de sus inmensas alas
y confundí sus gritos con los ecos
del viento que silbaba.
Yo, con la fé del corazón del niño
que invoca á quien lo ampara,
aquella noche de mortal pavura
busqué á mi madre santa
y oculté mi cabeza en su regazo
conteniendo mis lágrimas.
Duerme! me dijo cariñosa y dulce,
duerme, niño de mi alma,
No temas el rumor de la tormenta
ni el huracán que estalla,
que cuidándote está sobre la tierra
el ángel de tu guarda;
de la vida en el viaje solitario
te cubre con sus alas
y el amor con que vela en tu camino
jamás, jamás se acaba!
Así dijo la madre de mi vida,
único sér que me ama;
murmuró sonriendo en mis oídos
una oración cristiana
y sentí que mis ojos soñolientos
al cabo se cerraban,
que me besó la frente y que me dijo:
duérmete, hasta mañana!

III.

Desde entonces conservo con cariño,
en lo íntimo de mi alma,
ese recuerdo arrullador y hermoso
de aquella edad lejana:
cuando la tempestad en mi camino
ruge desenfrenada
y el huracán atronador é inmenso
con furia se desata,
cuando lloro en mis horas de infortunio
tan negras y tan largas
y recuerdo que llevo solamente
tristezas en el alma,
entonces pienso en el hogar que ocultan
las azules montañas,
en el caliente nido donde habita
mi madre buena y santa,
y resuena otra vez en mi memoria
la bendita plegaria
de la noche invernal, que nunca olvido,
obscura y destemplada.
Duerme! murmura cariñosa y dulce,
duerme, niño de mi alma,
que cuidándote está sobre la tierra
el ángel de tu guarda;
de la vida en el viaje solitario
te cubre con sus alas
y el amor con que vela en tu camino
jamás, jamás se acaba!

1887





A UNA RELIGIOSA

I.

Penitente hermosa y grave
Que en tu afán de ver el cielo
Te envuelves en negro velo
Y en las sombras de la nave;
Tú que lloras como el ave
Que su plumaje ha perdido,
Y en vez de formar tu nido
Entre las selvas incultas,
Voluntaria te sepultas
En la oración y ei olvido.

II.

Tú que al pasar distraída
Bajo el pórtico severo
No alzas la vista al alero
Donde la paloma anida;
Tú que pareces dormida
Cuando entre cirios escasos
Oras, cruzados los brazos;
Y aunque á la vida despiertes
Nunca en tu abstracción adviertes
Que un hombre sigue tus pasos.

III.

Tú que en tantísimas veces
Que te he visto arrodillada
Siempre una estatua enlutada
Por lo inmóvil me pareces;
Tú que al elevar tus preces
Y que al fijar tus pupilas
Brilladoras y tranquilas
En los altares desiertos,
De tus labios entreabiertos
Palabras de amor destilas.

IV.

Tú á quien la muerte no arredra,
Que llena el alma de angustia,
Floreces pálida y mustia
Como en las ruinas la hiedra;
Tú que pareces de piedra
Con la dura contracción
De tu faz sin expresión;
Que apenas al mundo vienes
Y sin embargo ya tienes
Lacerado el corazón.

V.

Tú que solitaria lloras
Cuando á atormentarte empiezas
Y no sabes por qué rezas
Ni por qué tan hondo imploras;
Tú que tus penas ignoras,
Que no tienes alegrías,
Que al cabo de tantos días
De llanto, tan solo alcanzas
A enterrar tus esperanzas
Bajo estas naves sombrías.

VI.

¡Con cuánto dolor contemplo
Tu frente que triste inclinas,
A las luces mortecinas
De las ojivas del templo!
Misterioso y raro ejemplo
De abnegaciones inciertas,
A tí á quien abren sus puertas
Risas, auroras y galas,
Prefieres plegar tus alas
Como las alondras muertas!

VII.

¿Por qué cierras á la luz
De tu alba corola el broche,
Y buscas ¡ay! de la noche,
El funerario capuz?
¿A qué llevar esa cruz
De negro estigma señal,
Cuando tu alma virginal,
A tus ojos pecadora,
Es claro fulgor de aurora,
Blanca nieve boreal?

VIII.

Tus extraños desvaríos
¡Perdona!—no los comprendo;
Son mariposas naciendo
Despojadas de atavíos;
En estos claustros vacíos
Nunca podrás encontrar
Algo que pueda llenar
De embeleso á las mujeres,
Pues si buscas lo que quieres
Hallas desierto el altar.

IX.

Al ver entre secas flores
Este Cristo ensangrentado,
Dime: ¿qué impulso ignorado
Despierta en tí los amores?
¿Por qué ese cuadro de horrores
Que de pavura nos hiela,
Tu alma lo busca y lo anhela,
Y en tus fervientes excesos
Lo cubres de muertos besos
Y á tí no más te consuela?

X.

Tener en la edad florida
Amante agostado y frío,
Que indiferente y sombrío
Recibe el alma y la vida;
Sepultar en honda herida
Los amores de los dos,
Y de impiedades en pos
Tender afanosa el vuelo,
¿No sabes ángel del cielo,
Que eso es ofender á Dios?

XI.

Ah! si pudiera quererte
Como amé en lejano día,
Con qué furor rompería
El Cristo mudo é inerte!
Pero hoy, religiosa, al verte
Absorta en tan triste calma
Como solitaria palma
De las regiones desiertas,
Hoy, solamente despiertas,
Letal tristeza en mi alma.

XII.

¿Quién que tenga corazón
Podrá contemplar sin pena
Una tronchada azucena
Que desgarró el aquilón?
¿Quién al verte en oración
Postrada siempre de hinojos,
Cubierta el alma de abrojos
Y de hondos surcos la frente,
Quién, peregrina, no siente
Que acude el llanto á sus ojos?

XIII.

Dios que te dió la hermosura
Como á la flor su ropaje,
No ha de querer que se aje
En esta mansión obscura;
Si hay una antorcha en la altura,
Llama de ardiente crisol
Que baña en luz y arrebol,
¿Por qué sabiendo volar,
No subes hasta encontrar
Los esplendores del sol?

XIV.

Olvida, pues, tus quimeras,
Porque es pecado, alma mía,
Sepultar ceñuda y fría
Tus ilusiones primeras;
Y así como á otras esferas
La voz del órgano sube
De incienso envuelta en la nube,
Así, dejando estas sombras,
Busca ese cielo que nombras
Con tus alas de querube.

XV.

Ya lo ves! no es necesario
Ese afán con que te humillas,
Ni estar siempre de rodillas
Inmóvil ante el santuario;
Dios en su inmenso escenario
Colocó templos mejores
Para seres superiores:
Arriba el espacio azul,
Estrellas, nubes de tul
Y abajo el mar y las flores.

XVI.

Si allí practicas el bien
Orando por los que lloran,
En otras partes te imploran
Muchas miserias también;
En el eterno vaivén
Del humano mar que gime,
Donde á cada paso imprime
Negro surco el huracán,
Más que tus rezos, el pan
Las abyecciones redime.

XVII.

¡Cuánto náufrago se halla
Perdido en el oleaje
Que enfurecido y salvaje
En ronco clamor estalla!
En esa ruda batalla
Que libran con heroísmo
Los pobres y el cataclismo,
¡Cuánto moribundo errante
Busca una tabla, anhelante,
Que lo salve del abismo!

XVIII.

En premio de tu virtud
Mojarán tu blanca mano
Las lágrimas del anciano
Que sufre en la senectud;
Por doquier la gratitud
De tanto sér indigente
Te seguirá eternamente,
Y por tus santas acciones
Hallarás las bendiciones
Que hoy no alcanzas penitente.

XIX.

Golondrina pasajera
De otros climas y otros lares,
A los desnudos hogares
Llevarás la primavera;
Encontrarás por doquiera,
Al calor de gratos días,
Perfume, luz y armonías,
Y olvidarás la tristura,
La calma de sepultura
De estas bóvedas sombrías.

XX.

Y yo, perdido viajero
En extrañas latitudes,
En adorar tus virtudes
Seré entonces el primero;
Yo que te busco y te quiero
Porque algo evocas tal vez
De mi pasado á través,
Libre de aquestos agravios
Iré posando mis labios
En donde poses tus piés.

1889.



A MARIA

Porque todos á porfía
Te llaman casta azucena,
Porque eres hermosa y buena,
Porque te nombras María;

Porque sé que no te enojas
Si algunos versos perdidos
Miras manchar atrevidos
De tu álbum las tersas hojas;

Por todo eso, sin temores
Vienen mis pobres cantares
A vibrar en tus altares
Y á perderse entre tus flores.

¡Qué quieres! Son mariposas
Que buscan frescos vergeles,
Gratos perfumes y mieles
De las entreabiertas rosas.

Son golondrinas viajeras
Que en tu libro se quedaron;
¡Es tan azul, que encontraron
Las eternas primaveras!

Abrígalas! yo te pido
Que no les cortes las alas,
Y que les prestes tus galas
Para que formen su nido.

¿Quién soy? De tu alma sencilla
Esas preguntas destierra;
Sabe que busco en la tierra
Donde doblar mi rodilla.

Hallé tu álbum y en sus hojas
Ví de tus manos las huellas,
Y te dejé mis querellas
Porque sé que no te enojas.

¿Verdad que sí? Da alegría
Verte tan dulce y serena,
¡Tú debes de ser muy buena
Porque te llamas María!

1889.



EN LOS TOROS

Dió el clarín la señal. Sobre la arena
Apareció gallardo el matador,
Llamó á la fiera y tras de corta lucha
Hasta el pomo la espada se la hundió.
Mientras que con salvaje clamoreo
"Bravo!" á la par gritaron sombra y sol,
Ella desde su palco contemplaba
Serena el desenlace tan atroz,
Recordando tal vez que á sangre fría
También un hombre sin piedad mató,
Con destreza mayor, de un solo golpe
Que recto fué á parar al corazón!

1889.





NOCHE DE LUNA

Ven! Ya la luna soñolienta y sola
Principia á recorrer la inmensidad;
En la orilla del mar ruge la ola,
El lejano celaje se arrebola
Y todo es esplendor y claridad.

El cocuyo en la fuente se retrata,
La espuma besa al dormilón sauz;
Y te llama, al sonar la catarata,
Formando en el abismo arcos de plata
Y al caer con fragor puntos de luz.

La selva se ha llenado de rumores,
De funerarios ecos el ciprés;
Han cerrado sus cálices las flores
Y en el nido los tiernos ruiseñores
Durmiendo están para cantar después.

En el lago las hadas se adormecen
Meciéndose en los tallos del bambú;
Blancos vapores de las aguas crecen
Que á la luz de la luna me parecen
Fugitivas visiones como tú.

La brisa donde siempre te embalsamas
Agita los penachos del cañal,
Y al pasar susurrando entre las ramas
Repitiéndote va que si me amas
Yo te haré con mis trovas inmortal.

Ven! ya conoces que mis duelos calmas,
Que soy poeta nada más por tí;
Bajo el follaje de las verdes palmas
Se dirán lo que sientan nuestras almas
Cuando la luna nos alumbre así.

Con sus rojas pupilas las estrellas
Nos verán por la playa caminar;
La onda azulada besará tus huellas,
Y te diré al oído mis querellas,
Mis ternuras tan grandes como el mar.

Ven conmigo á gozar! Nadie importuna
El amor pudoroso de los dos;
Mirarán desde arriba mi fortuna
La misteriosa y soñolienta luna,
Los rojos astros del cenit y Dios!

1889.





Oraciones y Perfumes

I.

Es una historia que un día
Oí con honda aflicción,
Tan triste, que todavía
Lleno de melancolía
Se me oprime el corazón.

¡Qué sencilla y qué inocente
Era en la alcoba la escena!
Mirándose frente á frente
Hablan con rumor creciente
La niña y la madre buena.

—Madre—y sus ojos inquieren,
Tranquilos y brilladores,
Negras angustias que hieren
—Cuando los niños se mueren
¿Por qué los cubren de flores?

Si duermen á los reflejos
De los macilentos cirios,
Si están sus almas muy lejos,
Madre ¿por qué ponen lirios
En los ataúdes viejos?

Yo no puedo comprender
A qué viene ese cariño,
Pues me dijiste ayer
Que cuando se muere un niño
Se vá para no volver!—

Callaron sus labios rojos,
Y entonces el llanto impreso
Vió de su madre en los ojos;
La que, triste y sin enojos,
Le dijo dándole un beso:
—Alma de mi alma, estas cosas
Después las verás con duelo;
Se ponen flores hermosas
Para que vayan al cielo
Los niños oliendo á rosas

Ay! como no tiene cura
El dolor que nos consume,
Les damos por sepultura
La espiritual vestidura
De una oración y un perfume!

Son los adioses mejores
Estos cuidados prolijos;
Sentimos menos dolores
Sabiendo que nuestros hijos
Se van cubiertos de flores!

II.

Después....la niña tan buena
Y tan sencilla, enfermó;
Pálida y mustia se vió
Como una blanca azucena
Que mano aleve cortó.

Fiebre voraz y mortal
En su corazón habita,
Ay! ¡qué inflexible es el mal
Que poco á poco marchita
Aquella alma virginal!

La madre al pié del altar
De hinojos pide mercedes
Repitiendo sin cesar:
—¡Virgen que todo lo puedes
No la vayas á matar!

Tú que alivias nuestro duelo,
Nuestra perdurable guerra,
Mira el dolor que me aterra:
¡No quieras, virgen del cielo,
Dejarme sola en la tierra!—

Entre tanto, lentamente
Se agosta la pobre enferma:
¡Qué fatigada se siente
Al decir con voz doliente:
—Déjame, madre, que duerma!

Una tarde, á los rumores
De una oración despertó,
Y olvidando sus dolores
Muchas flores, muchas flores
Para su lecho pidió.

Y envuelta en rosas y lirios
Pidieron sus labios rojos
Muchos cirios.... muchos cirios....
Y cuando cerró los ojos
Se acabaron sus martirios!

Alguien que llorando vió
La muerta llena de galas,
Refiere que allí escuchó
Batir fugitivo de alas
Que en el azul se perdió.

Mientras la niña á la altura
Una oración y un perfume
Se llevó por vestidura,
La madre....¡no tiene cura
El dolor que la consume!

1889.



CARTA A UN AMIGO

Mi inolvidable amigo: si supieras
Lo que me cuesta hallar un consonante
De mis apuros compasión tuvieras;

Pero no hay esperanzas; insinuante.
Vibra á mi lado tu lenguaje fiero
Que me pide tercetos al instante.

Yo que á tu enojo todo lo prefiero,
Obedezco sumiso tus mandatos
Y héme aquí con papel, pluma y tintero,

Trazando indescifrables garabatos
Que harán pasar, puesto que lo has querido,
Al paciente lector muy malos ratos.

Si censuran mis versos, si un silbido
Resuena por ahí como en los toros
Rasgando el corazón más que el oído,

Busca de la paciencia los tesoros,
Y encontrarán tus invisibles vallas
Los criticastros y sus ruines coros.

Yo el bulto escurriré, y allá te lo hayas,
De lo que á mí me exiges en castigo,
Con la turba de viles y canallas.

¿Aceptas? Pues mi epístola prosigo
Que sólo tiene un mérito, y consiste
En que lleva el afecto de un amigo.

¿"Cómo la paso aquí"? Triste, muy triste,
Sumido en horas de letal vigilia
Siempre en algo pensando que no existe.

Mis amores, mis versos, mi familia,
Mis sueños de grandeza, desvaríos
Que no sé cómo el corazón concilia.

Ay! esos son los compañeros míos
Que pueblan de mi estancia los espacios
Silenciosos, obscuros y vacíos!

Siempre á la dura realidad rehacios
Mis pensamientos, como magas viejas
Fabrican en el aire sus palacios.

Atravesando las caladas rejas
¡Cómo ván penetrando en sus recintos
Las historias de amor y las consejas!

Una vez en tan bellos laberintos
Bien sabe Dios que allí me quedaría
A no soplar después vientos distintos.

Me sacude invisible batería,
Con su chispazo á la razón despierto
Y allí está la lección de Anatomía....

Con duro ceño y ademán incierto
Abro el libro do está nuestra miseria
Y á conversar me pongo con un muerto.

No hay en verdad ocupación más seria
Que seguir á través de un organismo,
El tortuoso trayecto de una arteria.

¡Cómo olvido mis sueños! ¡cuál me abismo
Sorprendiendo del hombre los secretos,
Es decir, los secretos de mí mismo!

Y luego, herido por extraños retos,
Me acerco al anfiteatro y á su plancha
Para hacer mis estudios más concretos.

Me lavo allí de ignominiosa mancha,
Ruedan mis fanatismos por el suelo
Como en el monte altivo la avalancha.

Si me vieras blandir el escalpelo
Y cubierto de sangre y de sudores
Despanzurrar á quien olvida el cielo,

Y en medio de aquel cuadro de terrores
Hacer la disección, firme y seguro,
De un corazón que para tí es de amores;

Resolver sin congoja y sin apuro
Los problemas más hondos y formales
Llevando luz hasta su seno obscuro;

Hablarte de los centros cerebrales,
Buscar del alma la morada tosca
Y en el nervio buscar fluidos vitales;

Al contemplarme en actitud tan hosca,
Ensangrentado y fiero, dudarías
De mí que no he matado ni una mosca......
....
....
....

Después saludan las paredes frías
De mi aposento, por demás estrecho,
Al viejo amigo de pasados días,

Y otra vez dormitando sobre el lecho
Escucho lo que dicen los latidos
Del huérfano que llevo aquí en el pecho.

Pienso en aquellos seres tan queridos
Que dejé con inmensa pesadumbre
Ay! en la tierra en que nací, perdidos!

Salvo grandes distancias, y á la cumbre
Do el hogar de mis padres se dormía
Voy por las tardes á mirar su lumbre.

Miro subir la nube blanquecina
De humo, que alcanza los celajes rojos,
Llevando acaso una oración divina;

Y olvidando mis íntimos enojos,
Al ver oculta mi casita huraña,
Las lágrimas se agolpan á mis ojos....

Sobre la falda azul de esa montaña
El nido está donde mi madre buena
Con su amor y sus rezos me acompaña.

Allí más puro mi cantar resuena,
Se abarca en esos horizontes tersos
De una mirada su extensión serena.

Y pensando en los días tan adversos
Que hoy enervan mi alma de tristeza
Otra vez soy poeta y hago versos.

En esta misma quejumbrosa mesa
Escribo muchas noches sin descanso
Hasta sentir dolores de cabeza.

A hermosos mundos de ficción me lanzo,
Abandonar sus limbos nunca quiero
Y á mayores fatigas más avanzo.

Mas cuando al cabo con su dardo fiero
Los hondos duelos sin piedad me hieren,
Sacudo con la manga mi sombrero,

Y para ver si mis fastidios mueren
Salgo á la calle á contemplar hermosas
Ingratas todas porque no me quieren.

Acariciando tan diversas cosas
Que no sé cómo el corazón concilia
Paso las lentas horas angustiosas.

Y mientras pueblan mi letal vigilia
Con sus murmullos y su eterna fiesta
Mis amores, mis versos, mi familia......
¿Qué vida llevas por allí? Contesta.

1890.



EN EL TEATRO

¡Qué hermosa estabas en el teatro anoche!
Entreabierto el vestido que te escuda
Eras la rosa que rompió su broche
Para quedar, á plena luz, desnuda.

Te ví, sumido en abstracciones hondas
De las que sólo tu mirar me arranca,
Surgiendo audaz de tus nevadas blondas
Como otra Venus de la espuma blanca.

Contemplé tu garganta cimbradora
Con la que siempre mi pasión asedias,
Tu negra cabellera onduladora,
Tu henchido seno descubierto á medias.

Tu hombro tallado por artista griego,
Tu brazo escultural hecho de nieve,
Tus rojos labios como el mismo fuego,
Tu esbelto talle que á estrecharlo mueve.

¡Qué hermosa estabas como nueva Gracia
Entre oleadas de luz y de perfume,
Despertando un amor que no se sacia,
Que en anhelos sin nombre se consume!

Al mirarte en tu palco tan radiosa,
Envuelta en claridades de alboradas,
Con tus formas espléndidas de Diosa
Siendo blanco de todas las miradas;

Yo que te adoro entre la sombra oculto,
Dulce objeto de todos mis desvelos,
Viendo á la luz lo que formó mi culto
—Perdona que lo diga—¡ Tuve celos!

¿No te sentiste de vergüenza roja
Cuando, al llevar tan atrevido escote,
Escuchaste con íntima congoja
Torpe lisonja y flagelante mote?

¿No sintieron tus carnes de alabastro
Bocanadas de fuego, por ventura?
¿No te ha quedado el asqueroso rastro
De tantos ojos de mirada impura?

¿Cuando agitaste el abanico inquieto
Para que nadie tus pudores vea,
Fué porque al descubrir tanto secreto
De rubor tu mejilla se caldea?

¿A qué viene ese afán de profanarte,
De estar contigo misma en cruda guerra,
Cuando no necesitas desnudarte
Para ser la más bella de la tierra?

Si quieres conservar limpio el tesoro
Que hoy el vulgo sensual te mancha y roba,
Tiene la castidad su llave de oro
Para el tibio recinto de la alcoba.

Allí, arropada en vaporosas nubes,
Despliega sin temor tus niveas galas,
Y cuando te adormezcas, los querubes
Bajarán á arrullarte con sus alas.

Oculta y sola bajo tu almo broche
Se posarán sobre tus hombros tersos
En vez del cieno que sentiste anoche
Las aladas caricias de mis versos.

No sentirán tus carnes de alabastro
Bocanadas de fuego calcinantes,
Ni tus mejillas llevarán el rastro
De tus rojos pudores vergonzantes.

Y yo que formo de tu nombre un culto,
Dulce objeto de todos mis desvelos,
Al adorarte entre la sombra oculto
Jamás tendré de los querubes celos!

1890.





CONTRASTES

Dolores hecha de tules
Y Luz de celajes rojos;
Son de Luz negros los ojos,
Los de Dolores azules.

Es Luz del boscaje umbrío
Cantora torcaz sentida,
Y Lola garza dormida
Entre los juncos del río.

Es Luz de ardientes amores
La encarnación voluptuosa,
Y es, transparente y hermosa
Muy espiritual Dolores.

Luz es fiebre que desvela,
Sed de un amor que consume,
Y Lola es sólo un perfume,
Copo de nieve que hiela.

Ornan á Luz con su corte
Gentilezas de morena,
Es Lola rubia y serena
Como una virgen del Norte.

Fueron formadas, en fin,
De celajes y de tul,
La morena en Estambul,
La rubia á orillas del Rhin.

Ninguna de ellas respeta
De su alma pura el santuario:
Luz — Mi novio es millonario.
Lola — Mi novio es poeta.

—Tiene amoroso y riente,
En los ojos mil destellos.
—¡Qué negros son sus cabellos,
Y qué pálida su frente!
—¡Quién no lo adora al instante
Si es por lo bello un Apolo!

—Porque vive triste y solo
Siempre le seré constante.
—Hoy, dormitando en su coche,
Lo ví pasar por aquí.
—¡Qué frío sintió por mí
Bajo mi balcón anoche!

—Con ramos de cinco duros
Diariamente me importuna
—Dice que rayos de luna
Soy de sus versos obscuros.

—El á fuerza de millones
A amarlo mucho me incita
—Tiene él rota la levita,
Raídos los pantalones.

—Audaz mi novio se atreve
Siempre á besarme en la boca.
—Y mi novio apenas toca
Mis manos, para él, de nieve.

—¡Qué bien sabe galantear
Cuando mis antojos mima!
—Ayer escribió una rima
Que me hizo mucho llorar.

—En paz y en gracia de Dios
Seré suya el otro invierno,
—¡Ay! yo no sé, Dios eterno
Lo que será de los dos!

—Entra á casa, viene y vá
Y no es mi pasión secreta
—Por ser pobre y ser poeta
Lo detesta mi mamá.

— Mi amor es senda de flores.
— Mi amor es calvario y cruz.
Y está muy radiosa Luz
Y muy pálida Dolores.

Parece del bosque umbrío
Luz la torcaz tan sentida
Y Lola garza dormida
Entre los juncos del río.

Chispean los negros ojos
Mientras lloran los azules:
¡Qué ha de ser: Lola es de tules
Y Luz de celajes rojos!

1890







ESBOZO

Recibió del dolor la última herida
Y dejó entre los cirios sus despojos,
Y fulguró una lágrima perdida
En los limbos celestes de sus ojos.

La pobre madre, como todas, buena
Cubre de besos el cadáver yerto,
Y luego endulza su profunda pena
Orando á solas con el niño muerto.

En tanto el padre, menestral salvaje,
Que enriquece el hogar con sus desvelos,
Invoca á Dios con espantoso ultraje
Enseñando los puños á los cielos!

1890.





LOS QUE LUCHAN

A MÁXIMO SOTO HALL.

Los que van por ahí vertiendo flores
Que á lodo y cieno sus matices juntan,
Y como niños cuentan sus dolores
A los que nunca por su mal preguntan;

Los que hablan algo que jamás se alcanza
Entre clamores de sangrienta mofa,
Y hacen de cada verso una esperanza
Y encarnan un ideal en cada estrofa;

Los que serenos el continuo ultraje
Reciben del mundano cataclismo,
Y robando á los dioses su lenguaje
Hablan de la virtud y el heroísmo;

Los que entonan los salmos de su estro
Conociendo el juglar que los escucha,
Y viendo al adversario tan siniestro
Jamás se arredran en la cruda lucha;

Son gladiadores en la abierta arena:
A cada golpe que su pecho abate
Vuelven con más aliento á la faena
Hasta vencer en el mortal combate.

Como raudos torrentes espumosos
Un cielo arrullan cuando están dormidos,
Y si encuentran senderos escabrosos
Lanzan más formidables sus rugidos.

Impulsados por fuerzas ignoradas
Pasan haciendo destrucciones grandes,
Cual graníticas moles desgajadas
De las crestas azules de los Andes.

Yo los he visto caminar cual reos
Alta la frente de melena hirsuta,
Pisoteando las turbas de pigmeos
Que obstruyen siempre la triunfante ruta.

¡Cómo escuchan crispados los aullidos
De los torpes que viéndolos abajo,
Piensan que son, por la centella heridos,
Aguilas que se arrastran con trabajo!

Para esquivar injurias tan grotescas
Que á cada paso en su desgracia afrontan,
Agitando sus alas gigantescas
A los cielos á veces se remontan.

Y van como el león de los desiertos
Seguidos de famélica jauría,
Si algunos ruedan por el polvo muertos
Se levanta mayor la gritería.

Ah! todos sienten con dolor oculto
Como hierro candente su anatema,
Y es una imprecación y es un insulto
Cada gangrena hedionda que se quema!

Llenando el aire de tremendas notas
Inflexibles formulan el presagio,
Y son como las fúnebres gaviotas
Unicos que se salvan del naufragio.

Su eterno lema es depurar la escoria,
Vivir con todos en perpetua guerra ;
Señalar el camino de la gloria
Por los rastros que dejan en la tierra.

Y sin temores ante el sino adverso
Combatir con endriagos y vestiglos
En la meta sin fin del universo,
Ante un solemne espectador : los siglos !

1890.





EL CUERVO

I.

Son dos hogares que hospedan
La alegría y el pesar;
Una alma que viene al mundo,
Otra que al cielo se vá,
Y allá en el bosque vecino
Ronco, inmóvil, funeral,
Como el infortunio, negro,
Un cuervo graznando está.

II.

En vano la pobre madre
Gime y llora sin cesar;
En vano triste y doliente
Suspira con hondo afán
Y le dice al niño enfermo:

"¿Por qué tan pronto te vás?
"¡No me dejes! ¡Si supieras
"Que solo en tí sé pensar
"Y que si no me abandonas
"Serás mi felicidad!
"¡No te duermas! ¡Dame un beso!
"¡Dios mío, que helado estás!
"¿No me respondes?"—Y el niño
¡Cóme le iba á contestar
Si su alma virgen y pura
No estaba en el mundo ya!

Entonces la pobre madre
Que oye el cercano graznar
Del cuervo que está en el bosque
Ronco, negro y funeral,
Con gesto airado y sombrío,
Con hosca y convulsa faz
Le arroja piedras diciendo:
—"¡Tú te lo quieres llevar!
"¡Maldito, maldito seas
Por toda una eternidad!"

III.

¡Cuánta dicha, cuánta dicha
Se hospeda en el otro hogar!
Allí todo es regocijo,
Quietud y tranquilidad,
Risas en todos los labios,
En todas las almas paz
Y en las pupilas poemas
De un amor que aquí no está.

La madre, buena y sencilla,
Reza con ardiente afán
Al niño que vive al mundo
A hacer su felicidad
Y arrullándolo le dice:

—"¡Qué hermoso, qué hermoso estás!
"Si supieras, alma mía,
"Que solo en tí sé pensar,
"Si supieras que te quiero
"Como nadie te querrá!"

Y cuando la madre buena
Oye el grito pertinaz
Del cuervo que está en el bosque
Ronco, negro y funeral,
Con inocentes trasportes,
De aquel amoroso afán
Le dice al niño:—"Es un ave
"Que te viene á saludar,
"Bendita, bendita sea
"Por toda una eternidad!"

1890.





UNA CONSULTA

A mi Maestro el Dr. Don Juan J. Ortega.

Doctor, pues que medisteis un abismo
A fuerza de inclinaros ante un muerto,
Y hoy en la intimidad del organismo
Sabéis leer como en un libro abierto;

Pues que en hondas y graves disecciones
Habéis llevado vuestro estudio lejos,
Y ordenáis de un vistazo las funciones
De aparatos variados y complejos;

Puesto que en laberinto tan obscuro
Sabéis marchar con la cabeza erguida,
Y á cada instante, con mirar seguro,
Sorprendéis los arcanos de la vida.

Pues que sois en la cátedra inspirado,
En la palabra, cual ninguno, diestro;
Y los que estamos siempre á vuestro lado
Con respeto os llamamos *el maestro;*

Puesto que vuestra vida es un combate
Que valiente libráis con la miseria,
Y aliviáis el dolor que nos abate
Observando el latido de una arteria;

Pues que forman milagros vuestro oficio,
Y, aunque parezca á la carrera mengua,
Señaláis el lugar de un maleficio
Viendo á veces tan sólo nuestra lengua;

Puesto que tanto—perdonad los *puestos*—
Sabéis hacer con vuestra ciencia oculta,
Herido por dolores manifiestos
Vengo á haceros, Doctor, una consulta.

Por la razón para nosotros obvia
De que todo estudiante sin fortuna
Ha de tener coloquios con la novia
A los pálidos rayos de la luna;

Yo también, por mostrar que no soy tonto,
De buscar mi Julieta me dí trazas;
Tuve la dicha de encontrarla pronto
Pero mi amor pagó con calabazas.

Me dijo que á su lado soy un niño,
Que nada tengo de gentil Romeo,
Y que me retiraba su cariño
Por simple, sandio, insustancial y feo.

¡Si vierais qué lindezas me contaba
A la luz de la luna mi Julieta!
De todas mis desgracias, no tragaba
Mi trasnochado aspecto de poeta!

La abandoné bajo el enorme peso
De abrumador abatimiento injusto,
Pero á veces á solas me confieso
Que hay niñas, aunque pocas, de buen gusto.

A pesar de lo mucho que me aflijo
Viendo el sino fatal de mis amores,
¡Vaya si no hizo bien cuando me dijo
Que me fuera á paseo con mis flores!

¿Qué ilusión puede hacer un papamoscas
A una virgen de luz y poesía,
Si lanza, en medio de actitudes hoscas,
Miradas de carnero en agonía?

Yo padezco, Doctor, un mal extraño
Que lo llevo encarnado en no sé donde,
Después de herirme con profundo daño
Cobarde y vil á mi furor se esconde.

Es una enfermedad que me destierra
De las farsas del mundo en el proscenio,
Que siempre está con mi existencia en guerra
Y que se llama: *cortedad de genio.*

Muchas formas los síntomas afectan
De mi dolencia indefinible y rara:
Cuando miro á una hermosa se me inyectan
Todos los capilares de la cara.

Siento que el corazón acelerado
Multiplica en mi pecho sus latidos,
Y por tantas angustias conturbado
Siento mucho calor en los oídos.

¡En qué estado me deja, Dios eterno,
Ese tormento inacabable y rudo!
¡Ni en los profundos antros del infierno
Sudan los condenados lo que sudo!

A mi cansada voluntad rehacias
Se empeñan en brotar las tonterías:
Por ejemplo, en lugar de *muchas gracias*
¡Cuántas veces he dicho: *buenos días!*

Para toda mujer es un contento
Escuchar un piropo en cada labio,
Pero maldito lo que yo les cuento
Y entonces, sin quererlo, las agravio.

Hace poco encontré á la excompañera
Que dejé tantas veces á la aurora,
Acongojado le cedí la acera
Y le dí un empellón á una señora.

Buscad, Doctor, con insistencia y calma
La enfermedad oculta que me hiere,
Que al fin, al fin la disección del alma
Es la misma del cuerpo, si se quiere.

Arrojad ese huésped importuno
Que pobló mi existencia de dolores,
Haced con vuestra ciencia, que ninguno
Me sorprenda cambiando de colores.

Haced que en nuestra eterna mascarada
Camine disfrazado entre la gente,
Que no puedan leer de una mirada
Delatores letreros en mi frente.

Dadme verbosidad hasta en los codos,
Porque sabéis muy bien que en nuestros días
Es chico más donoso, el que entre todos
Amontona mayores tonterías.

Sobre todo, Doctor, haced la cura
De mi manía de escribir canciones;
Por esa malhadada desventura
No aprovecho mejor vuestras lecciones.

Os vivirá por siempre agradecido
Si lográis formular esa receta,
El notable discípulo, que ha sido
Ultimo en vuestras clases por poeta!

1890.





¡DUERME!

Duerme! Entre tanto escucharás mi arrullo
Junto á tu nido de paloma inerme;
Duerme! ya sabes que mi amor es tuyo,
Que velo siempre por tu dicha. Duerme!

Porque estás entre zarzas y entre abrojos
Soy el esclavo que te cuida tanto,
Duerme, mi dulce bien, cierra los ojos,
Cierra los ojos mientras yo te canto.

Olvidaré mi padecer sombrío
Al fijar solo en tí mi pensamiento,
Duerme! Las horas en que sientas frío
Calentaré tus manos con mi aliento.

¡Cuál se ocultan tus ojos tan celestes
Tras el blondo dosel de tus pestañas!
Duerme, porque te esperan los agrestes
Yermos de mi alma que de encantos bañas.

Cuando cierre tus párpados de rosa
Y apenas oigas mi canción confusa,
¡Duerme!—dirá flotante y vagorosa
Junto á tu lecho virginal mi musa!

Dame tus manos, adorada mía,
Que sopla el cierzo y estarán inertes,
Duerme! tan luego como venga el día
Te diré con un beso que despiertes.

Tú eres mi adoración, tú mi tesoro,
Tú en los eriales de mi vida reinas;
Duerme! ¡Qué hermosa es la cascada de oro
De tus largos cabellos que despeinas!

Mientras que presa de sopor incierto
Sientes que todo en derredor se esfuma,
Duerme! ya sabes que estará despierto
Tu pobre esclavo entre tu negra bruma.

A cada instante se alzará mi arrullo
Junto á tu nido de paloma inerme;
Duerme, mi solo bien, mi único orgullo,
Duerme! yo velo mientras tanto. Duerme!

1890.





COSAS DEL MUNDO

LA RELIGION

I

Hace la abuela temblorosas cruces
Porque no oye la niña sus consejos;
¡Santo Dios, en el siglo de las luces
Todo el mundo se ríe de los viejos!

—"Si te casas con Juan, esa camisa
Que llevas hoy se tornará en andrajos,
¡Es un hereje que, sin ir á misa,
Se entrega los domingos al trabajo."

II

Juan, como todo el que en el campo suda,
Pescó al fin de la historia un tabardillo,
Dejó á su pobre Margarita viuda
Y abandonado y huérfano un chiquillo.

Y porque llora repetidas veces
Margarita que nunca se consuela,
—"Todo, todo, mujer, te lo mereces"—
Murmura triste y pertinaz la abuela.

LA JUSTICIA

I

Con el puñal lo encontraron
Saciando su fiero instinto,
Y en humana sangre tinto
Los gendarmes lo llevaron.

La indignación, el tumulto,
Los debates en la acera;
Fué segura la condena,
Pero más lo fué el indulto.

II

Lo tienen como á las fieras
En obscuro calabozo,
Por el crimen espantoso
De echar al tirano "¡mueras!"

Vano es el grito que exhalas
La vida no es un derecho . . . .
¡Fuego! . . . .—Y, silbando, en su pecho
Se alojaron cinco balas.

EL AMOR

Los que buscáis en la mujer arrimo
Oíd contar de Guadalupe el chasco,
Cuando era niña la besó su primo,
Ella hizo un gesto y escupió con asco.

Y cuando al primo le creció el bigote
Volvió á besar á Guadalupe bella,
Y aunque fumaba un puro el monigote . . . .
¡Se quedó tan serena la doncella!

EL HONOR

Pobre Andrés! El ridículo espantoso
Lo hirió con sus sarcásticos excesos,
Acudió á una pistola, y valeroso
Se levantó la tapa de los sesos.

Toda la sociedad quedó indignada,
El templo augusto le cerró sus puertas,
Y hasta de los iguales la morada
Guardar no quiso sus cenizas yertas.

Pero en cambio Don Bruno, ese provecto
Que en el infierno de sus penas arde,
Que llegó á la vejez triste y abyecto
Porque adora su vida de cobarde;

Oh! preguntad á la opinión agena
Y os dirán que es un santo, siendo un tuno,
Y que en sus tiempos se portó muy buena
La honorable señora de Don Bruno!

1890.





EN EL PASEO

Reclinada en el fondo del carruaje
Escuchó de la turba el clamoreo
Que en señal de respeto y vasallaje
Elevaba á la reina del paseo.

Impasible y serena ante el murmullo
De admiración que su belleza arranca,
Fiada en la pompa de su regio orgullo,
¡Qué hermosa estaba con su veste blanca!

Pasaba con sus ojos altaneros
Imponiendo á la plebe sus grandezas,
Y á sus pies se agitaban los sombreros
De aquel mar insondable de cabezas.

Cuando á mi lado la moderna Gracia
Ostentó triunfadora sus blasones,
Hollando nuestra santa democracia
Me mancharon de espuma sus trotones.

Y ví á lo lejos flamear su traje
Seguido de confuso clamoreo,
Hasta que al cabo se perdió el carruaje
En la nube de polvo del paseo!

1890.





A JULIA NOVELLA

En la primera página de su álbum.

Sonó el clarín: por los espacios vuela
Su ronco acento que el castillo guarda,
Y firme y respetuoso el centinela
Golpeó contra el mármol la alabarda.

Te vió llegar el mercenario suizo
Que vigilaba desde el muro viejo;
Sobre el foso está el puente levadizo
Esperando que pase tu cortejo.

A la voz del heraldo que te nombra
La servidumbre por doquier se mueve,
Ya se extendió en el pórtico la alfombra
Hecha no más para tus pies de nieve.

Entra y no temas...... el fulgor del día
Que en tus grandes pupilas centellea,
Alumbrará la obscura galería
Que el cincel del artista festonea.

Del trono augusto hasta la meta sube
Por la amplia escalinata de alabastro,
Y envuelta del incienso entre la nube
Parecerás como en el cielo el astro.

Bañarán las antorchas con su brillo
La orla dorada de tu blanca veste;
Serás la reina del feudal castillo
Que un mago alzó sobre la roca agreste.

Agitando sus bélicos penachos
Armados te custodian los pecheros;
No temas por tu honor, que en los picachos
Sólo cuidan los buitres altaneros.

En la almena que sirve de atalaya
Se abarcan infinitos horizontes:
De un lado el mar con su desierta playa
Y por el otro los azules montes.

Cuando se acerque la estación que aterra
En que la nieve de los cielos baje,
Y silenciosa y fúnebre la tierra
En sudarios inmensos se amortaje;

Cuando con su melena destrenzada
Corra por fuera el huracán que ruge,
Y al cabo de fastidio en la velada
El eco eterno del cristal que cruje;

Deja que llegue el trovador errante
A quien mofan é insultan los protervos,
Dile que pulse su laud, que cante
Para embeleso de tus pobres ciervos;

Que destierre la negra pesadumbre
Que llenó de su espíritu el vacío,
Y al brindarle un lugar junto á la lumbre
Que lo proteja del nocturno frío;

Dile que forje la leyenda de oro
Que al mismo tiempo que cautiva arredra,
De la cristiana que adoraba al moro
Y que hoy se encuentra convertida en piedra.

Deja que formulado en vibraciones
Suba tu nombre hasta los cielos tersos,
Que invadan tus magníficos salones,
Cual golondrinas de tisú, los versos.

Y al mirar los raudales esplendentes
De tus cabellos que la esclava peina,
Deja que te proclame entre las gentes
De las hermosas la señora y reina.

Ordena á los guardianes del castillo
Que nunca al pobre sus recintos cierren,
Que bien pueden dejar franco el rastrillo
A cuantos bardos por los muros yerren.

Y yo que, como todos, deslumbrado
Por las grandezas del altar severo,
El templo á la hermosura consagrado
Con torpe planta profané el primero,

Perdóname esta vez . . . . negros dolores
Hieren á mi alma que á tu lado reza . . . . . .
¡ Yo no sé que virtud tienen tus flores
Que alivian del que sufre la tristeza !

Ungir con los perfumes de sus rosas
La fé que el vate de los cielos trajo,
Es la santa misión de las hermosas,
De las castas vestales de aquí abajo.

En cambio, Julia, por la hermosa dama
Irá vibrando mi clarín de acero,
Y seré de tu prez y de tu fama
Paladín, trovador y caballero.

1891.





A CARLOTA NOVELLA

Porque alguien con buen intento
Te dijo: —" De los cantores
Jamás recibas las flores
Porque se las lleva el viento —"

Yo que soy pobre cautivo
De tu suprema belleza,
Con temor y con tristeza
En tu álbum, Carlota, escribo.

Al escuchar tal consejo
Honda aflicción me contrista:
¡ Que Dios proteja y asista
A las flores que te dejo !

Mis flores . . . . . . débiles lazos
Que unen las almas sencillas,
Pobres hojas amarillas
Que el viento lleva en pedazos!

Si de mi vida en la ignota
Y obscura historia leyeras,
Yo sé que tú me tuvieras
Mucha compasión, Carlota.

Si vieras las brumas frías
De mis perpétuos dolores,
Acaso á mis yertas flores
Predilección les tendrías.

Germinan mustias y solas,
Siempre al rumor de una queja,
Y al no hallar quien las proteja
Pliegan sus niveas corolas.

Y sin escuchar mi ruego
Mueren al llegar la noche,
Y se llevan en su broche
Gotas de sangre y de fuego . . . . .

¡Cuánto me duele, Dios mío,
Verlas morir á millares,
Siempre de negros pesares
Y siempre, siempre de frío! . . . . .

Tú que alivias generosa
De los que sufren la pena,
Que eres, como un ángel, buena,
Y, como ninguna, hermosa;

Tanto, que cuando te veo
Con nuestra miseria en guerra,
Que moras aquí en la tierra
Jamás, Carlota, lo creo;

Tú que en tus ojos rasgados
Donde la aurora fulgura,
Mundos de amor y ventura
Debes llevar encerrados;

Guarda estas flores agrestes
Que á tus cariños confío,
Dales el fresco rocío
De tus miradas celestes.

Ya que todas por la noche
Ajan su enfermo capullo,
Has que con tu blando arrullo
Estas no cierren su broche.

Y de tu hogar en la calma
Serán sus matices bellos,
E impregnarán tus cabellos
Con los perfumes de mi alma.

Y yo que sin tregua lucho,
Que voy herido y cansado
Siguiendo un ángel alado
Que á tí se parece mucho;

Yo que en la tierra suspiro
Por algo que está en el cielo,
Que siento grato consuelo
Cuando en silencio te admiro.

Le pediré al Dios clemente,
Que nunca el ruego desdeña,
Una alborada risueña
Para tu nido caliente.

De un cielo lleno de galas
Los encantados palacios,
Y muchos, muchos espacios
Para que extiendas tus alas.

Y haré que mi historia ignota
Lleve siempre con ternura
En su página más pura
Tu hermoso nombre, Carlota!

1891.





EN EL BAILE

Mientras las luces del salón se cuajan
Al posarse en la hirviente pedrería,
Y los trajes, crujiendo, se desgajan,
Oye á la musa triste, amada mía.

Suspende el vals que en su impetuoso giro
Turbó el fulgor de tu mirar sereno,
Ven á mi lado y brotará el suspiro
Que llevas preso bajo tu almo seno.

Jamás, ni en horas en que ví en tus ojos
Temblante y pura la pasión huraña,
Vibró como hoy entre tus labios rojos
Risa tan voluptuosa y tan extraña.

Al agitar tu blonda cabellera
Cubres la alfombra de marchitas flores ;
Llevas los tintes que por vez primera
Miré en tu faz cuando te hablé de amores.

Estoy ligado con tan fuertes lazos
A tu hermosura, que me vuelve loco,
Que en celos ardo cuando extraños brazos
Ajan los tuyos que ni en sueños toco.

¿ Ignora tu alma que á vivir comienza,
Que es, por esa razón, buena y sencilla,
Que en aqueste contacto que avergüenza
Mancha hasta la fina cabritilla ?

¿Que presas de mortal desasosiego
Se turban en el baile los sentidos,
Que voraces y ardientes como el fuego
Hay manos que traspasan los vestidos?

¿Que al danzar, anhelante de congoja,
Al rítmico compás que marca el piano,
Cual mariposa ante la flama roja
Tus alas quemarás tarde ó temprano?

Mira: en tu talle de flexible palma
La huella está del estrujón salvaje,
Y sin embargo te diré que el alma
Se desgarra más pronto que el encaje.

Te diré, si lo ignoras, que el perfume
Sólo en el cáliz virginal es bueno,
Y que el lirio se enferma y se consume
Con una gota nada más de cieno.

Que la luz que te baña en los salones
Ciega con tantas deslumbrantes ondas,
Y que se ajan allí las ilusiones
Como tus margaritas y tus blondas.

Y después, cuando la urna del acorde
Vuelque sus notas y en las almas vibre,
Y en las copas el vino se desborde,
Y hable la lengua desenvuelta y libre;

¡Cuántas torpezas que el licor arranca
Tenaces te herirán con sus murmullos,
A tí, mi bien, que cual paloma blanca
Sólo entiendes de auroras y de arrullos!

Tal vez, sin que lo digas, te entristece
Ver en mis versos la inquietud que abisma,
Pero al fin de la fiesta me parece
Que al acercarte á mí no eres la misma.

Me parece que lleva tu mirada
Algo muy negro en su esplendor impreso,
Que en tu boca de púrpura y granada
En vez de la oración palpita el beso.

Que en tu nítida frente de alabastro
La fealdad del pecado se dibuja,
Que algo te queda del infame rastro
De la mano atrevida que te estruja.

Que tu voz melancólica ha perdido
Su tierno acento de inflexión tan suave,
Que al llegar al vergel do está tu nido
Olvidas todos tus encantos de ave.

Y cuando llega la hora fugitiva
En que á tu lado á reposar me llamas,
Y te dejan mis rimas pensativa . . . .
¡Yo no sé por qué pienso que no me amas!

Pero tú me perdonas, porque al cabo
Para mi amor el universo es poco,
Porque soy, como todos, el esclavo
De tu hermosura que me vuelve loco.

Si sabes bien que para mí no existe
Ninguna dicha sin estar contigo,
¿Qué mucho entonces que la musa triste
Viva sólo nombrándote al amigo?

Ven á mi lado, pues, mientras se cuajan
Las luces en la hirviente pedrería,
Porque las almas en el baile se ajan
Lo mismo que los trajes, vida mía.

1891.



EN EL BOSQUE

Mira mi dulce bien: ¡qué transparente
Está hoy el cielo con su luz tranquila!
Sólo he visto un azul tan esplendente
En las quimeras de amor ardiente
Y en el fondo de tu húmeda pupila.

¡Qué hermoso brilla el sol! desde que incierto
Vagó su tenue resplandor perdido,
Subieron á los cielos en concierto
Los perfumes del cáliz entreabierto
Y la canción primaveral del nido.

Gasas de tul la inmensidad serpean
Cual entumidos cisnes boreales,
Los viejos cocoteros se cimbrean,
Y las cumbres altísimas blanquean
Coronadas de nieves inmortales.

Herida al beso de la luz fulgura
La tembladora gota de rocío;
La torcaz se lamenta en la espesura,
Y con lenguaje pertinaz murmura
Bajo las ramas del sauz el río.

El balsámico aliento de las flores
Baña tu espesa cabellera blonda,
Y el bosque con sus múltiples rumores
Nos invita á pasar nuestros amores
Bajo el dosel de su elevada fronda.

Los naranjos en flor, los platanares,
Las sombreadas y flexibles palmas,
Serán los sacerdotes tutelares
Llamados á guardar en sus altares
La fe que se juraron nuestras almas.

Ven! escuchando mis dolientes rimas
Vagarás junto á mí por el boscaje;
Te contaré lo que en extraños climas
Suspiró por tí mi corazón que mimas
Y las hondas ternuras que te traje.

En cambio tú, con tu mirar de aurora,
Llenarás mi existencia de embeleso;
Me dirás con tu voz arrulladora
Que sólo á mí tu corazón adora
Y en prueba de ello me darás un beso.

Contando amores con su voz celeste
Pasa la brisa entre las cañas huecas;
Ven! y al andar por la arboleda agreste
La nívea falda de tu airosa veste
Besarán con amor las hojas secas.

Cuando llegue después la hora en que, hirviendo
Un sol de fuego en el cenit alumbre,
Y escuches de las aguas el estruendo
Con que se alejan del abismo horrendo
Al descender por la escarpada cumbre;

Cuando á lo lejos la montaña enhiesta
Reverbere con nítida blancura,
Y termine el rumor de la floresta
Porque se fueron á dormir la siesta
Todas las aves á la fronda obscura;

Desnuda entonces del cendal de tules
Que te veló como el celaje al astro,
Irás al baño donde libre ondules,
Y las aguas tan límpidas y azules
Besarán tus contornos de alabastro.

¡Qué radiosa estarás, dulce bien mío!
Cuando tus formas bajo la onda vea
Pensaré que en las horas del estío
Eres la garza tímida del río
Que en la espuma del margen aletea!

Después bajo la selva silenciosa
Pasaremos los dos gratos instantes,
Y mientras te habla mi pasión grandiosa
Extenderás tu cabellera undosa
Hasta que deje de escurrir diamantes.

En dulces versos te diré que eres
Mi adoración, mi encanto y mi embeleso,
Y en señal de que tú también me quieres,
Encarnando en tu boca mis placeres,
Por cada estrofa me darás un beso.

Y sin cesar te contaré de hinojos
Mis sufrimientos de lejanos climas;
Besaré con pasión tus labios rojos,
Hasta que cierren tus rasgados ojos
Los arrullos dolientes de mis rimas.

1891.





EL COLIBRI

Yo soy el colibrí que al sol extiendo
Mis alas de esmeralda y de topacio,
Yo estoy en este instante construyendo
En el limbo de una hoja mi palacio.

Yo nací acariciado por las brumas
De un cocotero en el penacho de oro,
Yo soy el ave que en mis tenues plumas
Los cambiantes del iris atesoro.

Yo jamás con mis cantos importuno
Del bosque umbroso la vibrante orquesta,
Yo soy tan inocente que ninguno
Me causa daños cuando estoy de fiesta.

Porque me encuentro de ilusiones rico.
Me miran todos revolar travieso;
Yo vivo de esperanzas, y en el pico
La miel conservo que libé de un beso.

Soy amigo de todas las violetas
Que á la sombra se ocultan pudorosas,
Yo soy la inspiración de los poetas
Y el amor imposible de las rosas.

En los instantes en que siento frío
Me voy al nido que dejé desierto,
Y cuando tengo sed, bebo el rocío
Del cáliz perfumado y entreabierto.

Hoy que me está aguardando mi adorada
En un reclamo, manantial de arrullos,
No volverá á encontrarme la alborada
Soñoliento y huraño en los capullos.

Y escuchando á los pájaros cantores
Cifraremos los dos nuestros anhelos
En llevar de las urnas de las flores
La embriagadora esencia á los polluelos.

Oh! cuando vengan las primeras lluvias
Y ornen al nido exuberantes galas,
Se adormirán las cabecitas rubias
Al vibrante rumor de nuestras alas!

Y estaremos de fiesta cada día
Que en el fondo mullido del palacio
Aparezca un plumón, orfebrería
De esmeralda y de oro y de topacio! .....

Soy del bosque el orgullo, soy el ave
Que más sonrisas á la hermosa arranca,
Soy tan pequeño que mi nido cabe
En una mano diminuta y blanca.

Sólo en horas de amor y de arrebato
Se halla en el labio humedecido y rojo,
Néctar tan suave, delicioso y grato,
Como la miel que de la flor recojo.

Yo no tengo inquietudes: la paloma
Que anidó en el tupido limonero
Temblando á veces la cabeza asoma
Porque la asecha el gavilán artero.

Pero yo sin temor al sol extiendo
Mis alas de esmeralda y de topacio,
Porque estoy afanoso construyendo
En el limbo de una hoja mi palacio!

1891.



¡SOLO!

¡Oh, qué inmensa tristeza! ¡quién diría
Que en el albor de mis primeros años
Viniese á mí tan silenciosa y fría
La noche de los negros desengaños!

Azotado por cierzos invernales
Que entumieron mis alas entreabiertas,
Me senté de la vida en los umbrales
A contemplar mis ilusiones muertas.

Soy el picacho á quien la luz azula
Y que sólo desiertos avasalla,
Donde siempre la nieve se acumula
Y en donde toda tempestad estalla.

Dudé del cielo y abatí la frente
Como en la arena el gladiador rendido,
Y sólo estoy como el ciprés doliente
Que nunca abriga en su ramaje un nido.

La musa que antes cual gaviota altiva
Del mar cruzaba las hirvientes brumas,
Ocultó la cabeza pensativa
Como ave enferma entre sus blancas plumas.

Y olvidó la canción arrulladora
Que en otros tiempos la alegraba tanto,
Y aunque la bañe con su luz la aurora
Jamás ha vuelto á modular su canto.

Mi azarosa misión sobre la tierra
Es llevar, desgraciado penitente,
Cual buitre audaz que al corazón se aferra
Ay! el recuerdo de la amada ausente!

Es verse siempre con las alas rotas,
Y escuchar un eterno mensajero
Que de tierras lejanas y remotas
—Ven, me dice, hace tiempo que te espero!—

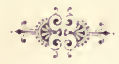
Hoy vivo en medio de irritante calma
Mirando atrás de mi camino adverso
Un sangriento pedazo de mi alma
En cada zarza que me hirió, disperso.

Quedé en la lucha de vigor exigüo,
Y muerta ya mi juventud naciente
Como el cadáver del egipcio antiguo
Me he quedado mirando hacia el Oriente.

Y las auroras besarán en vano
De la musa las alas entreabiertas,
Y á su fulgor despertará temprano
Sólo por ver mis ilusiones muertas.

Y mientras rujan las tormentas graves
Nevará en el picacho solitario,
Y siempre ¡oh Dios! se alejarán las aves
Del ciprés silencioso y funerario.

1891.





CLINICA NEGRA

I.

Sala de un hospital amplia y sombría,
El Doctor ordenaba con imperio,
Y de una úlcera al ver la rebeldía
Al practicante le pidió el cauterio.

Enrojecido lo acercó al paciente
Sin preocuparse de su suerte aciaga;
El miserable se agitó impotente,
Lanzó un rugido y se extirpó la llaga.

II.

Los que cumplís la terrenal condena
De ser mirados con escarnio y mofa,
Si halláis á vuestro paso la gangrena
Sangrienta y ruda formulad la estrofa.

Como el Doctor, sin escuchar el grito
De rebelión y de dolor que estalla,
Quemad con vuestros cantos al maldito
Aunque ruja y blasfeme la canalla!

1891.



PATRIA!

VERSOS LEÍDOS EN LA LEGACIÓN MEXICANA.

Cediendo á impulso superior y extraño
La ardiente estrofa de mi lira brota,
Y, al veros en familia, os acompaño
Porque soy de vosotros compatriota.

Nací también en la lejana tierra
Que envuelve el mar con su cendal de espumas,
Donde se eleva la azulada sierra
Coronada de nieves y de brumas.

Lo mismo que vosotros, en el pecho
Llevo sangre viril de mexicano,
Y orgulloso me veis por el derecho
Que tengo de llamarme vuestro hermano.

De la hermosa región que lloro á solas
Abandoné hace tiempo las riberas,
Y fatigado de romper las olas
Me quedé en estas playas extranjeras.

Sopló de la desgracia el torbellino
Que al pobre hogar desmanteló de cuajo,
Y al hallarme de paso en su camino
Como á vosotros hasta aquí me trajo.

Y héme aquí cual herida procelaria
Agitando mis alas impotente
Por dejar esta tierra hospitalaria
Jamás tan bella cual la patria ausente.

Yo sé que aquí por nuestro bien imperan
Abiertas siempre las amigas manos,
Pero allá congregados nos esperan
En el viejo solar nuestros hermanos.

Al calor de este suelo generoso
Nadie se muere de nostalgia y frío,
Pero triste, desierto y silencioso
Se encuentra allá nuestro lugar vacío.

Y arrodillados nuestros padres oran
Del rojo sol á la tranquila puesta,
Y en medio de los seres que se adoran
Una noche invernal es una fiesta ......

Ah ! no hay amor que en el destierro iguale
Al santo y puro del nativo suelo;
Sólo así se conoce lo que vale
Un pobre hogar con un girón de cielo !

¡ Cuál se suspira con afán perdido
Por la incierta extensión de un horizonte,
Por la selva frondosa y por el nido
Que oculta y guarda en su regazo el monte !

Y olvidando por siempre los agravios
Que borraron el tiempo y la distancia,
¡ Cómo entonces formulan nuestros labios
La oración que aprendimos en la infancia !

En este duro aprendizaje adverso
Que pobló mi existencia de pesares,
He llegado á saber que el universo
Está encerrado en mis risueños lares.

Pero bendito el infortunio sea
Que me hizo amar con entusiasmo ardiente
El pendón tricolor que aquí flamea
Con su águila soberbia y prepotente.

De otro cielo al fulgor, con cuánto orgullo
Lo he visto en pleno victorioso día
Desplegar de los bronces al arrullo
Los claros timbres de la patria mía!

Y eclipsando del sol la luz intensa
Dominar los espacios altaneros,
Y dar abrigo con su sombra inmensa
Al honor y á la prez de un pueblo entero!....

....
....
....
....

Hoy que se escucha por doquier vibrante
El himno patrio que en los aires flota,
He venido á buscaros anhelante
Porque soy de vosotros compatriota.

Y pues que todos al llegar nos dimos
El fraternal abrazo que concilia,
De aquel suelo de amor en que nacimos
Celebramos sus glorias en familia.

Entonces el salmo cadencioso
De sus hirvientes y encrespados mares,
El canto libre, atronador y hermoso
Que resuena en sus bosques seculares.

Y alcemos juntos nuestra voz ferviente
Para que siempre victoriosa sea,
El águila soberbia y prepotente
Del pendón tricolor que aquí flamea.

GUATEMALA: septiembre 16 de 1891.

A MAGDALENA

Me cegó la pasión, é irrespetuoso
Llegué á olvidarme de tu inmensa pena,
Posé mis labios en tu rostro hermoso
Y en el fango caímos, Magdalena!

Negra fatalidad al precipicio
Me arrojó de ese crimen que confieso:
Una mirada obscureció mi juicio
Y concluyó por trastornarme un beso.

Y desde entonces ni por un instante
Me abandona el rumor de aquella orgía,
Y llevo en mis recuerdos palpitante
Esa noche de fiebre y de agonía.

Al mismo claro resplandor te veo
Cubierta á medias por tu veste ajada,
Y me persigue el último aleteo
De tu sonora y limpia carcajada.

Como gratos perfumes se disuelven
En mi ambiente tus cálidos efluvios,
Y siento, Magdalena, que me envuelven
En sus cascadas tus cabellos rubios.

Ligado á tí por el tremendo pacto
De aquella noche de locura y gresca,
Aún me ves vacilar, cual si el contacto
Me estremeciera de tu carne fresca.

¡Cómo te he de olvidar, cuando en tus ojos
Quedaron prisioneras las auroras,
La miel que embriaga entre tus labios rojos
Y en tu seno las curvas tentadoras!

Huérfano del amor y del cariño
Fuiste conmigo compasiva y buena;
Si con tus besos me tornaste en niño
Tuya ha sido la culpa, Magdalena.

Que me perdone Dios esta herejía:
Pero sabes realzar tanto el contraste,
Que he llegado á creer, amada mía,
Que has venido de un cielo que olvidaste.

Cuando agobiada por tus duelos hondos
Reclinaste en mi pecho tu cabeza,
Sentí vagar por tus cabellos blondos
Un perfume disperso de pureza.

¿Por qué cuando al acaso nos juntamos
Te dejé con profundo desconsuelo?
¿Conseguimos al fin, pues lo intentamos,
Ahogar un tanto nuestro mutuo duelo?

Tal vez con todos despiadada juegues
Colmándolos del néctar que destilas,
Pero ví, Magdalena, no lo niegues,
Una lágrima ardiendo en tus pupilas.

Fué tal vez ilusión de mis sentidos,
Pero en tu frente sorprendí el quebranto,
En tu histérica risa los gemidos
Y en tu palabra la inflexión del llanto.

Y por eso te amé; todas las flores
Puse á tus pies de mi pasión temprana,
Si buscas el por qué de estos amores
Ve á interrogar á la miseria humana.

¿Pero á qué preguntar por lo que sabes
Si ya en la adversidad lo has aprendido?
Todos los desgraciados, cual las aves,
Se abrigan siempre junto al mismo nido!

Tu nombre . . . . sé que cuando estaba loco
Posé mis labios en tu faz serena,
Que la palabra con que yo te invoco
Es hermosa y sagrada, Magdalena.

Tu historia . . . . ni soy santo ni soy bueno,
Pero sé que es de engaño y de perfidia:
Fué un ángel puro el que cayó en el cieno
Y todos te culparon con envidia.

Con envidia suprema, no retiro
Esta blasfemia que por tí profiero:
Condenándote están con un suspiro
Porque ninguno te perdió el primero.

Los mismos que implacables te maldicen
Con anatema que á mi vez maldigo,
Caer quisieran, aunque no lo dicen,
En el mismo fangal . . . . ¡pero contigo!

Hoy cuando pasas insolente y bella
Cual tiránica reyna que avasalla,
Y tu tren á las turbas atropella
Y á tu alrededor la indignación estalla,

Cuando todos murmuran á tu lado
Con la brutal tenacidad del necio,
Y llevas en tus ojos retratado
Soberano y magnífico el desprecio;

No sé por qué mi corazón herido
Con maldad infernal goza y se ensancha,
Porque si hubiera lo que tú sufrido
Yo también me tomaba esa revancha! . . . .

Adiós por siempre! con pesar te dejo
Por que mi amor para tu gloria es poco;
No es por virtud por lo que yo me alejo
Sino por miedo de volverme loco.

Pero en cambio, mi bien, jamás olvido
Que me acogiste compasiva y buena,
Que una mujer tan sólo me ha querido,
Una sola en el mundo . . . . ¡ Magdalena!

1891.







EL BARDO

Como teniendo un abismo
Cruzó el salón, lento y tardo,
Y todos á un tiempo mismo
Dijeron:—¡Que brinde el bardo!

De hermosura en hermosura
Vagó su mirada inquieta,
Y con profunda amargura
Así les dijo el poeta:

—"Mientras del vals impetuoso
Resuena el último acorde,
Dejad que el vino espumoso
En mi copa se desborde."

"Dejad que se alce un instante
Mi voz que al vibrar se pierde
Como promesas de amante
Que dicta el ajenjo verde."

"Como en los mares la bruma,
Como el ábrego en la popa,
Como la dorada espuma
Que veis hirviendo en mi copa."

"Y ya que todo es mentira,
Dejad que ponga sin penas
Mi corazón y mi lira
A los pies de estas sirenas."

"Que en acicalados versos
Hable de sus labios rojos
Y de los cielos tan tersos
Que están brillando en sus ojos."

"De los anhelos velados
De tantas miradas hondas,
De los senos tan hinchados
Que quieren romper sus blondas."

"De tantas bellezas, tantas
Que ahuyentan mis duelos rudos.
De las flexibles gargantas
Y de los hombros desnudos."

"Yo sé que nadie se indigna
Con este lenguaje austero,
Y que cumplo la consigna
Del trovador caballero."

"Pero antes de que concluya
Este brindis, que no es mofa,
Antes que el champaña bulla
Y me eche á perder la estrofa;

"Dejad que brinde, señores,
Pues aun me siento con calma,
Por la que en tiempos mejores
Fué la reina de mi alma."

"Por la hermosa que en antaño
En la que hoy es urna rota
Toda la hiel del engaño
Dejó caer gota á gota."

"Por la mujer que en mi vida,
De una traición al acecho,
Me abrió tan profunda herida
Que aun vierte sangre mi pecho."

"Por esta pena rehacia
Que el corazón me remuerde,
Que me enseñó en la desgracia
A libar ajenjo verde."

"Hoy confieso sin encono
Que era mi amada muy bella,
Y pues que al fin la perdono
Brindo, señores, por ella......"

Dijo, y de burla y ludibrio
Oyó un aplauso en la sombra,
Y perdiendo el equilibrio
Rodó el bardo por la alfombra!

Y en ese cómico instante
En que el rumor fué imponente,
Un grito agudo y vibrante
Hendió la atmósfera ardiente.

Su cárcel que no resiste
Rompió un suspiro secreto,
Y estaba un rostro muy triste
Tras un abanico inquieto!

1891.



A LUISA MARTINEZ

EN SU ÁLBUM

¡Qué radiosa eres tú, cuando te esmalta
Tu cabellera tan profusa y suelta!
¡Qué gallardo y magnífico resalta
Cada perfil de tu silueta esbelta!

Ni en el armiño, ni en la cresta dura
Del nevado volcán que no se abate,
He encontrado jamás una blancura
Que se parezca á tu blancura mate.

¡Cómo conservas en tus labios rojos
Toda la miel de la amapola en broche,
Y en lo profundo de tus negros ojos
Todas las tempestades de la noche!

Nunca olvido la vez que silenciosa
Y pensativa junto á mí pasaste,
En que al mirar tu esplendidez de diosa
Quise besar las huellas que dejaste.

Ornada siempre de intangibles galas
Tú perteneces á escogidos seres;
Eres espiritual y tienes alas
Y vives con nosotros porque quieres.

Y por eso es que á veces te consume
Infinita nostalgia abrumadora:
Eres ráfaga errante de perfume
Y solitario resplandor de aurora.

Cuando contemplo tu belleza abstracta
Un pensamiento sin cesar me abruma:
¿Cómo te has conservado tan intacta
Si eres más delicada que la espuma?

Toda tu historia, por consuelo mío,
La he adivinado en tu mirada triste:
Sé que en un lirio se cuajó el rocío
Y que en su cáliz virginal naciste.

Sé que no eres de aquí, que hiciste el viaje
Desde otro nido que tu amor encierra,
Que trajiste los ecos del boscaje
Que has escuchado en la hondureña tierra.

Que las palomas dormitar te vieron
A la sombra de espesos platanares,
Que tus pies diminutos oprimieron
Blanquísimas alfombras de azahares.

Que tienes golondrinas mensajeras
A quienes cuentas tus tristezas hondas,
Que las garzas, tus pobres compañeras,
Esperándote están bajo las frondas.

Que has sabido guardar en tus pupilas
Los resplandores de tu cielo ardiente,
Que tus únicas lágrimas tranquilas
Las has vertido por la patria ausente.

Todo, todo lo sé: que eres muy buena,
Que por doquier la admiración arrancas,
Que tendrán el candor de la azucena
Mis pobres versos en tus manos blancas.

Y sé también, para consuelo mío,
Que encontrarán en tu mirada triste
Condensadas las gotas de rocío
Del cáliz virginal en que naciste!

1892.



EL NÚMERO 339

(HISTORIA ABSURDA)

I

Estudiando una vez Histología
Del anfiteatro en el salón desierto,
Una historia encontré, grave y sombría
En la substancia cerebral de un muerto.

¿Cómo la descifré? Yo la atribuyo
A extraña aberración del microscopio,
Dejo al lector con el criterio suyo,
La someto á su juicio y se la copio.

II

"Sabes el nombre que sin pompa y gala
Usé muy poco en la existencia breve,
Tanto que me llamaban en tu sala
El número trescientos treinta y nueve.

Mi profesión, mi edad, mi patria hermosa,
Todo lo viste en el cartel estrecho,
Que colocó la Hermana cuidadosa
Bajo el número negro de mi lecho.

Me llevó al Hospital la dura suerte
Que en ser adversa al infeliz se aferra;
No lo creerás, pero encontré la muerte
Por enfermarme en extranjera tierra.

Por orden del Doctor me examinaste
Con esa falsa gravedad que ensayas,
Y en tu libro de errores anotaste
La enfermedad que en mi cerebro no hayas.

Lo recuerdo muy bien: no hubo ninguno
Que no inquiriese por mis males fieros,
Y ante mí desfilaron, uno á uno,
Con orden singular tus compañeros.

Me tomaron el pulso, me auscultaron,
Me oprimieron el cuerpo dolorido,
Y todos con afán me interrogaron
Cosas que ha tiempo relegué al olvido.

Y á pesar de que tanto martiriza
Ese cuadro tan triste y tan doliente,
Siempre hallaba mi labio una sonrisa
Para cada pregunta impertinente.

¡Qué quieres! fuí con mis verdugos bueno
Por no morir con la esperanza en guerra;
¡La caridad me recogió en su seno
Y así es la caridad aquí en la tierra!

¡Desgraciado de aquel que sin consuelo
Llegue á buscar sus descarnados brazos!
¡Hay que pasar, para llegar al cielo,
Por la sala anatómica en pedazos!

- -
- -
- -
- -

Fué en verdad, el Doctor muy bondadoso
Cuando hablaba de mí por vez primera:
—"Es un caso, señores, muy curioso,
"Que estudiarán cuando el enfermo muera."

"El diagnóstico es fácil . . . . la necropsia
"Dirá después cuanto explicar me resta,
"Jamás me canso de elogiar la autopsia
"Por los grandes servicios que nos presta."

"En la substancia gris, al microscopio
"Esto y aquello encontrarán ustedes . . . .
"Y de lógica haciendo extenso acopio
"Habló el Doctor de lo que hallar no puedes."

"Después mi extraño mal fué más complejo
Más implacable y fiero cada día,
Hasta que vino al fin con su cortejo
De tremendos dolores la agonía . . . .

Así lo comprendí porque á mi lado
Puso la Hermana, por llenar su oficio,
Un alto crucifijo ensangrentado
Que remedó, implacable, mi suplicio.

Ay! á tan noble corazón avisa
Que esa imagen ni alivia ni consuela,
Que es horrible dejar al que agoniza
Junto á ese Cristo que de espanto hiela!

¡Cómo se sufre cuando en danza loca
Giran en torno de fatal madero,
Un rostro envuelto en su virgínea toca
Y la cara brutal de un enfermero! . . . .

En ese instante en que la vida siente
Que su organismo á disgregarse empieza,
Por mi familia y por mi patria ausente
Una lágrima tuve de tristeza.

Llorar así por los que más me hicieron
Llevaderas del mundo las espinas,
Fué el postrer pensamiento que tuvieron
Estas células muertas que examinas.

¡Mi postrer pensamiento!.... Me propuse
Decir verdad y sin querer te engaño:
¡Mi postrer pensamiento lo traduce
Sólo un sér que me adora y no un extraño!

¡Cuántos adioses por doquier hallaran
De mis últimas horas intranquilas,
Si á ese ocular obscuro se acercaran
De una hermosa que adoro las pupilas!

Aquel largo estertor de agonizante
Hubiera sido pasajero y breve,
Si ella hubiera podido en ese instante
Cerrar mis ojos con su mano leve.

Ah! cuando tuve esa ilusión que alegra
Como rayo de sol tras noche obscura,
Ví dibujarse como mancha negra
La silueta fatídica del Cura!

No recuerdo qué dijo: solamente
Perdidos ecos de su voz cristiana
Llegaron hasta mí confusamente
Mezclados con los rezos de la Hermana.

Como ave prisionera en el vacío
Que al asfixiarse con horror se agita,
Así mi sér se estremeció de frío
Al sentirse rociar de agua bendita.

Con galvánicas fuerzas combatieron
Todos mis nervios por la vida hermosa,
Y al concluirse esa lucha, me trajeron
De esta sala anatómica á la losa.

Después rompiste sin temor mis sienes
Porque sabes muy bien que mis dolores
Se acabaron por fin.... ¡y aquí me tienes
Trasladado á estos mundos inferiores!

Aquí me tienes con la extraña marca
De este nuevo organismo que me apropio,
Tan pequeño que á veces no me abarca
En su campo visual el microscopio.

Confieso que hice tan penoso viaje
Atormentado por dolor profundo,
Pues como carga pertinaz me traje
Las rastreras pasiones de ese mundo.

Aquí donde me ves no estoy proscrito
De las miserias de la vida humana,
Y tal vez, dividido al infinito,
Tus mismas penas lloraré mañana.

Y mañana tal vez, en cumplimiento
De los destinos de mi vida errante,
Pensaré con tu mismo pensamiento
Y formaré de tí parte integrante.

Buscaré con afán á la que adoro,
Objeto de mis hondos embelesos;
Iré en las flores como polvo de oro
Y sentirá el perfume de mis besos.

Iré á vivir en la fragante rosa
Que orne su seno de purpúreas galas,
Y estaré en la nocturna mariposa
Que le roce la frente con sus alas.

Estaré en cada lágrima que vierta
Todas las veces que por mí suspire,
Y á cada instante mi caricia yerta
La envolverá en el aire que respire.

Y esperando con ansia su venida
Yo seré quien mitigue sus agravios;
Me infiltraré en la copa de su vida
Y sin cesar endulzaré sus labios.

¡Que si tanto la adoro!... Me sorprende
Tu pregunta tan llena de miseria:
¿No sabes tú que por amor se entiende
Esa eterna atracción de la materia?

¿No sabes que las gotas de rocío
Si se funden en una es porque se aman?,
Que hasta en el seno del sepulcro frío
Los átomos se buscan y se llaman?

Y ella al fin morirá.... cortos instantes
Dura en el mundo la existencia breve,
Y se unirá á las células errantes
Del número trescientos treinta y nueve....!"

III

Dejo al lector con el criterio suyo
Al concluir esta historia que le copio:
¡Yo de mí sé decir que la atribuyo
A extraña aberración del microscopio!

1892.







EN EL TEMPLO

Me agobiaba tan honda pesadumbre
Y te ví tan risueña y tan hermosa,
Que esa vez, contrariando mi costumbre,
Te seguí hasta la nave esplendorosa.

Jamás me viste, aunque te quiero tanto,
Profanar el recinto en donde rezas,
Y es porque sé que á lo divino y santo
No se deben mezclar las impurezas.

¡Cómo se han de juntar, amada mía,
En el santuario de tu Dios bendito
La canción empapada de alegría
Y la queja doliente del proscrito!

Pero tanto se alivian mis dolores,
Cuando mudo y absorto te contemplo,
Que impulsado por fuerzas superiores
La vez aquella te seguí hasta el templo.

El órgano elevaba los unciosos
Y fugitivos cánticos que encierra,
E imitaban sus notas los sollozos
De los infortunados de la tierra.

Como sube la estrofa que me arrancas
Para besar el solio en que fulguras
Buscando el cielo, en espirales blancas,
Escalaba el incienso las alturas.

Y lo mismo que alumbras desde lejos
Mi negra ruta en la tormenta grave,
Los cirios, con sus múltiples reflejos,
Alumbraban las sombras de la nave.

En medio de esa atmósfera impregnada
De esplendores, perfumes y armonías,
Más hermosa que nunca, arrodillada,
Te ví esa vez en las baldosas frías.

Cuando elevó la hostia el oficiante
Con ademán solemne y majestuoso,
Y el altar fulguraba más brillante,
Y el salmo resonaba más grandioso

Cuando aquellas cadencias inmortales
Huyeron por los altos ajimeces,
Y agitaron sus alas virginales,
Cual mariposas de cristal, las preces;

Cuando, en fin, conturbaron los sentidos
Con sus nimbos de luz tantas grandezas,
Y, golpeándose el pecho, arrepentidos
Abatieron los fieles sus cabezas.

Yo que sólo me rindo con tu arrullo,
Pues sólo tú, por tu bondad me humillas,
En ese instante decliné mi orgullo
Y estuve, como todos, de rodillas.

Y aun me miras pensar con desconsuelo
En esta duda que turbó mi calma:
¡ No sé si lo hice por el Dios del cielo
O si fué por la Diosa de mi alma !

1892.



A JULIA GARRIDO

¡ Un álbum ! . . . . . al mirar únicamente
El libro casto que la hermosa mima,
Más tenaz que otras veces, más doliente
Dentro de mi alma germinó la rima.

¿ Has visto el nido silencioso y frío
Que dejaron los pájaros dispersos ?
¡ Así me queda el corazón, Dios mío,
Todas las veces que se van mis versos !

Y se van no sé á donde y nunca vuelven,
Como las golondrinas que en las brumas
Del cielo azul para volar se envuelven
Y no dejan ni el rastro de sus plumas . . . . . .

¡Un álbum! . . . . . . es como la alcoba quieta
Donde cierras los ojos adormidos,
El único refugio que el poeta
Halla para sus versos ateridos.

¡ Bien hayan estas hojas de azahares
Del libro hermoso que tus manos cuidan,
Donde, sólo por verte, los cantares
Como palomas huérfanas anidan !

Por eso al ver tan generoso abrigo
Te dejé algunas rimas prisioneras :
¿ Qué más fortuna que vivir contigo
Y ser tus invisibles compañeras ?

En los vergeles de tu libro de oro
Yo sé muy bien que dormirán tranquilas,
Que será su esperanza y su tesoro
El claro resplandor de tus pupilas.

Y me alejo sin penas, pues confío
A tu amor estos cánticos dispersos;
¡ Alguna vez han de poder, Dios mío,
En otros climas anidar mis versos !

1892.





Á LA SEÑORA DOÑA

MARIA LORENZA DE LAZO ARRIAGA

Señora, llama el trovador errante.
Aterido y cansado á vuestra puerta,
Si queréis recibirlo un solo instante
Y en recompensa le pedís que cante,
Mandad al siervo que la deje abierta.

Ordenad á la inmensa muchedumbre
Que á vuestro lado se rebulle inquieta,
Que prepare un lugar junto á la lumbre,
Porque lleno de negra pesadumbre
Ha venido á cantaros el poeta.

Hay tanta nieve por doquier, ¡Dios mío!
Que ha bajado de espacios tan obscuros,
Que sin consuelo el trovador sombrío,
Si no le abrís se morirá de frío
Tal vez al pie de vuestros mismos muros.

Oíd! ha tiempo que por fuera ruge
Embravecida la tormenta grave;
Los pinares se doblan á su empuje
Y hasta el castillo en sus cimientos cruje
Como en el mar la vacilante nave.

Al fulgor de relámpagos bermejos
Los escombros se ven de las cabañas
Coloreados de sangre en los reflejos,
Y los truenos que estallan á lo lejos
Se oyen repercutir en las montañas.

Desgajadas las rocas se desprenden
Cual bólidos inmensos del espacio;
Gritos de horror los horizontes hienden,
Y de tal cataclismo se defienden
Las almenas no más de este palacio.

Oíd ! por fuera como león herido
Ruge tremendo el huracán que azota;
Y se oye de las rejas el chirrido
Mezclado con el lúgubre graznido
Que ha lanzado espantada la gaviota.

Todo es por fuera destrucción y duelo,
Funeraria mortaja en cuanto existe,
Solamente por único consuelo,
Llevando airoso su picacho al cielo,
Este castillo secular resiste.

Bien haya, pues, vuestra mansión de hadas
Que ha sabido luchar con el vestiglo,
Que ha podido en sus crestas empinadas
Desafiar á las ondas encrespadas
Del proceloso mar de nuestro siglo!

¡ Bien haya el templo que en la cruda guerra
Dedicáis á la estrofa triunfadora;
Que en su recinto sacrosanto encierra
Cuantas dichas existen en la tierra,
Puesto que en él os encontráis, Señora !

Por eso llama el trovador errante,
Aterido y cansado á vuestra puerta,
Si queréis recibirlo un solo instante
Y en recompensa le mandáis que cante,
Mandad al siervo que la deje abierta.

Dejadlo entrar: vuestros salones
Se poblarán de cadenciosas rimas,
Sentiréis palpitar en sus canciones
Fugitivas y extrañas vibraciones
Que ha recogido en extranjeros climas.

Hallaréis en sus versos claudicantes
Nevados copos de esperanzas yertas,
Resplandores de cielos muy distantes
Y exhalaciones huérfanas y errantes
De margaritas y de rosas muertas.

Os contará que de las tumbas frías
Lo trajeron las negras tempestades,
Y al rumor de dolientes alegrías
Os dirá porqué vive en nuestros días
El pobre trovador de otras edades.

Mientras por fuera el huracán potente
Como titán encadenado clama,
Os contará la historia sorprendente
De aquel cruzado que murió en Oriente
Por su Dios, por su rey y por su dama.

En el idioma en que cantaba el moro
Os fingirá, si lo ordenáis, la queja;
Y al dulce son de su laud sonoro
Despertará la serenata de oro
Que duerme al pie de la argentada reja.

Forjará la leyenda pavorosa
Que en las veladas invernales narra,
De la cabeza de la esclava hermosa
Que desprendió una mano misteriosa
Armada de sangrienta cimitarra.

Y si os aterra el fúnebre ropaje
Que reviste á estos trágicos martirios
La blanca Musa cambiará el paisaje,
Y os contará con rítmico lenguaje
Cómo se aman las rosas y los lirios.

Imitará los múltiples rumores
De los bosques de erguidos cocoteros,
Y os dira cómo se hacen, entre flores,
Las bodas de los pájaros cantores
Que habitan en los frescos limoneros.

Os contará lo que en su ténue rastro
Deja en los mares la impalpable bruma,
Lo que murmura en el cenit el astro,
Lo que sueñan las garzas de alabastro
Que se duermen del lago entre la bruma.

De las agrestes y escarpadas cimas
Os mostrará las nieves sin abrojos,
Y al arrullo apacible de las rimas
Que trajo el bardo de lejanos climas
Se cerrarán vuestros rasgados ojos.

A su voz callará la servidumbre
Que á vuestro lado se rebulle inquieta,
Y sentado al calor de vuestra lumbre
Olvidará su negra pesadumbre
Y sus hondas congojas el poeta.

Después, al ver la claridad tan pura
Que reverbera en vuestros cielos tersos,
Cada vez que proclame la ventura,
El amor, el talento y la hermosura,
El trovador os nombrará en sus versos.

Evocará en estrofas cinceladas
La santa paz de vuestro hogar tranquilo,
Y enseñará á las gentes admiradas
Las mágicas bellezas encantadas
De la mansión donde encontró un asilo.

Y al seguir pesaroso y vacilante
La obscura senda de su ruta incierta,
Como un consuelo llevará triunfante
Vuestro recuerdo el trovador errante
Que llamó fatigado á vuestra puerta.

1892





PRIMAVERAL

Es la estación primaveral, cubiertas
De ambrosía y de miel están las flores,
Y llegan á sus ánforas abiertas
Las miradas de insectos zumbadores.

Las abejas esconden su tesoro
Entre las grietas de los viejos tilos
Y pasa el polen con su beso de oro
Envolviendo en amor á los pistilos.

La bráctea de la espléndida palmera
Abre orgullosa su florido estuche,
Y empieza el ave á desgranar, parlera,
Todos los ritmos que guardó en el buche.

Sacuden los naranjos ateridos
Las lágrimas temblantes de las lluvias,
Y en la obscura ojarasca de los nidos
Brillan al sol las cabecitas rubias.

Las aguas se destrenzan bullidoras
Al descender por la escarpada falda,
Y al volar las alegres trepadoras
Forman nubes compactas de esmeralda.

Halagador el perfumado ambiente
Lleva el arrullo entre sus alas preso,
Y por doquiera palpitar se siente
La fugitiva vibración de un beso.

¿Porqué, mi bien, en la estación de amores
En tí tan sólo el desconsuelo existe,
Y me envuelven tus ojos brilladores
En su mirada pensativa y triste?

Oye! perdidos en la selva umbría
Los pájaros celebran su ventura;
Yo también sé cantar, amada mía,
Y ensalzaré con ellos tu hermosura.

Yo también soy poeta; tú no sabes
Cuánto te adora el corazón herido;
Te arrullaré en la lengua que las aves
Hablando están en el caliente nido.

Buscaré los espléndidos rumores
Que han forjado en su seno las florestas,
La canción que los tiernos ruiseñores
Modulan siempre en sus nupciales fiestas.

Y al conocer en tan risueñas horas
La dicha inmensa que en mi amor existe,
Nunca más tus pupilas brilladoras
Me bañarán con su mirar tan triste.

Dame, pues, de tus besos la primicia
Que tanto arrullo de mi pecho arranca,
Consuélame como antes, y acaricia
Mi sien ardiente con tu mano blanca.

¡Si vieras cómo á mi alredor chispea
Risueña aurora de esplendores bellos
Cuando tu mano diminuta albea
Como copo de nieve en mis cabellos!

Olvidaré por siempre mis abrojos
Cuando escuche tus frases amorosas,
Cuando fijos tus ojos en mis ojos
Se nos pasen las horas silenciosas.

Y al sentir ese amor que satisface
Todos mis sueños de ventura y calma,
Verás ¡oh hermosa! que también renace
La primavera espléndida de mi alma.

1892.







BESOS

¡Oh, qué hermoso recuerdo! Placentera
Oyó la historia de mi amor temprano,
Y entonces fué cuando por vez primera
Besé su blanca y diminuta mano.

Después, entre profundos embelesos
De una pasión interminable y loca,
Su sed calmaron mis quemantes besos
En el rojo nectario de su boca.

Cuando enfermó, cuando la ví sumida
En los delirios de la fiebre ardiente,
¡Cómo le quise trasmitir mi vida
Ay! en el beso que le dí en la frente!

¡Cómo adorné su túmulo de flores
Cuando el mundo dejó con sus abrojos,
Y en señal de mis últimos amores
Con cuántos besos le cerré los ojos!

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Hoy, al sentir como la vez primera
De su hermoso recuerdo los efluvios,
Abro, triste y doliente mi cartera
Y beso un rizo de cabellos rubios!

1892.



A Enriqueta Löwenthal

Acaso vas á pensar
Que tengo mal corazón,
¡Qué quieres! pero has de estar
Que, aunque con honda aflicción,
Quisiera verte llorar.

Es una hermosa quimera
De mis sueños de poeta,
Es un capricho, Enriqueta,
Por el que la vida diera.

¿Qué timideces urañas
Tus lindos ojos de cielo
Ocultan, detrás del velo
De tus umbrosas pestañas?

Yo sé que todo lo azulas
Con tus miradas tranquilas
Y que en pos de tus pupilas
Siempre van las libelulas.

Parecen vistas de lejos
Cuando trémulas chispean,
Firmamento en que serpean
Los relámpagos bermejos.

Volubles como los mares
Semejan en lontananza
Tus pupilas mi esperanza,
Tus pestañas mis pesares.

¡Una lágrima!.... ¡Qué hermosa
Ha de brillar, fresca y pura,
Prendida en la red obscura
De tu pestaña abundosa!

Será en tu pupila abierta
Fugitiva y tembladora
Perla que lleve la aurora
Sobre una *myosotis* muerta.

Y cuando el dolor acerbo
A tus pestañas la lleve
Será un pedazo de nieve
Sobre las alas de un cuervo.

¡Cuál rodarán silenciosas
Por tus mejillas, Dios mío,
Como el fragante rocío
Que á veces lloran las rosas!

Después.... vendrán abundantes
Otras á aumentar tu duelo,
Y serás virgen de hielo
Que se deshace en brillantes....

Así.... ¡qué hermosa estarías
Tú que al reír lo eres tanto!
¡Si fuera por mí ese llanto
Creyente y bueno me harías!

Para endulzar del poeta
La vida triste é innota,
Basta el frescor de una gota
De tus ojos, Enriqueta.

Basta una lágrima pura
De tus ojos brilladores
Para trocar los dolores
En infinita ventura.

¡ Ya lo sé ! Vas á pensar
Que tengo mal corazón;
Pero por verte llorar
Fuera á tus pies á espirar
Si eso te diera aflicción !

1892.





Á CRISTÓBAL COLÓN

Oda leída en la Escuela de Medicina y Farmacia del Centro, con motivo de la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América.

¡Allá van! . . . . Hace tiempo que las velas
Se hincharon al soplar vientos de popa,
Y dejaron aquellas carabelas
Atrás las playas de la vieja Europa.

Lejos, lejos quedaron las orillas
Risueñas siempre de los patrios lares,
Y mientras tanto, sin cesar las quillas
Rompiendo van los tormentosos mares.
Miradlos: allá van! . . . . . ya el sol naciente
Disipó muchas veces tantas brumas,
Y de nuevo al ponerse en Occidente
Hundió en el mar su enrojecida frente
E incendió sólo sábanas de espumas.
De blancas nubes cual nevados montes
Ven los marinos la silueta incierta,
Y al trasponer aquellos horizontes
Hallan la misma inmensidad desierta;
La misma soledad abrumadora,
El espacio infinito
Donde se alza la onda bramadora,
Y en donde esparce el huracán su grito,
Y al continuar la prora
Surcando el agua que voluble ondula,
Sólo encuentran las naves atrevidas
Ese piélago inmenso que se azula
Cuando á traición sorprenderá las vidas.

¡ Allá van ! . . . . . . En el límite blanquean
Donde se unen los cielos y los mares
Cual náufragas gaviotas que aletean ! . . . . . .

Allá van desafiando los azares
De esa empresa inaudita
Que en el delirio y la demencia toca,
En que cada marino necesita,
Para afrontar las iras que provoca
Y alentarse en su fé, dura y rehacia,
Tener de una alma desquiciada y loca
La misma ciega audacia.

¿Qué buscan ? A creer en las promesas
De un insensato de palabra ardiente,
Van en pos de fantásticas riquezas
De una tierra que está por Occidente ;
Van siguiendo las rutas virginales
De una hermosa región que es un tesoro,
Que, arrullada por cantos inmortales,
Un océano de perlas y corales
La tiene presa entre sus ondas de oro.

Van á abrir en el libro de la Historia
Un poema grandioso de energía,
A arrancar unos cánticos de gloria
Del seno mismo de la mar bravía ;
Y adormecidos por el grato arrullo
Que esa esperanza irrealizable encierra,
Dicen, henchidos de pedante orgullo,
Que van también á redondear la tierra !

Mientras tanto, allá van ! . . . . Ya el sol naciente
Disipó con sus luces nuevas brumas,
Y otra vez al ponerse en Occidente
Hundió en el mar su enrojecida frente
E incendió siempre sábanas de espumas ! . . . . . .
Y al seguir confiados en su sino
Los derroteros de su marcha incierta

Siempre vuelven á hallar en su camino
La misma vasta inmensidad desierta,
El mismo azul y aterrador paisaje,
Los mismos dilatados horizontes,
Y allá al final del viaje
Las mismas nubes que semejan montes.

¡ Oh, Dios! si siguen tan soberbia empresa,
Si la vencen por fin sin que te asombres,
Llevarán en sus almas tu grandeza
Y no serán como los otros hombres!
Llevarán algo grande y majestuoso
Que en mis estrofas describir no puedo,
Porque todo mortal, Dios poderoso,
Lleva en la carne el miedo!

¿Qué será de esos nautas si resuena
Atronadora la tormenta grave,
Si el huracán destrenza su melena
Y hace trizas la nave?

Mientras tanto, allá van! . . . . Funesto velo
Ha formado en su torno la neblina
Y en trance tal los abandona el cielo,
Porque ven con profundo desconsuelo
Que hasta la misma brújula declina;
Y sin embargo, á continuar el viaje
Todos se alistan mientras tengan velas,
Y aunque el mar encrespado los ultraje
Prosiguen navegando con coraje
Y allá van, santo Dios, las carabelas!

....
....
....

Vedlos: vacilan ya; surge en su mente
Del santo anhelo de guardar la vida
El impulso instintivo é inconsciente;
Y al decidirse la mortal partida
Aquellos navegantes que otras veces
Asombraron al mundo con sus hechos,
A Dios dirigen sus fervientes preces
Porque retire el miedo de sus pechos.

Vedlos cuál se amotinan, cómo escuchan
Temblando el grito de los hondos mares,
Y cómo todos luchan
Por volver otra vez á sus hogares!
¿Porqué, se dicen con pavor creciente,
Porqué dimos oidos
A ese pobre demente
Que en estas aguas nos dejó perdidos?
Oh! vale más retroceder las proras,
Y si es verdad que nos perdona el cielo,
Aún podemos pisar las salvadoras
Risueñas playas del nativo suelo!..........
....
....
....

Pero ¿Quién es ese hombre que aparece
Con noble majestad de soberano,
De vibrador acento que extremece,
De faz augusta y de cabello cano?
¿Quién es ese que lleva en la mirada
El fulgor de las raudas tempestades,
Y en la frente espaciosa condensada
Toda una inmensidad de claridades?
¿Quién es?........ Miradlo: su ademán sereno
El desconcierto de la turba acalla,
E hirviendo en la ira que brotó del seno
De la tormenta que en su pecho estalla,
Así les dice con su voz de trueno:
"¿Con que al fin me dejáis? Con que á la postre
Os sentís con las ansias del cobarde
Y no hay ninguno que el peligro arrostre
Después de tanto fanfarrón alarde?
¿Con que es verdad que se aterró el marino
Que su prez extendió por ancha zona,
Y en el término mismo del camino
Pálido y tembloroso me abandona?

¿Qué se hicieron las huestes que á las luces
De remotos espacios extendieron
Sus castillos, sus leones y sus cruces?
Decidme: ¿qué se hicieron?
Sé que poco nos resta
Para concluir nuestra gloriosa hazaña,
Pero si tantas lágrimas os cuesta
Seguir luchando contra la honda enhiesta,
Podéis volver á vuestra vieja España"

"¡Idos!...... Dejadme con mi sueño á solas
Pues tengo fé para abordar sus cimas,
Dejad en tanto que las roncas olas
Vayan y cuenten en lejanos climas
Que temblaron tres naves españolas!
Yo á seguir navegando me decido
Puestos mis ojos en el Dios supremo,
Yo seguiré adelante y sólo os pido
Una tabla y un remo."

"¡Dejadme!.... Tengo mi existencia en poco,
Y ya que el cielo su favor me niega,
Será la tumba de Colón el loco
Este océano insondable en que navega;
El será quien recoja mis dolores
Porque mis quejas las oyó él primero,
Y él dirá á las edades posteriores,
Cada vez que os maldiga en sus clamores,
Que dejasteis morir a un compañero!"

Dijo, y en ese majestuoso instante
Que en su locura á perecer se aferra,
Se alzó una voz vibrante
Que recorrió gloriosa y resonante
Aquellos vastos horizontes: ¡¡Tierra!!......

Guatemala, Octubre 14 de 1892.



VACIONES

Á MIS COMPAÑEROS DE ESTUDIO

Señores: hoy que al terminarse el año
El entusiasmo en vuestros pechos late
Que no os asombre ni os parezca extraño
Que de vosotros se despida el *vate.*

El que lleva ese nombre de *camorra*
Sabe Dios si con fin noble ó siniestro,
Y ha aceptado ese título de gorra
Resignado y paciente por ser vuestro;

El que insultó á Colón, el que hace poco
Sirvió á las Musas de risible mofa,
El que blandió cual verdadero loco
Lo mismo el escalpelo que la estrofa;

El compañero, en fin, que hace un instante
Con vosotros pasó la pena negra,
Teniendo al fiero tribunal delante
De intenciones vandálicas de suegra,

Ese mismo, señores, cual ninguno
Por lo que siente vuestra dicha mide,
Y por no fastidiaros uno á uno
De todos en conjunto se despide.

Pero antes que resuenen los disparos
Con que váis á anunciar las vacaciones,
Como buen compañero quiero daros
Algunas filosóficas lecciones.

Que habéis de agradecer, esto es tan cierto
Como que hay que estudiar ciencias infusas,
Pues promete arengaros con acierto
Este *vate* enemigo de las Musas.

Que el año que viene os aconseja
Ver un examen con profunda calma;
Ay! infeliz del que entre ceja y ceja
Lleve pintada la inquietud de su alma!

¡Qué de penas amargas se le juntan
Para que toda su esperanza acabe!
¡Cómo entonces los réplicas preguntan
Precisamente lo que no se sabe!

En esa hora tan larga é intranquila
Cualquiera siente que le falta el juicio:
¡Cómo ha de ser, si mientras más vacila
Más lo empujan al negro precipicio!

Recordad este axioma necesario
Que rige en esta humanidad atea:
"Cuando llegue á caer un adversario
Para aplastarlo más, se le patea!"

Cual lobos viejos, arrostrad las iras
De los amados maestros con aplomo;
Fabricad las científicas mentiras
Como deben de ser: de tomo y lomo.

Imitad á aquel joven que soporta
Este trance fatal con estoicismo,
Que propuso una vez ligar la aorta
En las operaciones de estrabismo.

Y que otra vez para salir triunfante
Y ganarse las notas superiores,
Que estaban en estado interesante
Les probó á vuestros graves profesores.

Que nadie ponga las facciones lacias
Cuando les toque recibir las *aes*,
Que haga como quien dice: "¡ Muchas gracias
Por la buena noticia que me traes!"

Y si todo así pasa sin apuros
Y el cuento se repite muchas veces,
Por haceros rabiar, estad seguros,
Caerán del cielo granizadas de *eses*.

Abur! Ya que las almas de ilusiones
Y de esperanzas las lleváis provistas,
Pasad vuestras alegres vacaciones
Entre alegres jolgorios y conquistas.

Recorred este mundo que os aclama
Como heraldos del siglo de las luces,
Y tocad las trompetas de esa fama
Que hace á los viejos deshacerse en cruces.

Olvidad, sobre todo, esas eternas
Horas de trasudar la gota gorda,
Y esas caras horribles de las ternas
Que siempre tienen la conciencia sorda.

Pero nunca olvidéis, aún en los fieros
Trances de esta existencia de combate,
Que de todos vosotros, compañeros,
Es vuestro amigo y servidor el *vate*.

1892.





SU RETRATO

Para llenar de luz pura y radiante
Mi existencia angustiosa y fatigada,
Trajo mi pobre corazón amante
A mi desierto cuarto de estudiante
La imagen celestial de mi adorada.

Allí, clavada en la pared desnuda,
Enfrente está de mi revuelta mesa;
A cada instante de dolor me escuda,
Con su mirada fija me saluda
Y me alienta en mis horas de tristeza.

Allí está pensativa y silenciosa
En la actitud que le indicó el artista;
Allí se alza esa estrella esplendorosa
Alumbrando mi vida borrascosa
Y sin perderse nunca de mi vista.

¡Con qué serena limpidez fulgura
En ese cuadro su perfil gracioso!
¡Cuál resalta su nítida blancura
Envuelta así por la diadema obscura
De su cabello negro y abundoso!

¡Allí está mi adorada! Tan intenso
Está su sér dentro mi sér grabado
Que en mis instantes de locura pienso
Que en holocausto de mi amor inmenso
Junto á ella está mi corazón clavado.

Y tanto, tanto condensé mi historia
En esa eterna y funeraria queja,
Que he creído por óptica ilusoria
Que en ese muro en que cifré mi gloria
Un pedazo de mi alma se refleja.

¿Por qué estará tan triste? Se le mira
Importuno quebranto que la enluta;
Vaga congoja su quietud inspira
Y parece que gime y que suspira
Su boca primorosa y diminuta.

Se adivina en su frente de alabastro
La palidez de mustias azucenas;
Y á pesar de que brilla como un astro
Aún se distingue el indeleble rastro
Que le dejaron las amargas penas.

Como paloma huérfana y herida
Doliente inclina su nevado cuello;
Tal parece que enferma y aterida
Piensa, en extraña latitud perdida,
En retornar á su vergel tan bello.

Se parece á una garza desterrada
En las regiones de la eterna bruma;
Que por oculto padecer postrada
Suspira cuando asoma la alborada
Por sus hirvientes márgenes de espuma.

¡Qué triste está! Por su dolor profundo
Parece que con hondo desconsuelo
Va con aire angustiado y gemebundo,
Al cruzar los zarzales de este mundo
Padeciendo nostalgias de su cielo!

Sus ojos... ¡yo no sé!... Más tan extraña
Es la ilusión que su mirar despierta,
Que parece guardar, triste y huraña,
Bajo la obscura red de su pestaña
Algo como una lágrima ya muerta!

Sé que el artista de triunfar seguro,
Así puso al amor de mis amores,
Pero al verlo clavado sobre el muro
Con placer incesante me figuro
Que comprende mis íntimos dolores,

Me figuro que siente mis abrojos
Y que llora mis muertas alegrías;
Que al ver de mi esperanza los despojos
Esa lágrima inmóvil de sus ojos
Está brotando por las penas mías.

Y se destaca junto á mí, confusa,
Su alba silueta de contornos tersos,
Y ella es entonces la doliente Musa
De cabellera espléndida y profusa
Inspiradora de mis pobres versos.

Y me parece que á mi estancia llega
Su arrulladora voz como un preludio,
Y ella es el astro que en su luz me anega
Cada vez que mi espíritu se entrega
A las arduas tareas del estudio.

Oh! cómo alumbra mi horizonte estrecho
Esa hermosa visión que me acompaña!
En ausencia la llevo dentro el pecho
Y regreso á mi estancia satisfecho
Porque sé que un cartón jamás engaña!

Sé que esa imagen que extasiado admiro
Allí estará con su eternal belleza,
Que al volver fatigado á mi retiro
Hallaré á la beldad por quien suspiro
Endulzando, cual siempre, mi tristeza.

Sin conocer los negros desengaños
Viéndola mi alma en su pasión se abisma,
Del mundo esquiva los traidores daños
Y aunque transcurran fatigosos años
Para mi corazón siempre es la misma.

Y llenando de luz á cada instante
Mi existencia angustiosa y fatigada,
Allí está frente á mí, pura y radiante,
Adornando mi cuarto de estudiante,
La imagen celestial de mi adorada!

1893.



ESTUDIANDO

Es inútil mi afán! Cuando despierto
De ese mundo en que vivo de ilusiones,
La frente inclino sobre el libro abierto
Y se explaya mi vista en sus renglones.

Y mi espíritu entonces más se empeña
En acercarse á tu caliente abrigo,
Y no comprendo lo que allí se enseña
Porque mi pensamiento está contigo.

¡ Oh, cómo en vano por borrar batallo
Tu amoroso recuerdo que me acosa,
Si tras de cada página te hallo
Cada vez más radiante y más hermosa!

Y al final de esta lucha en que me inmolo,
Pues querer olvidarte es la agonía,
Sé que he aprendido á pronunciar tan sólo
Tu dulcísimo nombre, amada mía!

1893.





FUGACES

I.

¿Sabes lo que pensé la vez primera
Que te ví tan hermosa y sonriente?
Que eras una visión, una quimera,
Un delirio de tantos de mi mente.

Y á pesar de que muchas, muchas horas
Te he vuelto á ver desde tan fausto día,
De que en la tierra con nosotros moras
No puedo convencerme todavía !

II.

Cuando al término llegue de este viaje
Que en la aridez de mi existencia emprendo,
Y al fin mis tristes y cansados ojos
Duerman el sueño eterno;
Antes de que á llevarse mi cadáver
Llegue el sepulturero,
Antes de que la tierra generosa
Me recoja en su seno,
Antes de abandonarme para siempre......
¡ Llamad, llamad, por compasión al médico !

Decidle entonces que me rompa el cráneo,
Que me arranque el cerebro,
Que tome la cuchilla y lo reduzca
A menudos fragmentos;
Que someta los últimos pedazos
Por largo tiempo al fuego,
Y cuando queden sólo las cenizas
Que las esparza al viento........

No vaya á suceder que todavía
Del sepulcro en el seno,
Presa de las miserias de esta vida,
Perdure trabajando el pensamiento;
Y yo me llevaré tantas tristezas,
Tan ingratos recuerdos,
Que al llegar á rendir esta jornada
Emprender otra igual me causa miedo,
Y olvidar, olvidar es lo que ansío,
Descansar para siempre es lo que quiero!

1893.



Blanco, Negro y Rojo

Es más blanca, más blanca y más pura
Que la nieve triunfal de la altura,
Que la espuma flotante del mar;
Yo quisiera besarle la frente
Pero el beso que tengo es ardiente
Y la pueden mis labios quemar.

Es más negra su real cabellera
Que la noche imponente y austera,
Que la tumba que guarda el ciprés;
Yo quisiera besársela ciego,
Pero el beso que tengo es de fuego
Y en cenizas la cambien tal vez.

Son más rojos sus labios delgados
Que las flores que dan los granados,
Que la sangre que doy por su amor;
Yo quisiera besarle la boca,
Pero tanta pasión me provoca
Que de ahogarla me espanta el temor.

Por besarle su cutis tan terso,
Recoger su cabello disperso
Y libar de su boca la miel;
Si la fama á su altar me trasporta,
Por besarla una vez ¡qué me importa
De la efímera gloria el laurel!

¡Qué me importan los duelos tiranos
Si enlazadas por fin nuestras manos
Por el mundo cruzamos los dos!
¡Es tan blanca su límpida frente,
Su cabello tan negro y luciente
Y sus labios tan rojos, gran Dios!

1893



FULGORES

Como en las noches de profunda calma
Brilla en la obscura inmensidad el astro,
Así estás en el fondo de mi alma,
Oh! mi pálida virgen de alabastro!
¡Cómo te alzas allí, pura y triunfante,
Cual sagrado blandón de una creencia!
¡Cómo disipa tu esplendor radiante
La triste lobreguez de mi existencia!
Allí, flotando en la extensión vacía,
Como la luna majestuosa bogas,
Y eres tú mi esperanza y mi alegría
Y mis dolores en tu luz ahogas.
¡Así es el faro que señala el puerto
Cuando el mar encrespado alza sus gritos,
La columna de fuego del desierto
Que devuelve la patria á los proscritos.
A veces mi alma que á querer empiezas
Gime á tus pies como las negras olas,
En sus nubes te envuelven mis tristezas
Pero tú con tu luz las arrebolas,
Y si el llanto las baña de amargura,
De tu aurora el fulgor, dulce bien mío,
Una lágrima entonces es más pura
Que la gota temblante de rocío,
Más pura que las nieves boreales
Que se sonrojan si las besa un astro,
Que la perla en su lecho de cristales,
Oh! mi pálida virgen de alabastro!

1893.



POR EL ARTE

¡Cuán hermosa es la muerta! Exuberante
Su desnudez sobre la losa brilla,
Yo la contemplo pálido y jadeante
Y tiembla entre mis manos la cuchilla:

El profesor, que la ocasión bendice
De poder explicar algo muy bueno,
A mí se acerca y con placer me dice:
— Hágale usted la amputación del seno.

Yo que siempre guardé por la belleza
Fanatismos de pobre enamorado,
— Perdonadme — le dije con tristeza —
Pero esa operación se me ha olvidado.

Se burlaron de mí los compañeros,
Ganó una falta mi lección concisa,
Ví en la faz del maestro surcos fieros
Y en la faz de la muerta una sonrisa!

1893.





A TUXTLA

¡Salud, oh pueblo de mis amores,
Donde en pasados tiempos mejores
Mi vida alegre se deslizó!
¡Salud, oh tierra de los vergeles
Cuyos recuerdos tienen las mieles
De la encarnada flor del *sospó!*

¡Cómo se extiende tu vestidura
Cabe la falda pendiente y dura
Del elevado *Mactumasá*,
Y mientras duermes tan indolente
Cómo te arrullan eternamente
Las claras ondas del *Zapatá!*

¡Cómo recortan tus horizontes
Los azulados, agrestes montes
Que altivos yerguen sus térreos blocs!
¡Cuántos arroyos doquier serpean,
¡Cómo tus campos amarillean
De tronadora flor de *candocs!*

Bajo ese palio que tanto anhelo
De tu radiante, límpido cielo
Pasó dichosa mi juventud;
Allí nacieron mis ilusiones
Y allí tomaron sus vibraciones
Todas las cuerdas de mi laud.

¡Oh, cuál se agrupan en mi memoria
Las hojas sueltas de aquella historia
De un tiempo hermoso que ya se fué!
¡Cuán frescas brotan de sus santuarios
Como si fueran viejos rosarios
De humildes flores de *siqueté!*

Ha tiempo ¡oh Tuxtla! que no te veo,
Mas cuando busco con mi deseo
Ese terruño que abarcas tú,
Se me figura que soy un niño
Y siento, á impulsos de mi cariño,
Que me indigesto de *puxinú*.

Se me figura que voy de gresca
Con asquerosa cara grotesca
Porque *zapote negro comí;*
Y sin embargo de ser ranchero
Por las simplezas estoy que muero
De las tajadas de tu *yumí*.

Tal me parece que alegre sube
Mi *papelote* que hasta la nube
Almidonado va de *matzú;*
Que en pos de nuevos, anchos espacios
Busco los vientos menos rehacios
En la *lomita del Calvariú*.

Siento nostalgias hondas y frías
Por los hermosos tranquilos días
Que en tu regazo tierno pasé,
Y entonces tengo, te lo aseguro,
Aspero el genio cual torso duro
De secas hojas de *cupapé*.

Ya este destierro me desespera,
Mientras prosiga de esta manera
Será imposible curar mi mal;
Esta tristeza que me consume
Se ahuyenta sólo con el perfume
Del barrio alegre del *Jocotal*.

¡Oh, Tuxtla hermosa, cómo suspiro
Cuando resuenan en mi retiro
Tus *tamaladas* del mes de Abril;
Cuando me llega la voz de arrullo
De tus inditas que un bardo tuyo
Les dió de gracias un *jiquipil!*

¡Quién hay que al cabo no se preocupe
Cuando la fiesta de Guadalupe
Se acerca siempre que quiere Dios;
Cuando flamante sale el programa
Como trompeta de inmensa fama
Que al viento esparce su recia voz!

Y cuando llega por fin la feria,
Quién no se olvida de su miseria
Lleve camisa, chaqueta ó frac!
¡Cuántos viajeros por tus caminos
Cómo se llena de peregrinos
La ermita humilde del *Tepeyac!*

Hoy me han contado que ya es eterno
Ese bullicio, porque el Gobierno
Buscó las frondas del *sabinal;*
Que siempre tienes perpetua fiesta,
Que te proclaman á toda orquesta
De nuestro Estado la Capital.

Que tienes kiosco, teatro y mercado,
Que hermosa estátua le has levantado
Al bueno y mártir de don Joaquín ;
Que eres la nave que nunca escolla,
Que ya te extiendes hasta *Copoya*
Que tus progresos no tienen fin ! . . . . . .

¿ Habrás cambiado ? ¿ Serás coqueta ?
A este infelice, pobre poeta,
Dí, qué acogida le guardas tú ?
¡Soy hijo tuyo, tosco ranchero
Que mucho tiempo me desespero
Por atracarme de *puxinú!*

Pero cualquiera cosa que vea,
¡ Oh, Tuxtla invicta, bendito sea
Ese destino que Dios te dió !
¡ Salud, oh tierra de los vergeles,
Cuyos recuerdos tienen las mieles
De la encarnada flor del *sospó!*

1893.





FEBRERO

¡Cuán alegre está el baile do se escuda
El mortal cuidadoso tras su velo!
¡Cuántos ojos que miran con recelo,
Cuánta voz de falsete que saluda!

Después del vino la franqueza ruda
Hierve en la sangre con su tosco anhelo,
Y ruedan las caretas por el suelo
Y aparece la faz roja y desnuda.

¡Cómo imita la fiesta desgreñada,
Pobre Febrero á quien calumnian loco,
De la vida la eterna mascarada!

Así es la realidad que siempre toco,
Y me burlo con ancha carcajada
Del carnaval grotesco que provoco!

1893.





JUNIO

Llevando alegre su triunfal cortejo
Pasó el mes de las lluvias tempraneras,
Y tan sólo de aquellas borracheras
Las heces quedan en el odre añejo.

Ni un perfume, ni un canto, ni un reflejo
Que recuerde tan gratas primaveras,
Y para colmo de desdichas fieras
Está el tiempo que arruga el entrecejo,

¡ Oh, mes de Junio ! quien contigo lidia
Reniega al cabo de los negros ratos
De tu perpetua lluvia que fastidia !

Porque es más duro que los malos tratos
De esas tus horas que el averno envidia
Tu indigno modo de arruinar zapatos !

1893.





SEPTIEMBRE

La aurora entre celajes parpadea
Resuena el bronce con su voz rugiente
Y en aquel cielo puro y esplendente
El pabellón con majestad flamea.

De lleno herido por la luz febea
Hiende el globo los aires imponente,
Al pueblo arenga el orador vehemente
Y el petardo en las nubes clamorea.

Bendito el mes en que la patria hermosa,
Porque á sus héroes y á su Dios les plugo,
Recuperó su libertad gloriosa!

¡ Bendito el mes en que el infame yugo
De triste y negra esclavitud odiosa
Rompió contra la faz de su verdugo!

1894.

A MARGARITA MARTINEZ

Que te bendiga Dios, que alta y serena
Tu frente enseñes de color de rosa,
Que seas, Margot, cual tus hermanas, buena
Pero jamás como ellas tan hermosa.

¿ Sabes porqué? Porque los negros hados
Envidian toda perfección bendita,
Y muchos corazones desgraciados
Quedan vertiendo sangre, Margarita!

1894.



¡ADIOS!

¡Se fué el vapor!...... En sin igual batalla
La hélice entró con las hirvientes olas,
Y te llevó gloriosa y en la playa
Me dejó con mis lágrimas á solas.

Se fué el vapor, y mi letal tristeza
Al despedirse, la insultó violento
Arrojando á la orilla con fiereza
Las bocanadas de su negro aliento.

Y al celebrar la máquina potente
Esa victoria con triunfal rugido
Otro grito de amor, triste y doliente,
Se alzó del fondo de mi pecho herido.

¿Lo escuchaste? Tal vez!..... Sobre cubierta
Un blanco lienzo desplegó la brisa,
Distinguí su agitación incierta
Como el ala de un ave que agoniza.

Después la barca su caudal de espuma
Trazó en aquella inmensidad ignota,
Y semejó al perderse entre la bruma
La silueta gentil de una gaviota!

Oh! tú no sabes lo que entonces lleva,
Cuando así nos agobian los pesares,
Una columna de humo que se eleva
En el confín remoto de los mares!

Aquellas espirales para el cielo
Llevaron mi esperanza y mi alegría,
Pues para siempre entre su espeso velo
Te envolvieron tal vez, amada mía!

Adiós!... Que nunca nuestro amor se vaya
Como esa nube que tu barco arroja,
Y que sepas guardar lo que en la playa
Me dijiste, temblando de congoja!

1894.

¡SEMPER!

À PRÓSPERO CALDERÓN.

Sala de disección: la luz discreta
Esboza apenas el perfil severo
Del infeliz que ni en su adiós postrero
Por la ciencia feroz se le respeta.

Sobre esa plancha que al misterio reta
Se vé todo tan lúgubre y tan fiero,
Que irónico me dice un compañero:
—¡Canta el amor, si puedes, oh poeta!

Enjuguéme la frente acongojada
E invoqué en la desgracia que me abruma
El castísimo nombre de mi amada;

La cuchilla arrojé, tomé la pluma
Y brotó de la mano ensangrentada
Una estrofa más blanca que la espuma.

1894.



Fe, Esperanza y Amor



Fe, mi bien, es lo mismo que alegría,
Que seguro refugio y que consuelo,
Tanta fe tengo en tí, paloma mía,
Que te hallo siempre que contemplo el cielo.

Esperanza.... es la sola á quien se entrega
Lejos de tí mi corazón cautivo;
Porque espero un instante que no llega
Aquí me tienes en el mundo vivo.

Amor.... fuerzas me da cuando lo imploro
En mi dura existencia de combate;
Yo sé que nada más porque te adoro
Dentro del pecho el corazón me late.

¡Cuánto esa hermosa trinidad encierra;
La fe, me lleva de tu gloria al seno,
Por la esperanza estoy sobre la tierra
Y sólo, sólo por tu amor soy bueno!

1894.





VERSOS PATRIOS

EL TORO SALVAJE

I.

"Mi buena madre, en prenda
De su amor tan profundo como cierto
Cuando entré de esta vida en la contienda
Abandonó las pampas de la *hacienda*
Y se vino al desierto.

Aquí, bajo las selvas ignoradas
Sus ubres dilatadas,
Libres de ese tributo vergonzoso
Que en la *ordeña* las deja miserables,
Exprimieron su néctar delicioso
En mis belfos sedientos é insaciables.

Lleno de vida respiré este ambiente
Donde el hombre raquítico se ahoga,
Soy audaz, soy valiente,
Jamás el polvo se posó en mi frente
Ni en mi erguido testuz la infame *soga*.

Mi afán de rey á dominar aspira
Cuanto en mi vista en derredor abarca,
Y en fé de que mi aserto no es mentira
Nadie en mis ancas mira
La ignominiosa huella de la *marca*.
Nadie ve en mis orejas el odioso

Rastro que deja la *señal* profunda,
Ni en mi cuello soberbio y musculoso
La infame cicatriz de la *coyunda;*
Y libre y soberano, sin el yugo
Que envilece á mis pobres compañeros,
No tengo más verdugo
Que mis instintos fieros."

II.

"En horas de quietud, cuando sofoca
El sol en cuanto forma mis gobiernos,
Me ocupo de afilar contra una roca
Mis acerados cuernos;
Y si queréis saber lo que yo haría
Con estas armas de que estoy ufano,
Que os lo cuente el jaguar que el otro día
Despanzurré de un golpe soberano.

El vino á desafiarme: silencioso
Rascaba un arenal con mis pezuñas
Cuando llegó traidor y cauteloso,
Dió el miserable un salto prodigioso
Y en las espaldas me clavó las uñas.

Mi instinto cruel de luchador se exita
Al sentir que su garra se me entierra,
Me sacudo con cólera inaudita
Y lo arrojo por tierra!
Y ciego le embestí, cuando el bandido
Quiso escapar de mi furor deshecho,
Tenía en el vientre hundido
Hasta el remate mi pitón derecho!......"

III.

"Oh, si por un momento
En medio de la arena me encontrara
De ese circo sangriento
De que un buey, azorado y sin aliento,
Las horribles escenas me contara!

Un sólo, un sólo instante
Para ganarme entonces bastaría
Los *¡ hurras !* de la turba delirante.
¡ Con qué rabia infinita vengaría
Las penas de los muertos compañeros,
Con qué saña en mis cuernos formaría
Sarta innoble y convulsa de toreros !
Y al mirar otra vez que nuevo brío
Lleva en cada embestida mi coraje,
¡ Cómo iba á proclamar aquel gentío
Como ejemplo de indómito y bravío
A este toro salvaje ! "

IV.

" Una vez quise ver á mis hermanos
Que al hombre dan su denigrante ofrenda,
Y descendí á los llanos,
Y á los abiertos campos de la *hacienda* ;
Y los pobres esclavos en parvadas
Echaron á correr despavoridos
Cuando en aquellas pampas dilatadas
Resonaron triunfantes mis bramidos.

Llegaron los *vaqueros* ; todavía
Me figuro escuchar los alaridos
De aquella sin igual carnicería :
Reculé algunos pasos, levantada
Llevaba entonces la cabeza fiera,
Y así que los medí con la mirada
Me doblegué, emprendiendo la carrera ....
Ni siquiera el consuelo
De desatar las *reatas* alcanzaron,
A mi empuje violento, por el suelo
Los ginetes rodaron ;
Y una vez entablada la batalla
No dejé satisfechos mis rencores
Hasta que la canalla
El espacio aturdió con sus clamores ....
....
....
....

Así que mis antojos ví cumplidos
Regresé á mis montañas
Trayendo entre las astas, retorcidos
Los fragmentos de entrañas...."

V

Aquí están mis dominios, aquí mando
Como rey absoluto,
Aquí están mis vasallos aguardando
La hora suprema del mortal tributo.

Aquí en las pequeñeces de la tierra,
Lleno de intensa cólera medito,
Y una hermosa *becerra*
En la que toda mi afección se encierra
Me lame la cerviz mientras dormito;
Y libre y soberano, sin el yugo
Que envilece á mis pobres compañeros,
He llegado á imperar donde me plugo,
Sin tener por mi parte otro verdugo
Que mis instintos fieros!"

VI

Cuando así el toro *alzado* discurría,
Haciendo retemblar con su rugido
La selva que tranquilo recorría,
Con el rifle tendido
A lo lejos un hombre se veía.

Rosonó una explosión que las montañas
Con formidable estruendo repitieron,
Y las bravas hazañas
Del tirano del bosque concluyeron.

1895.



LA ZANDUNGA

Cuando en la calma de la noche quieta
Triste y doliente la *zandunga* gime,
Un suspiro en mi pecho se reprime
Y siento de llorar ansia secreta.

¡Cómo en notas sentidas interpreta
Esta angustia infinita que me oprime!
¡El que escribió esa música sublime
Fué un gran compositor y un gran poeta!

Cuando se llegue el suspirado día,
En que con dedo compasivo y yerto
Cierre por fin mis ojos la agonía,

La *zandunga* tocad, si no despierto
Al quejoso rumor de armonía,
Dejadme descansar, que estaré muerto!

1895





SOÑANDO

Cuando viene el sangriento desengaño
A herir mi pecho con feroz constancia,
Dejo á los hombres y me escondo huraño
En mi desierta y solitaria estancia.

Allí, para olvidarme de que vivo
Una triste existencia desgraciada,
Tomo un pedazo de papel y escribo
Estas dulces palabras: *A mi amada.*

¡Oh, qué gratos instantes! La tristeza
La siento al fin del corazón ausente,
Y allí me estoy junto á la pobre mesa,
Sobre las manos la ardorosa frente.

¿En qué pienso? ¡No sé! Lleno de flores
Miro extenderse el horizonte abierto,
Y transportados á mundos superiores,
Me pongo entonces á soñar despierto.

En cruzar anchos piélagos me afano,
Y cuando al fin las fuerzas se me entumen
Llega hasta mí la protectora mano
De la diosa celeste de mi numen.

Y con qué ansia infinita, con orgullo
Esos lirios blanquísimos estrecho,
Y cual flor que se esponja en el capullo
Se me hincha el corazón dentro del pecho.

Y largas horas permanezco abstracto
En silenciosa adoración ferviente,
Y salgo de ese espiritual contacto
Más sencillo y más bueno y más creyente!

¡Cuánta fe, cuánto amor, cuántos destellos,
Desparrama esa virgen en mi estancia!
¡Cuál se parece á los querubes bellos
De los sueños lejanos de mi infancia!

Al verla envuelta entre las luces puras
De amor que indecisas parpadean,
En el fondo de mi alma las ternuras
Como palomas blancas aletean.

En alegres parvadas, de sus alas
Despliegan la brillante orfebrería,
Y el sedoso concierto de sus alas
Murmura el nombre de la amada mía......

....
....
....
....

Después viene á posarse la mirada,
Cual ave errante que amainó su vuelo,
Sobre alguna cuartilla inmaculada
Donde está mi esperanza y mi consuelo.

Entonces, lleno de entusiasmo ardiente,
Poso la pluma en sus espacios tersos,
Pero es tan hondo lo que mi alma siente
Ay! que no cabe en los estrechos versos!

¡ Cómo ha de ser á nuestra lengua dable
Retratar con verdad tanta hermosura,
Ni que encierre la estrofa miserable
Un raudal tan copioso de hermosura !

Oh ! cuando pienso en su ideal belleza
Y en el amor inmenso que me abruma,
Embargado por intima tristeza
Dejo á mi lado reposar la pluma !

Y otra vez, por extraño mecanismo,
Me olvido del pasado y del presente,
Y en amorosa soñación me abismo
Sobre las manos la cabeza ardiente......

....
....
....
....

Por eso busco la apacible calma,
La quietud y el silencio que desean
Estas pobres ternuras que en mi alma
Como palomas blancas aletean.

Y me conformo con vivir soñando
En el azul espléndido del cielo,
Y estar en mis cuartillas contemplando
Mi esperanza, mi dicha y mi consuelo !

1895.







¡IMPOSIBLE!

¿Qué mejor galardón, qué mejor gloria
Que al siniestro adversario haber vencido,
Haciendo que no exista en la memoria
La mancha negra que se llama *olvido?*

Desde que el vuelo triunfador tendiste
De otro nido á buscar el grato asilo,
Ya debes de saber que estoy muy triste,
Pero sabe también que estoy tranquilo.

Tranquilo como el águila bravía
Que sube audaz sin que el turbión le importe,
Como el nauta sereno que confía
En una estrella que le marca el norte.

Y tú misma la asustas porque mides
El férreo pacto á que te ves unida,
Porque vas á olvidarme cuando olvides
El recuerdo más santo de tu vida.

Oh! cuántas veces por borrar en vano
De tu memoria el indeleble rastro,
Con febril inquietud tu blanca mano
Pasarás por tu frente de alabastro!

Como el ave aterida por la lluvia
Que se acoge á la selva rumorosa
Sacudirás tu cabecita rubia
Por dejar mi recuerdo que te acosa.

Pero no puede ser! Bajo tu abrigo
Pasaré mi existencia con orgullo,
Y porque siempre viviré contigo
Tengo la gloria de llamarme tuyo!

1896



VERSOS PATRIOS

LOS TRABAJADORES DEL BOSQUE

Á Fausto Moguel

I

No se me borra esa impresión grandiosa:
En medio de la selva gigantesca
Y á la luz indecisa de la *roza*
Ví la escena dantesca.

Al pie de aquellos árboles copudos,
Como negros fantasmas se agitaban
Los atletas desnudos
Que ardorosos se erguían ó encorvaban,
Mientras que, presas en sus puños rudos,
Las hachas, cual relámpagos, brillaban.

¡Con qué rabia el acero
Se clavaba en el tronco endurecido,
Y á cada golpe fiero
Cómo el cedro orgulloso y altanero
Lanzaba hondo gemido!

El furor de las hachas relumbrantes
Se aumentaba á medida del bochorno,
Y templaban los *mozos* jadeantes
Aquel ambiente de horno,
Haciendo que llovieran en su torno
Granizadas de astillas crepitantes;
Y cuando algún coloso vacilaba
Y por fin con estruendo se abatía,
Agria y desconcertada gritería
Una nube de pájaros formaba
Por el nido deshecho que caía!......

Mientras tanto, el hachazo
Se escuchaba otra vez, violento y seco,
Resonando del bosque en el regazo
Repercutido siempre por el eco;

Y siempre, siempre con la misma saña
El acero vibrante
Se encarnizaba con la dura entraña,
Y al rodar por el suelo algún gigante
Pavorosa temblaba la montaña....

Y otra vez la estridente algarabía
Se formaba en la altura,
Y por la brecha enorme que se abría
Una explosión de luz y de alegría
Llegaba al fondo de la *roza* obscura!

II.

Después, á los postreros resplandores
Del mismo ardiente sol que con asombro
Los miró resistir á sus calores,
Se alejaban aquellos gladiadores
Cantando alegres con el hacha al hombro.

Por el fulgor crepuscular heridos
En la falda del cerro blanqueaban
Del pobre hogar los agrupados nidos,
Y allá, en los claros que á la selva hollaban,
Destrozados quedaban
Los revueltos montones de vencidos!

1896.





PINCELADAS

I.

Parece que, suspenso en su carrera,
Quedose el sol en el cenit clavado,
Sigue el agua su curso fatigado
Y la arena del margen reverbera.

En el bosque cercano desespera
El silencio de muerte que ha reinado,
Y apenas se oye el canto desolado
De la torcaz medrosa y plañidera.

Salta un siervo: á los vientos interroga,
Hunde sus secas fauces con anhelo
En la corriente que su sed ahoga;

Asustada una garza tiende el vuelo
Y como nube solitaria boga
Por el azul espléndido del cielo.

II.

Orando acaso por el sér que adora,
Imagen muda del dolor sombrío,
El funerario sauce sobre el río
Cuelga su cabellera protectora.

Tenaz conserva su actitud traidora
Un martín pescador, hosco y bravío,
Y al parecer, durmiéndose de hastío
Está en la rama que se inclina y llora.

Por fin en el remanso un pez blanquea,
Rápido se derrumba de repente
Y el agua con violencia chapotea;

Vuelve á posarse en el sauz doliente,
Y parece, al bañarse en luz febea,
Que llevara en el pico un ascua ardiente.

1896.





ESPERANZA

No lo extrañes!...... Es justo que en estas horas
Que trascurren tan lentas y abrumadoras,
Busquen mis pobres ojos en lontananza
Los fulgores lejanos de la esperanza;
Y siempre la esperanza — ¡ Dios la bendiga —
Con su vieja constancia de fiel amiga
A besar mis pupilas con luz de aurora
Baja de las alturas en donde mora,
Viene en noches eternas de fiebre ardiente
Con sus gratos efluvios á orear mi frente,
Y bajo estas caricias que me sosiegan
Espero tantas cosas que nunca llegan.........

¡ Oh, los sueños dorados que yo persigo !
La dicha tan remota de estar contigo,
De llevarte, oprimiendo tus blancas manos,
A encantados países, los más lejanos......
Y entonces acaricia mi fantasía
La concepción incierta de que ese día,
Besando tus cabellos de seda y oro,
Podré decirte á solas cuánto te adoro!

Ya lo ves ! la esperanza que siempre viene
Es la sola en el mundo que me sostiene,
Y seré, mientras me abra su casto seno,
Resignado y sencillo, creyente y bueno !
Oh, esperanza ! es la hermosa que á cada instante
Sobre mi cuello enlaza su abrazo amante,
La visión fugitiva de raudo vuelo
Por la que vivo siempre mirando al cielo,
La maga misteriosa que cuando muera
Ha de cerrar mis ojos diciendo : —" ¡ espera ! "—

¡ Qué fuera de nosotros ¡ oh Dios clemente !
Sin ninguna promesa que nos aliente !
Tras la esperanza hermosa suspira y yerra
El mortal desgraciado sobre la tierra :
A la luz que despiden sus resplandores
Las garzas del camino parecen flores,
Parece que estuviera cerca la cima
De la escarpada cuesta que nos lastima
Y absortos contemplamos, como un miraje,
Los agrios peñascales del triste viaje.

¡ Así somos nosotros, pobres criaturas !
Para hacer llevaderas las desventuras
Vemos con los fulgores de la esperanza
Todo cuanto sabemos que no se alcanza :
La estrella de la tarde, blanca y remota,
Que contemplamos siempre con ansia ignota,
El iris que nos abre desde el espacio,
El pórtico grandioso de áureo palacio,
El azul esplendente de la alta esfera.........
¡ Todo cuanto es mentira, cuanto es quimera !

Si guardo la esperanza de que estos versos
Que ignorados y obscuros irán dispersos
Acaso los recojan tus manos bellas
Y los bañen tus ojos con luz de estrellas ;
Si acaricia un instante mi fantasía
La concepción incierta de que ese día,
Suspirando por algo que ya no existe,
Cruce por tu memoria mi nombre triste ;
¡ Cómo no ha de ser justo que en estas horas
Que trascurren tan lentas y abrumadoras,
Busquen mis pobres ojos en lontananza
Los fulgores lejanos de la esperanza!

1897.



VERSOS PATRIOS

PINCELADAS

I.

Ha tiempo que la lluvia bienhechora
No difunde la vida y alegría,
Que el enervante y caluroso día
Viene después de festejada aurora.

El sol vierte su lumbre caldeadora
Del ancho cielo en la extensión vacía,
Se retuerce el arbusto en agonía
Y en los cauces el agua se evapora.

Una tarde los míseros mortales,
Pidiendo gracia en la feroz contienda
Y buscando un alivio á tantos males,

Llevan, en aras de sencilla ofrenda,
A través de los áridos maizales
Al tutelar patrono de la hacienda.

II.

Por fin, dándole forma á la esperanza
De que termina la mortal reyerta,
Bordando airosa la extensión incierta
Se divisa una nube en lontananza.

El potro al viento su relincho lanza
Como un clarín que se mantiene alerta,
Y mientras todo en torno se despierta
La nube negra y majestuosa avanza.

De pronto surge del obscuro seno
Lívida cinta de bruñida plata
Que desparece entre el fragor del trueno,

Y entre tanto que el eco se dilata,
De la excelsa región manda el Dios bueno
Brilladora y sonante catarata.

III.

Cesó la lluvia torrencial: la tierra
A la vida despierta sonriente,
Besa el sol, al perderse en Occidente,
La cresta azul de la erizada sierra.

Por las fragosas soledades yerra
Atronador y rápido el torrente,
Y se derrama por el fresco ambiente
Cuanto perfume la corola encierra.

El *zenzonte* celebra en la espesura
La vespertina fiesta que hasta el nido
Llevó el canto más dulce de ternura;

Llora el bosque, empapado y aterido,
Y la húmeda extensión de la llanura
La puebla el toro con triunfal bramido.

1897.







VERSOS PATRIOS

PINCELADAS

I.

Las trepadoras en confuso vuelo
El reposo perturban de los nidos,
Y se posan, gritando, en los erguidos
Bosques que tocan con la frente al cielo.

De la hojarasca entre el espeso velo
Brotan risas y llantos y gemidos,
Y una lluvia de frutos carcomidos
Está alfombrando sin cesar el suelo.

Asoma el gavilán: con alegría
De sangriento festín torna en palacio
El cortinaje de la selva umbría;

Y un girón de esmeralda y de topacio
Flota con azorada greguería
Por el azul radiante del espacio.

II.

Bulliciosas cruzaron las murallas
De la sierra, el desierto y el bohío,
Y las dos van buscando á su albedrío
De hermosos climas las remotas playas.

Los chicuelos que sirven de atalayas
Gritan—¡adiós!—con fuerte vocerío
Y al trasponer el rojo caserío
Les responden—¡adiós!—las *guacamayas.*

—¡ Adiós !—y hieren con el ala abierta
La despejada atmósfera tranquila
De la anchurosa inmensidad desierta ;

Fatigada la sigue la pupila
Y desparecen en la línea incierta
Que la montaña en el azul perfila.

III.

¡ Oh, las tardes de Junio ! Es un santuario
La tierra de flotantes oraciones,
Que ascienden á las límpidas regiones
Como espirales blancas de incensario !

La ermita desde el pobre campanario
Esparce sus aladas vibraciones,
Y regresan, cantando, los peones
De las fatigas del trabajo diario.

De la florida y susurrante rama,
Como un himno triunfal, surge el gorgeo,
Y entre tanto rumor que se derrama

Predomina el monótono voceo
Que pertinaz y quejumbroso llama
A las vacas mugientes al *rodeo !*

1897.





FUGACES



I.

De otros mundos mejores he venido
Incansable y tenaz en pos de tí,
Con mis amores á endulzar tu viaje
Y á hacerte con mis versos más feliz.

Y hace ya mucho tiempo que, sin rumbo,
Mi destino es tu huella perseguir;
¡Astro informe que sigue eternamente
Una estrella brillante del cenit!

¿Quién desde arriba á padecer te trajo?
No lo sé, vida mía, pero al fin
Mientras sufras en estos eriales
Nostalgias de tu cielo y tu pensil;

Mientras tus blancas alas de querube
No vuelvan los espacios á batir,
Yo seré el compañero cariñoso,
El fiel amigo que tendrás aquí!

II.

—¡Espera!—dices,—¡Espera!—
Y yo me pongo á esperar,
Y pasa así mucho tiempo
Y pasa una eternidad.

Así las horas, los días,
Así los años se van,
Y yo aquí estoy esperando
Y tú no llegas jamás.

Cuando la fe de mi espíritu
Siento que vacila ya,
—¡Espera!—dices, y entonces
De nuevo torno á esperar,
Y pasan siglos y siglos
De larga noche invernal
En que, transido de frío
Y caminando al azar,
Voy sin tregua preguntando,
Preguntando en donde estás......

Tal vez al fin me fatigue
De tanto, tanto esperar
Y llegue al sepulcro helado
Con mi esperanza no más.

Si al trasponer esas puertas
De la otra vida inmortal
En donde tarde ó temprano
Nuestras almas se verán;
Si allá repites—¡espera!—
Tornaré siempre á esperar,
Aunque pasen muchos siglos,
Y pase una eternidad,
Y me consuma esperando
Y tú no llegues jamás!

III.

¡Cuántas flores, cuántas flores
Que en mi corazón germinan,
Mustias y yertas se inclinan
Del invierno á los rigores!

Apenas su albo capuz
Abren, llenas de perfume,
Artero mal las consume
Y se ajan, faltas de luz.

Nacen con pompa y alarde
De mi vida en los abrojos,
Como los celajes rojos
Que duran sólo una tarde.

¡Con qué profunda aflicción
Las miro tristes y solas,
Plegar sus níveas corolas
Dentro de mi corazón!

Todas se mueren temprano
Como los sueños de un niño,
Porque les falta el cariño
De piadosa y blanca mano.

Ah! si quisieras un día
Alimentar mis amores,
Cuántas flores, cuántas flores,
Mi corazón te daría!







Carta a mis Padres



I

Padres míos, mi gloria, mi fortuna,
Cariñosos amigos de mi alma
Que cuidasteis por mí desde la cuna;

Que desvelándoos porque viva en calma
Sois los ángeles buenos que en la tierra
Buscáis tan sólo de mi amor la palma;

Que con el vicio y la maldad en guerra
Me inculcasteis con mano generosa
Todo lo bueno que mi pecho encierra.

Vosotros que formáis la más hermosa
Inextinguible luz que en los abrojos
Distingo de mi vida trabajosa;

Que mitigando siempre mis enojos
Sois los inseparables compañeros
Que contemplé desde que abrí los ojos,

Vosotros que escuchasteis los primeros
Dolorosos gemidos que, extenuado,
Lancé al mundo en acentos lastimeros,

Vosotros que pasasteis á mi lado
Largas noches de amargos sinsabores
Velando al niño enfermo y desgraciado;

Que con honda aflicción y hondos dolores
Visteis el pobre cuerpecito inerte
Del que encarnó, al nacer, vuestros amores,

Y en lucha desigual, tenáz y fuerte,
Que en la frente os dejó surcos impresos
Me arrancasteis al cabo de la muerte;

Y absortos por alegres embelesos,
Al pasar vuestro duelo sin segundo,
Me cubristeis de abrazos y de besos.

Que después con amor santo y profundo
Me llevasteis tranquilos de la mano
Guiando mi débil paso por el mundo,

Vosotros que tenéis el pelo cano
Cual augusta corona de esplendores
Que os da la majestad de un soberano;

Que piadosos guardáis vuestros amores
En el hogar caliente y escondido
Que supisteis formar entre las flores,

Y allí, como las aves en su nido,
Rebosantes las almas de alegrías,
Jamás lloráis el bienestar perdido,

Y que, al abrigo de borrascas frías,
Os acercáis al Dios que os acompaña
Rezando una oración todos los días

Para que nunca la desdicha huraña
Ahuyente los eternos regocijos
De ese pedazo azul de la montaña;

Vosotros que tenéis los ojos fijos
En la sola ambición y santo anhelo
De que vivan felices vuestros hijos;

Que siempre sabéis darme algún consuelo
En medio de las luchas en que vivo
Cual un efluvio aliviador del cielo.

En premio de los bienes que recibo
—Sé que esto á vuestros ojos es bastante—
Padres del corazón, hoy os escribo.

II

¡Qué triste cruza mi existencia errante
Por la aridez de esta región desierta
De los paternos lares tan distante!

¡Cuántas veces mi espíritu os despierta
Llegando hasta vosotros cual viajero
Que fatigado llama á vuestra puerta!

Y al llegar al santuario que venero
En inefables dichas se consume
Contemplando á los seres que más quiero.

Sin fatiga importuna que lo abrume,
A vuestro lado con amor se sienta
Para aspirar mejor vuestro perfume.

Allí, al abrigo de letal tormenta
Y de males voraces y tiranos,
De ese hogar á la lumbre se calienta.

Miro entonces reír á mis hermanos
Absortos en sus juegos inocentes
Con mis nobles abuelos tan ancianos.

Confundir sus cabellos esas frentes
Que arrugaron los años inflexibles
Y las otras tan tersas y rientes.

Allí jamás dolores invisibles
Llevan horas de luto y de vigilia
Hiriendo corazones tan sensibles.

En aquel tierno grupo de familia
Donde dejó la religión sus huellas
Todo lo noble y santo se concilia.

Esas almas tan puras y tan bellas
Creen en Dios porque en el cielo alumbran
Con trémulos fulgores las estrellas.

Yo no sé la esperanza que vislumbran
Al contemplar lo que tan lejos brilla
Que á regiones espléndidas se encumbran;

Porque, movidos por su fé sencilla,
Rezando con fervor miran al cielo
Y doblan, reverentes, la rodilla.

¡ Con qué intensa fruición, con cuánto anhelo
Mi espíritu contempla esas escenas
A través de tupido y denso velo!

Dulces horas de paz, tardes serenas,
Gratas veladas que en las noches frías
Pasé sin aflicciones y sin penas;

Olvidados instantes de alegrías
Que en el techo pasé de mis mayores
Ah! si volvierais como en otros días!

Mas hoy en mi camino ya no hay flores
Y guardo sólo de pasada gloria
Los inciertos y ténues resplandores:

Hoy me queda tan sólo la memoria
Que revuelve las páginas borradas
Donde escribí de mi niñez la historia;

Llegan á mis pupilas apagadas,
Como un beso de amor, las claridades
De fugaces y hermosas alboradas.

Azotado por fieras tempestades,
Al anublarse mi horizonte estrecho,
Se anublaron también esas edades.

Apenas si recuerdo que en mi lecho
Me enseñaba á rezar la madre mía
Con las manos cruzadas sobre el pecho.

Que después, al rayar el nuevo día,
Desde el nido cantaban los *zenzontes*
Entre el ramaje de la selva umbría.

Que aquellos azulados horizontes
Por límite tenían los perfiles
De las crestas lejanas de los montes.

Que abismado en mis juegos infantiles
Con mis hermanos, al pasar las horas,
Ay! pasaban también nuestros abriles!

Y siempre al despertar, nuevas auroras
Envolvían en luces y reflejos
Nuestras pequeñas almas soñadoras,

Y me parece oír desde tan lejos
Sacudiendo las brumas de los años,
De mi padre tan bueno los consejos,

Que al mitigar del corazón los daños
Me han enseñado con su acento grave
A sufrir tan profundos desengaños.

Y de la ermita en la olorosa nave
Escucho resonar el santo rezo
Que mi madre sencilla sólo sabe,

Y hoy, como siempre que á soñar empiezo,
No sé por qué se siente embalsamado
Mi corazón por su tranquilo beso.

Casto beso de amor, triste y callado,
Que en refrescantes hálitos me baña
Aunque tan lejos viva de su lado.

Diera la vida que mi sér entraña
Por pasar estas noches invernales
En ese hogar que guarda la montaña,

Allí, junto á vosotros, los mortales
Duelos que el pobre corazón sepulta
Dejarían de hacerme tantos males.

Vagar alegre por la selva inculta
Respirando como antes ese ambiente
Que tanto arrullo en su regazo oculta;

Contemplar ese cielo transparente,
Buscar descanso en vuestra paz tranquila
Y besar con respeto vuestra frente;

Saborear el encanto que destila
Vuestra palabra de inflexión tan tierna
Mirando clarear vuestra pupila;

Sentir ignota vibración interna
En el fondo del alma desgarrada
Cual vagos ecos de la dicha eterna;

Evocar con vosotros la pasada
Edad que fué de mi niñez querida
Por tan negras borrascas disipada,

Y sentir que se cierra la honda herida
Que más y más á desangrar alcanza
El combate sin tregua de mi vida.

Por gozar otra vez tanta bonanza
Diera mis ilusiones que quedaron
Y el fulgor postrimer de mi esperanza ....

¿A qué soñar así? Ya se borraron
De mi fúnebre cielo obscurecido
Las estrellas que un tiempo me alumbraron.

Por eso, vacilante y aterido,
Mi espíritu, cual triste procelaria,
Silencioso se acerca á vuestro nido.

De mis labios la férvida plegaria
Con sus rumores vuestra paz despierta
Y os saluda mi alma solitaria
Llamando fatigado á vuestra puerta.

GUATEMALA, 1891.



VERSOS

Á Don Leopoldo Gout.

I

Aún no asoman las primeras
Ténues luces de la aurora, y ya mandan las calderas
Con su válvula sonora,
Vibraciones mensajeras,
Anunciando que es la hora
De cumplir con los deberes que nos ligan aquí abajo,
Acudiendo á los talleres
Del santuario del trabajo.
Y se acerca presuroso, con rumor que desconcierta,
Un concurso bullicioso
Que á la fábrica desierta va llenando de alborozo,
Y que súbito despierta
De la máquina el reposo.
Entre tanto, fatigadas
Las calderas palpitantes,
Con las rojas llamaradas de sus senos calcinantes,
Forman nubes de vapores
Que dan vida á los motores y á sus círculos gigantes.
A los vivos resplandores
De igneas fauces humeantes,
Se hace extraño y portentoso
Ver al hombre sudoroso gobernar, firme y certero,
Los impulsos del coloso
Que brutal, potente y fiero,
Bate lento y cadencioso su amplio músculo de acero,
Que en la fuerza que le imprime
De las bandas al cordaje,
Todo aquello grita y gime con tal furia y tal coraje,
Que aulla y ruge la polea
Y la máquina jadea
Y retiembla el andamiaje!

Y al llegar la luz febea á bañar aquel santuario,
Ya la esbelta chimenea,
Convertida en incensario,
A las límpidas regiones lleva el cántico sereno
Que ha entonado el operario
Por ganar las bendiciones con que Dios excelso y bueno
Recompensa al emisario
De tan dulces oraciones!

II

¡Oh, bien haya el alma pura que solícita nos trajo
Tanto amor, tanta ventura
Con el dogma del trabajo, que es el sólo que fulgura
En la triste ruta obscura
De los yermos de aquí abajo!
El mortal que en fausto día á la santa ley se acoge,
Esperanza y alegría
Y consuelo y paz recoge;
Porque viendo la armonía
Que inmutable ha perdurado de sus reinos en el seno,
Se hace humilde y abnegado
Y sencillo y noble y bueno,
Y el sudor que en la pendencia su ardorosa frente baña
Fortalece su conciencia,
Y en la culta casa huraña que alegrar va su presencia,
La abundancia salvadora
Con sus goces lo acompaña.
¡Cómo no, si á toda hora palpitantes las calderas,
Con su válvula sonora
Son alegres vocingleras
De las dichas duraderas que la fábrica atesora!
¡Cómo no, sí, cual presea,
A los cielos se alza diario de la esbelta chimenea
La espiral del incensario,
Que á las límpidas regiones lleva el cántico sereno
Que ha entonado el operario,
Por ganar las bendiciones con que el Dios excelso y bueno
Recompensa al emisario
De tan dulces oraciones!

1897.



¡SIN ESPERANZA!

¡Vana es la gracia que sin tregua imploras!
De aquesta lucha en el abierto estuario
Debe haber un vencido necesario
Y tú lo fuiste, corazón que lloras!

Largas tardes sin luz, lentas auroras
Te vieron aterido y solitario
Camino de tu áspero calvario
Coronado de espinas punzadoras.

Fué un reguero de sangre tu existencia,
Y ya enfermo, cansado y mal herido,
Desertaste por fin de la pendencia;

Y aún así—¡desgraciado!—le han caído
Al ataud que te formó la ausencia
Paletadas de tierra del olvido!

1897.





VERSOS PATRIOS

LA MARIMBA

I.

¡ Pobre y triste marimba ! rudo instrumento
Que en apacibles horas mandas al viento
Las notas fugitivas de tu teclado,
¿ Quién hasta ahora, dime, quién te ha cantado?
Nadie ¡ pobre marimba ! nadie en el mundo
Porque todos te guardan desdén profundo;
Porque el tosco engranaje de tu estructura,
No forja la cadencia flexible y pura
Que ensortijada y hábil y culta mano
En salones suntuosos arranca el piano;
Porque apenas balbutes, si estás de fiesta,
El vals que cadencioso lanza la orquesta,
Porque tus misteriosas voces dolientes
Los anhelos traducen de humildes gentes.
Porque el numen te ha dado que en tí se encierra
Apartada y distante y obscura tierra. ....

Y es por eso que, oculta siempre en la sombra,
Sólo ¡ pobre marimba ! sólo te nombra,
En tardes esplendentes, el alma buena
Que fatigada vuelve de la faena;
Sólo, en noches tranquilas de clara luna,
Cuando al pie de altas rejas buscas fortuna,
Cabecitas inquietas te oyen absortas

Porque á azules regiones tú las trasportas,
Y al rumor de tus tristes quejas hurañas
Voluptuosas se cierran negras pestañas;
Sólo ¡ pobre marimba ! sólo estos versos
Te consagran humildes cantos dispersos,
Ignoradas estrofas que nada valen
Pero que desde el fondo del alma salen.

II.

¡ Cómo no he de adorarte si desde el día
En que al mundo me trajo la suerte impía
Tus ecos empapados de honda ternura
Han hecho llevadera mi desventura !
La luz que hirió mis ojos por vez primera
Llegó envuelta en tu dulce voz plañidera,
El ambiente más grato que he respirado
Fué por tus vibraciones purificado,
La primera caricia de mis oídos
Fué el arrullo doliente de tus gemidos.........

Después, bajo anchurosos cielos brillantes,
Trascurrieron serenos, breves instantes,
Y ora cerca llorando, ora á distancia
Tu constante sollozo veló mi infancia;
Me siguió á todas partes con tal ternura
Que cuantas veces te oigo, se me figura
¡ Pobre y triste marimba ! que en tu teclado
Todo, todo lo que amo se halla encarnado;
Se me figura entonces que tú conoces
Mis hondos sentimientos, que tienes voces
Que á medida que al viento van emergiendo
Sólo á mí me las mandas que las comprendo.........

III.

Me cuentas, cuando esparces tus armonías,
Historias de otros tiempos y de otros días,
Me llevas, cuando escucho tus vibraciones,

A otros cielos distantes y á otras regiones,
Y conforme á mi alma llegan tus quejas
Parten mis pensamientos cual las abejas
A traer sus acopios de otros vergeles
Cuajados de recuerdos que son las mieles,
Y mientras que formulas tu dulce arrullo
Es un mundo el que adentro yo reconstruyo:
La hermosura del valle donde he nacido,
Los primeros afectos que yo he sentido,
La pureza radiante de mis paisanas
Que cortaron mis tristes flores tempranas,
Deslumbrantes auroras, tardes rientes,
Cariñosas palabras de buenas gentes,
¡Tiempos de mis primeros castos amores,
Tíempos que ya se fueron, tiempos mejores!

IV.

¡Cómo no he de adorarte si fué una tarde
Que de luces formaba pomposo alarde
Cuando, al son plañidero de tus querellas,
Aprisioné en mis manos dos manos bellas!
¡Cómo no ha de ser tuya la vida mía!
¡Pobre y triste marimba! si fué ese día
Que merced al encanto de tus rumores,
Hablé por vez primera de mis amores!
Me llegaban tus voces tan doloridas
Que hallé para mis penas quejas sentidas,
Conforme al viento dabas tus notas puras,
Murmuraban mis labios muchas ternuras,
Y conocí, con honda dicha secreta,
Que esa vez mi lenguaje fué de poeta
Porque hicieron mis frases brotar tranquilas
Dos lágrimas brillantes de dos pupilas!.........

V.

Otras veces, al eco de tus plegarias,
Mis ojos se deslumbran con *luminarias*
Y á mis oídos llegan, amortiguados,

Rumores cadenciosos de *zapateados;*
Miro envueltos en polvo los *corredores*
Que los amos bañaron de resplandores
Y allí bailando alegre, la gente buena
Que fatigada vuelve de la faena;
Mientras que, entre la sombra que no importuna,
Siempre ¡pobre marimba! por tu fortuna,
Cabecitas inquietas te oyen absortas
Porque á azules regiones tú las trasportas;
Y siempre dominado con tus gemidos
Tantos confusos ecos, tantos rüidos,
Sin tregua ni descanso se alzan tus voces
Porque sabes que colmas sencillos goces,
Hasta que acongojada de ese martirio,
Fugitivo y sonoro lanzas el *quirio.*

VI.

Después me representa tu acento alado
Muchas, muchas escenas que has celebrado:
Las hermosas de fresca risa argentina
Que, en los instantes en que el sol declina
Y agrupadas á orillas del manso río,
El cántaro sediento, rojo y vacío,
Colman con rumorosos chorros de plata
Tarareando en concierto tu serenata;
Los negros que á las selvas llegan desnudos
Y oprimiendo en sus puños toscos y rudos
Las hachas relumbrantes que al sol provocan
Ciegan bosques frondosos que al cielo tocan;
Los *vaqueres* que asoman, firme y escueta,
Sobre los *miradores* su hosca silueta,
Y poblando los aires con su voceo
Que tenaz y paciente llama al *rodeo,*
Ora doman los lomos del potro airado
Ora el testuz erguido del toro *alzado;*
Las *fierras* tumultuosas, las *tamaladas,*

Las tardes en rojiza llama incendiadas
Que son, tras la miseria y el infortunio,
Gratas anunciadoras del mes de Junio;
Las lluvias tempraneras que en son de fiesta
Organizan de truenos vibrante orquesta,
El torrente espumoso que ruge y brama
Cuando la nube negra se desparrama,
El aire humedecido que libre yerra
Con los rumores todos que hay en la tierra,
Que perfumado pasa porque su broche
Entreabrió pudorosa *huele de noche;*
El ramaje florido que miel exhala
Cuando rauda y vibrante lo hiere una ala,
Los pájaros que cantan sus esponsales
Cruzando por llanuras y por maizales,
Los *ocotes* de altivo penacho de oro
Que á los cielos elevan himno sonoro......
Todo ¡pobre marimba! todo este mundo
Que encerró para siempre mi amor profundo,
Por arte misterioso lo hallo encarnado
En las notas dolientes de tu teclado,
Y como á veces pienso que lo conoces
Me apartas cuando lloras ocultas voces.

VII.

Y en la ermita cuajada de resplandores
¡Cuántas veces tus sacros, graves rumores,
Me encontraron, inmóvil y de rodillas,
Con lágrimas gloriosas en las mejillas!
El incienso oloroso que en lo alto flota
Vacilante y sin rumbo como el ala rota,
La confusión de voces incierta y varia
Que balbute la misma lenta plegaria,
El altar revestido de casta albura,
La lengua incomprensible que dice el Cura,
La campana que alegre repica á vuelo,

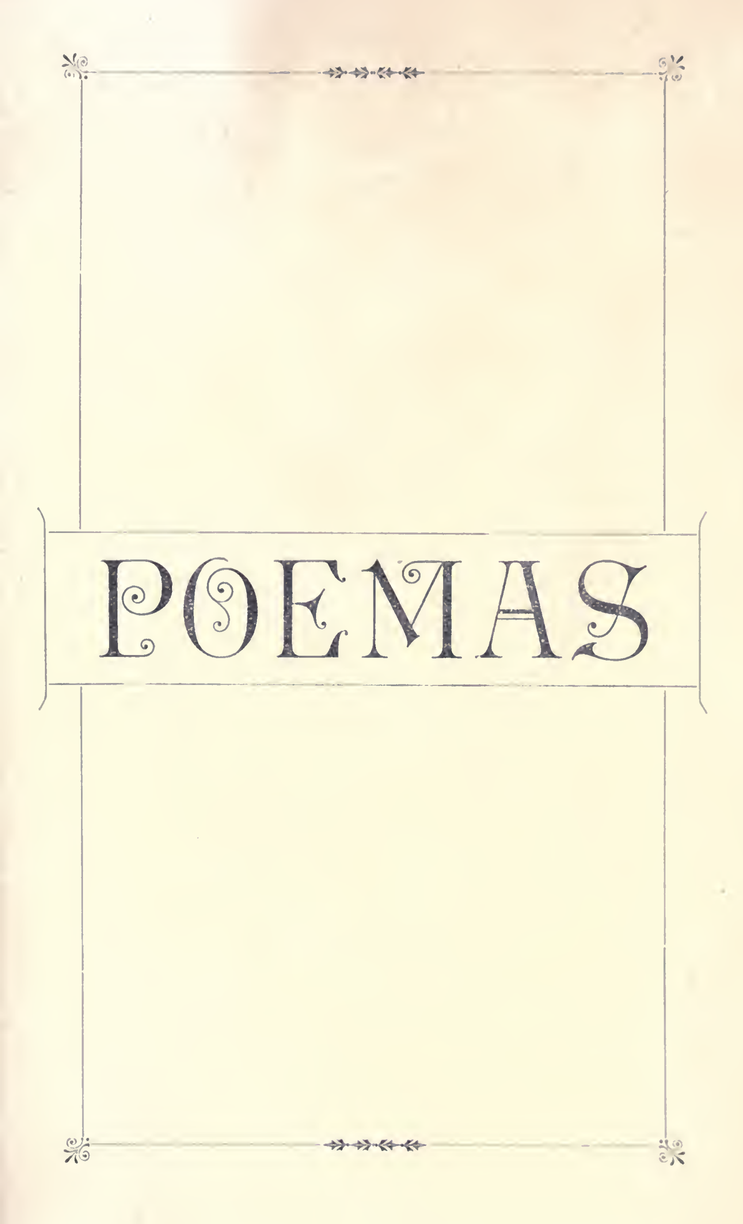
Los cohetes que escalan raudos el cielo,
Mientras que sin reposo tu eco apagado
Envuelve entre sus ondas el *alabado*......
Todo esto por sencilla, fácil cadena
A mi memoria enlaza la madre buena,
Me trasporta á las tardes esplendorosas
En que el altar ornaba de frescas rosas,
E implorando á la virgen con dulces ojos
Me colocaba ante ella puesto de hinojos;
Me trasporta á las noches largas y frías
En que oyendo de lejos tus armonías
Su regazo buscaba medroso, inerme,
Y ella me acariciaba diciendo: "¡duerme!"

VIII.

Más tarde trascurrieron brumosos años
De vagar bajo obscuros cielos extraños,
Y al buscar la memoria la patria ausente
Siempre ¡pobre marimba! tu voz doliente
A todos mis recuerdos los perseguía
Con enferma y extraña monotonía:
La hermosura del valle donde he nacido,
Los primeros afectos que yo he sentido,
La pureza radiante de mis paisanas,
Que cortaron mis tristes flores tempranas,
Deslumbrantes auroras, tardes rientes,
Cariñosas palabras de buenas gentes,
¡Todo aqueste cortejo de mis amores
Lo bañabas sin tregua con tus rumores!

IX.

¡Oh, Dios excelso y bueno! ¡Oh, Dios clemente!
Acoje bondadoso mi ruego ardiente
De que entierren mi humilde cuerpo aterido
En el valle de flores donde he nacido!
Y al llegar ese hermoso, deseado día,
¡Pobre y triste marimba! que tu armonía
Desparrame las ondas de su ternura
En lugar que guarde mi sepultura! 1898.



POEMAS



MAGDALENA

POEMA EN TRES CANTOS

A mi amigo el Sr. Ingeniero Dn. Rómulo Escobar.

CANTO PRIMERO

I.

En San Juan de las Lomas una hacienda
Con honores de pueblo y de castillo,
Que da pingües cosechas por ofrenda
Á su viejo señor de horca y cuchillo.

Por estar en mi patria, se comprende
Que tiene un suelo de verdor cubierto,
Que á muchas leguas su dominio extiende
Y que marca su límite el desierto;
Que el boscaje intrincado que la encierra
Forma tan ancho muro
Unido á los baluartes de la sierra,
Que bien puede el lector estar seguro
De no hallarla en los mapas de mi tierra;
Que son tan deslumbrantes los fulgores
De aquel sol tropical con que se baña,
Que en tiempo de bochorno y de calores
Reverbera á lo lejos la montaña.
Que cuando llega al fin atronadora
La estación esperada con anhelos
En que baja la lluvia bienhechora
De lo alto de los cielos,

Inundan de San Juan los poderíos,
Cada vez más copiosos, los torrentes,
Y por los anchos cauces de los ríos
Descienden fragorosas las crecientes;
Que al llevarse de cuajo los plantillos
Aquella formidable catarata
Que por la vega su furor desata,
Destruye de los pobres el tesoro
Quienes dicen tranquilos:—*Es la plata*
La que se va para dejarnos oro.—
Y en tanto el rayo que de luces llena
Aquellos dilatados horizontes,
Con imponente majestad resuena
En las concavidades de los montes.

Al rumor de esa música salvaje
Cambia su antiguo traje
El bosque secular por nuevas galas,
Abre la flor su broche
Y envuelta en los misterios de la noche
Recobra la crisálida sus alas.
Entonces, todo es luz, todo alegrías,
El aire lleva entre sus ondas presas
Perfumes y caricias y armonías
Que todo lo despiertan con sus besos,
Y vuelan por el cielo confundidos
Como raudo turbión de aladas flores
Los poetas de los bosques tan sentidos,
Esos dulces y agrestes trovadores
Que sólo esperan fabricar los nidos
Para arrullar sus íntimos amores.

¡Bendita siempre sea
La risueña estación que con ternura
Las bondades de Dios nos acarrea!
Entonces en los campos de verdura
La vaca mugidora se pasea

Más redonda que nunca de gordura;
Entonces nace el grano exuberante
Del seno de la tierra generosa,
Y se ve dilatado y ondulante
Un mar de espigas donde fué la *roza*,
Y cifrando las almas su esperanza
En las lluvias del año venidero,
Para colmo de dicha y de bonanza
No cabe la cosecha en el granero!

II.

Cualquiera, al ver la señorial grandeza
De la mansión del *amo*, pensaría
Que es sin duda ignorada fortaleza
Alta, vetusta, silenciosa y fría.
Y que en medio de aquellas soledades
Vive acaso amaestrando su jauría
Algún noble infanzón de otras edades,
Y sin embargo, cuando á cada aurora
La campana sonora
Con su voz estridente y dilatada
Llena el aire de claras vibraciones,
En lugar de la bélica mesnada
Llegan tranquilamente los peones
Que escuchan respetuosos y callados
Al viejo Caporal que les ordena,
Y después, por atajos y sembrados,
Cada cual se dirige á su faena;
Y cuando el sol desde la erguida cumbre
Baña en los resplandores de su lumbre
Del amplio caserón los gruesos muros,
¡Qué explosiones de dicha y de contento
Animan sus recintos tan seguros
Que pueden sin temor y sin apuros
Servir de fortaleza á un regimiento!

¡Quién entonces pensara
Que en asalto triunfal por cada puerta
De esa mansión, al parecer desierta,
Penetren el bullicio y la algazara
En rumorosa confusión incierta!

Junto al grito salvaje de alegría
Que lanza, sudoroso, en el trabajo
El *mozo* atleta que saluda el día
Que nuevos bienes con su albor le trajo,
Junto á las risas, que en el aire ondean,
Del niño á quien despierta el sol naciente,
Porque también hay aves que aletean,
Como en el nido, en el hogar caliente,
Se oye la voz de una mujer que canta
Al compás de la piedra moledora,
Alados himnos que el amor levanta
A los primeros besos de la aurora!
Y lleno de bondad, noble y sencillo,
Perdido entre el confuso clamoreo,
Hace el viejo señor de horca y cuchillo,
Saludando á la gente del castillo,
Su acostumbrado matinal paseo.

III.

Como son en extremo patriarcales
De aquellos moradores las costumbres,
Nunca sañudos males
Llevaron á San Juan las pesadumbres,
¡Qué le iban á llevar si aquella gente
Siempre buena y ferviente
Con candorosa sencillez entrega
Su corazón al Dios de las alturas,
Pues á pesar de ser tan inocente
Sabe que el rezo que á su solio llega
Desciende acompañado de venturas!

Y después del buen Dios, en la familia
Está el objeto de su amor profundo,
Y luego en el *patrón* que los auxilia
Colmándolos de bienes en el mundo.

Ah! cuando lleno de tristeza pienso
Que inagotable y, por lo mismo, inmenso
Es el hondo cariño
Que á San Juan le profeso desde niño;
Cuando en horas de negra pesadumbre
Pienso en aquellos climas tan lejanos
Do al calor soñoliento de la lumbre
Dormitan, congregados, mis hermanos,
Mirando á ratos el lugar vacío
Que á su lado dejé desierto y solo
Para morirme de nostalgia y frío
Como mueren los náufragos del polo;
Cuando vienen á mí tantos dolores
Con su cortejo de tritezas hondas,
Y me pongo á evocar viejos amores
Ungidos con la esencia de las flores
Y con los himnos de las altas frondas;
Cuando recuerdo de San Juan la calma,
Su cielo azul y sus celajes rojos
No lo vas á creer, lector de mi alma:
Se me llenan de lágrimas los ojos!

IV.

Cual las otras haciendas de mi tierra,
En su regazo encierra
La muy noble señora de las Lomas,
Hileras de casitas blanqueadas
Parecidas á huestes de palomas
Por la mansión feudal acaudilladas,
Y más blanca, más chica y más risueña
Que ese fosco vestiglo á quien desdeña,

Está la airosa ermita
En constante oración desde su altura,
A quien de tarde en tarde la visita
Desde el pueblo cercano el señor Cura.

Allí, junto á la cruz que abre los brazos
Para reunir en cariñosos lazos
De San Juan los tranquilos moradores,
Cuando vuelven los pobres jornaleros
Fatigados aún de sus labores,
Como antiguos y buenos compañeros
Que una misma creencia han conservado,
Entonan por la noche el *alabado*;
Y dan entonces con su voz inculta
Que ronca y grave en los espacios vibra,
Gracias al cielo que con mano oculta
De toda clase de inquietud los libra.

En premio de velar por sus hogares,
Aquella gente tan sencilla y buena
Siempre de flores llena
De la ermita desierta los altares,
Y cuando llega el Cura ¡ qué alegría
Invade aquel santuario silencioso
Desde que asoma por Oriente el día!
Entonces volteando sin reposo,
A la primera claridad saludan
Con metálicas voces las campanas,
Avisando que es hora de que acudan
A la santa oración las aldeanas.

Se oyen después, del rezo los rumores,
Arden los cirios de amarillas luces
Que bañan en ciertos resplandores
Los altares, los fieles y las cruces,
Y resuenan las bóvedas sombrías
De graves salmos con las notas huecas,
Y cada onda que pasa entre armonías

Lleva el perfume de las flores secas,
Y en tanto se alza, fugitiva y clara,
La voz de un ángel que á los cielos sube,
Mientras que el incensario frente al ara
Todo lo envuelve en olorosa nube.

V.

Yo que errabundo y sin hogar, he visto
De otro sol los espléndidos destellos,
Puedo jurar por Cristo
Que no son tan hermosos como aquellos,
Porque en esa región de eterna fiesta
Perpetuamente dura
En estado salvaje la hermosura:
Allí se eleva la montaña enhiesta
Arropada en su manto de verdura
Llevando al cielo su empinada cresta,
Y amagando alcanzar esos picachos
Escarpados, azules y altaneros,
Extienden en las nubes sus penachos
Los esbeltos y airosos cocoteros.

Allí están los umbrosos platanares
De dulces frutos ricos,
Soportando el calor de aquellos lares
Merced á sus inmensos abanicos;
Allí los limoneros, do se posan
Los pájaros que viven de azahares,
Forman tan blancos, tan tupidos velos,
Que parece que alegres se desposan
Las selvas virginales y los cielos;
Allí, reunidos por estrecho lazo,
En eternal abrazo
Sube la hiedra sobre el tronco añoso,
Y debido á sus besos de ternura
Se alza erguido y fastuoso

Lleno el seco ramaje de verdura,
Y do mil tempestades estallaron
Con tan solemne majestad salvaje
Que en la inmensa explosión de su coraje
Las rocas de sus cuencas desgajaron,
Cubriendo el cielo azul con su ramaje
Se eleva el *ceibo* secular, copudo,
A quien siempre los siglos contemplaron
Cuidando nidos cariñoso y mudo.

VI.

Esa razón, que para mí es de peso,
Me induce á suponer, lector curioso,
Que sin duda por eso
Todo es grande en San Juan, todo es hermoso.

Como sus horizontes tan agrestes
Donde se besan con amor las palmas,
Más inmensas aún, aún más celestes
Son por allá las almas.
Yo escuché, siendo niño, una conseja
Que á las flamas rojizas del *ocote*
Una noche invernal contó una vieja
Que era de mis diabluras el azote;
Tembladora y guiñona refería
Que nunca anduvo por San Juan el duelo,
Que si alguien por desgracia se moría
Sólo por ser de allí ganaba el cielo;
Que jamás de sus culpas en castigo
Recibieron de Dios el anatema,
Que, de tantas venturas al abrigo,
De una sola desgracia fué testigo:
De la historia que forma mi poema.

El mortal que ha tenido la fortuna
De nacer en aquellas latitudes
Por no ostentar ninguna

Pienso que ha de guardar muchas virtudes,
Y ya viva en el lujo ó en la inopia
(Esto lo sé por experiencia propia)
Pueblan tantas visiones pertinaces
El estrecho desván de su cabeza
Tan aereas, tan vagas, tan fugaces
Que es un loco de atar que da tristeza.

Allí jamás los borrascosos celos
Turban de una pasión la dulce calma,
Y es inmenso el amor como los cielos
Y dura todo lo que dura el alma ;
La más pequeña desazón traidora
Aquellos pobres corazones hiere
Hay quien por nada sin consuelo llora
Y quien por una sencillez se muere.

Allí, adormida por eterno arrullo,
Cada morena de la hacienda orgullo
Lleva, adornado de silvestres flores,
Un tesoro inmortal de cuentos magos
Que aprendió de los múltiples rumores
Que brotan de los juncos tembladores
Mecidos por las hadas de los lagos ;
Y siempre incorregibles
Si sueñan las volcánicas cabezas,
Ay ! son cosas tan grandes é imposibles
Que tenues, vaporosas, intangibles,
Flotan en las cabañas las princesas !

Canto Segundo

I.

Un domingo—(no juzgo necesario
Que hüelguen pormenores en mi historia)
A falta de mejor confesonario
En un ángulo obscuro del santuario
Roncaba el Cura por su eterna gloria.

Su alma estaba tan lejos, de tal suerte
Aquel justo al reposo se entregaba,
Que largas horas como estaba inerte,
Por la quietud en que también se hallaba
Permaneció esperando á que despierte
Hermosa niña que en el templo oraba.

Un siglo cada instante parecía,
E inmóvil y sereno el buen anciano
Entre los pliegues de su manto hundía
La frente orlada de cabello cano;
Por fin crujió bajo su débil peso
El antiguo sillón donde dormía,
Y después de soltar amplio bostezo,
Que á no ser por la cruz que lo acompaña
Hecha de prisa y con artera maña,
De seguro disloca
Un maxilar enjuto de su boca,
Giró sin rumbo la mirada incierta
Pura y azul como el cenit sin nubes,
Igual á la del niño que despierta
Después de conversar con los querubes,
Y al mirar aquel ángel inocente
Arrodillado en la baldosa fría
Que su sueño veló dulce y paciente,
Murmuró cariñoso y diligente:
—¡Vamos, dí tus pecados, hija mía!

II.

—¡Yo no tengo la culpa, señor Cura!
Aunque rezo con fé, no me abandona
Esta inmensa ternura
Que las heridas de mi alma encona
Labrando mi profunda desventura!
Me cuesta mucho obedecer, Dios mío,

De mi madre tan buena los consejos,
Si viera usted qué frío
Tienen, señor, el corazón los viejos!

Mi pobre madre que me quiere tanto,
Sin ver que en mar de inagotable llanto
Cual nieve de las cumbres se deshace
Mi espíritu que llora noche y día,
Está empeñada en que con Juan me case:
Y porque siempre en la tenaz porfía
No sé qué cosas en mi abono arguyo,
Ha llegado á creer la madre mía
Que si no quiero á Juan es por orgullo,
Cegada siempre por su amor, profiere
Algo que llega al corazón y mata,
¡Qué implacable es, gran Dios, qué hondo me hiere,
Cuando me dice que le soy ingrata!
Y así, sangrado el corazón herido,
Llevo en el alma perdurable noche:
¡Es indecible lo que yo he sufrido
Viendo siempre en sus ojos el reproche!

En vano, señor Cura, he procurado
Querer al pobre Juan cual lo merece,
Pero para ese amor desventurado
Siempre estará mi corazón helado
Porque ni á él ni á mí nos pertenece.

Dios que vé mis angustias en la tierra,
Que mira cuánto por mi madre lucho
Con lo que el pobre corazón encierra,
Sabe que siempre con amor la escucho;
Pero mi honda pasión no se destierra
Por más que rezo ante la Virgen mucho!

Y por que es con las almas solitarias
Usted muy bondadoso, señor Cura,
He venido á buscar en sus plegarias
Alivio á mi profunda desventura.

Aunque le infiera al corazón agravio
Al quitarle sus vírgenes amores,
Haga por caridad, ya que es tan sabio,
Que me dejen en paz tantos dolores.

III.

—Puesto que tanto en tus delirios amas
Pienso, hija mía, que serás muy buena;
Pero, ante todo, dí: ¿cómo te llamas?
—Me llamo, señor Cura, Magdalena.
—¡Magdalena! es decir, la arrepentida
Que bajo el peso de sus culpas gime,
La infeliz que por faltas de su vida
Busca el perdón de Dios y se redime.
¡Si entendieras todo esto!....¿Por qué lloras?
¡Valiente desazón por que te apuras!
Si ese amor tan profundo que atesoras
Es santo y bueno y ante Dios lo juras,
¡Pues yo te casaré con quien adoras
Y así se acabarán tus amarguras!
Por lo que hace á tu madre....iré yo mismo
A ser ante ella de tu causa esclavo,
Salvaré, no lo dudes, este abismo
Y ablandaré su corazón que al cabo
Te ha de amar con ceguera y fanatismo—
Y plegando con saña el entrecejo,
Después de ese consejo
Que inocencia y candor tan solo encierra,
Murmuró el pobre viejo:
—¡Santo Dios, santo Dios, ved nuestra guerra,
Ved cuál se está con la razón en riña,
Por cosas miserables de la tierra
Sin piedad martirizan á esta niña!
Y Magdalena en tanto se admiraba
De aquella sencillez encantadora

Que todo á su manera lo arreglaba,
Y ocultando una lágrima traidora
De intachable pureza
Que tembló en su pupila brilladora,
Dijo, con desaliento y con tristeza:
—¡ Ay, señor Cura, porque usted no sabe
Que es en extremo horrible
Mi situación tan aflictiva y grave
Por eso me aconseja un imposible:
Cuando concluya mi dolor profundo,
Y al cabo deje con ardiente anhelo
Este bagaje de tristeza y duelo
Que me fatiga en el zarzal del mundo,
Se hará lo que usted dice allá, en el cielo !—
Y poseída de mortal congoja,
Por la vergüenza de su culpa, roja,
Al oído le habló cual si temiera
Que alguien la oyese entre la nave obscura,
Confundiendo su negra cabellera
Con las canas blanquísimas del Cura.

¿Qué dijo Magdalena? Es un arcano
Que aun resguarda la ermita solitaria,
Yo sólo averigüé, torpe y profano,
Que esa vez una niña y un anciano
Elevaron al cielo su plegaria.

IV.

En amorosa y patriarcal ofrenda
Hecha al santo patrono de la hacienda
Hubo, tiempo después, fiesta animada:
Yo leí de San Juan en los anales
Que estuvo muy alegre la *colcada*,
Magníficos el *mole* y los *tamales*.
Que á plena luz, cual paladines fieros,
Lucharon de aquel sol bajo el bochorno

En sus mejores *pencos* los *vaqueros*
De todas las haciendas del contorno;
Que sirvió de palenque la llanura
Que á lo lejos cerraban las montañas,
Y por que estaban llenas de hermosura
Las niñas admirando sus fazañas,
Hizo Juan mil prodigios de bravura
Por conmover á un ángel sin entrañas.
Aunque en profunda reflexión abisma
Ese extraño placer á que se entrega
El ranchero rompiéndose la crisma
Con el toro cerril que lucha y brega
Entre gritos, blasfemias y rujidos,
Sin que ninguno al parecer se asombre
De mirar confundidos
Rodando por el polvo fiera y hombre,
Es el caso, lector, que el hondo estrago
Que produjo tan grande disparate
Se olvidó cuando el *trago*,
El *tepache*, el *posol* y el *tascalate*
A refrescar pasaron el gaznate,
Y luego, cuando tantos corazones
Latieron al compás del zapateo,
¡Quién iba á recordar las contusiones
Ganadas en las lides del *rodeo!*
Oh! esa vez la marimba sin reposo
Alentó con su voz aquel delirio,
Y hasta que el aire estuvo polvoroso
Y el pobre *sanjuanero* sudoroso
Lanzó violento el *quirio!*
A la siguiente aurora
Desde lo alto anunciaron las campanas,
A grito herido, que llegó la hora
En que deben rezar las aldeanas,
Porque, como era de rigor, el Cura
Hizo, bueno y piadoso, su visita

A la risueña y solitaria ermita
Que veía por San Juan desde su altura.
Resonaron después las oraciones,
Los murmullos, las quejas, las canciones,
Con que á Dios se dirigen los mortales,
Y el humo que formaba el incensario
Llegaba con sus blancas espirales
Más allá del esbelto campanario;
Y cuando todos á su hogar se fueron
Dejando el templo y la oración, gozosos
Porque con Dios y con su fé cumplieron,
Herida siempre por oculta pena
Penetró en sus recintos silenciosos,
Más pálida que nunca, Magdalena.

V.

—¡ Que bien venida á mis dominios sea
La hermosa pecadora incorregible
Escándalo y ludibrio de Judea
Que ha dado en perseguir un imposible!
Y bien, supongo que la audaz idea
Que forjó tu cabeza soñadora
Al calor de la fiebre y los delirios,
Fué rauda exhalación deslumbradora
Que se extinguió llevando tus martirios!
Ah! sueñas tanto que por dar al traste
Con la razón, ni tus cabellos peinas!
¡ Apuesto á que esta aurora despertaste
Con tu corte de hadas y de reinas!
Mas por fortuna, cuando sola y triste
Cierres tus ojos de paloma inerme,
Verás cuando despiertes que no existe
La visión tan hermosa que te aduerme.
¿ No es verdad, hija mía,
Que murieron por fin duelos añejos,
Que ya no sufres como el otro día
Gracias á la bondad de mis consejos?

Y el Cura, como siempre, sonreía
Enseñando en sus labios los reflejos
De esa dulce expresión radiosa y franca
Tan ingenua, tan pura, tan abierta,
Que otra sonrisa al corazón arranca:
Unico don del niño que despierta
De una alborada entre la luz incierta
Y de los Curas de cabeza blanca;
Pero en vez de reirse con el santo,
Pensando Magdalena en sus abrojos
Con el pañuelo se enjugó los ojos
Acostumbrados á anegarse en llanto,
Y cuando al fin las húmedas pupilas
Brillaron más tranquilas,
Pues por dicha el dolor no siempre dura,
Miraron al anciano de hito en hito,
Y por primera vez con amargura
Vió Magdalena que indignado el Cura
Injurió sin razón al señorito,
— El fué, dijo animándose, el que aleve
Al entrar á un santuario de pureza,
En sus recintos de alabastro y nieve
Dejó su huella ignominiosa impresa;
Con blando acento, embriagador, sentido,
El murmuró en tu oído
Ese amor idëal que te contrista,
Dichas sin nombre te insinuó cobarde
Y hoy el sangriento alarde
Hará de su conquista!
Pero en cambio ya están en la pelea
Mis oraciones y mi fé cristianas,
Veremos si en su audacia pisotea,
Junto con tu alma virginal, mis canas!

VI.

— Para ocultar el mal que me devora
Todos han visto mi semblante adusto,

Si él, más que nadie, mi pasión ignora
¿Por qué sois tan injusto?

Hasta la madre mía,
Que por ver á su pobre Magdalena
Siempre feliz, su salvación daría,
Es al secreto de mi alma ajena,
Por que si lo supiera, moriría
Antes que yo de pena.
Fingiendo siempre que descanso y duermo
Llega la aurora y mi quietud la engaña,
Y mientras tanto el corazón enfermo
Arrulla á solas su pasión huraña;
Y contemplan tan solo por la noche
Esta fiebre voraz que me consume,
Las azucenas que al cerrar su broche
Derraman en mi estancia su perfume!

Nadie conoce mi dolor, ninguno
Alivia como usted mis hondos duelos,
Por eso, señor Cura, lo importuno:
¡Son tan dulces, tan gratos sus consuelos!
Y escuchar de rodillas necesito
Las palabras unciosas de su labio,
No sé quien me contó que el Señorito
En otros climas vivirá proscrito
Hasta que vuelva, como usted, muy sabio:
Que, de otro cielo al resplandor, mañana
Verá otro sol que por las cumbres arde,
Que se va á una ciudad que es muy lejana
Y volverá muy tarde!
Y mientras tanto que su ausencia dura
Cada instante será siglo que empieza
De inquietud, de congoja y de tortura....
¿No es verdad, mi querido señor Cura,
Que esto es para morirse de tristeza?

Para colmo de males, el murmullo
Oigo siempre de queja punzadora,
Mientras que Juan reniega de mi orgullo
Mi pobre madre por mi causa llora.
Pero ante todo de pavor me mata
Una voz resonante y vibradora
Que está clamando en mi conciencia "¡ ingrata !"
Y antes que muera y mi destino siga
A usted acudo en trance tan aciago
Para que me consuele y me bendiga,
Busque un recurso, señor Cura, diga
Por caridad....por caridad....¿qué hago?

VII.

—Que desde hoy por arrancar batalles
Lo que tan hondo al corazón se aferra,
Que no te desalientes ni avasalles
Por estas pequeñeces de la tierra;
Que salves este laberinto obscuro
Siguiendo de tu madre los consejos,
Y al alcanzar la dicha que te auguro
Habrás de confesar que no es tan duro
El corazón helado de los viejos!

Que te cases con Juan....¿ A qué ese llanto
Si él será quien mitigue tus dolores?
¡ Te quiere tanto, tanto,
Que tu camino cubrirá de flores!
Y tendrás un hogar que te recoja
Y habrá dos ojos en los tuyos fijos,
Y el vergonzante amor que hoy te sonroja
Lo pondrás en la dicha de tus hijos,
Y en vez de ser la meretriz impura
Que se arrastre del mundo en los fangales,
Defenderás tu blanca vestidura
Agitando tus alas virginales.

Si bajo el peso del dolor te mueres
Y Dios tu ruta miserable ensancha,
Se acatará su voluntad . . . .¡ qué quieres ! . . . .
Pero te irás sin mancha !
Y mientras dejas con placer profundo
Este bagaje de tristeza y duelo
Que te fatiga en el zarzal del mundo,
Te unirás con quien amas en el cielo !—

Dijo y con noble majestad el Cura
Se fué alejando con su voz serena
A pasos lentos por la nave obscura,
Y más pálida aún que la azucena
Arrodillada en la baldosa dura
Se quedó largo tiempo Magdalena.

Canto Tercero

I.

Muchos años después, cual de costumbre,
El sol naciendo por la erguida cumbre
Bañaba de San Juan el caserío
En las rojas cascadas de su lumbre,
Y, aun ateridas del nocturno frío,
De la aurora á los besos pudorosos
Sacudieron las flores su rocío
Y las niñas sus sueños voluptuosos.

Desde las altas torres las campanas,
Cumpliendo siempre su misión ufanas,
De sus viejos amigos al reclamo
Lanzaron sus alegres vibraciones,
Y aquella vez, por que lo quiso el *amo*,
No fueron al trabajo los peones
Que echaron delirantes de alegría,
Tantos cohetes, que en su raudo vuelo
Formaron prolongada gritería
Hasta aturdir y hasta nublar el cielo.

¡ Cuántas festivas palmas
Aquellas buenas almas
Pusieron á la entrada del castillo
Sin almenas, sin puente ni rastrillo!
Y cuando al fin de la llanura extensa
Subió á los cielos, escalando el monte,
Nube compacta y densa
Que manchaba el azul del horizonte,
Cuando del sol el resplandor de plata
Cegaba con sus múltiples reflejos,
Y alegre y numerosa cabalgata
Envuelta en polvo aparecio á lo lejos,
Cuando la ermita, al regocijo esquiva,
Suspendió sus clamores funerales,
Y traspasó por fin la comitiva
De San Juan de las Lomas los umbrales,
Entonces cada fervoroso labio,
Cada viejo peon todo cariño,
Hizo ruidosa aclamación al *Niño*
Que regresaba hecho un Doctor tan sabio!....

II.

—¡ Por el amor de Dios, quite esta pena
Que todo el corazón me va oprimiendo,
Vaya á ver á mi pobre Magdalena
Por que se está muriendo!
Vaya señor Doctor! año tras año
La misma rara enfermedad la hiere,
Hoy es tan hondo, tan intenso el daño,
Que dice el Cura con acento extraño
Que si usted no va á verla se nos muere!

Cual lirio enfermo que perdió el tesoro
De rocío, de miel y de perfume
Que conservaba entre su broche de oro,
Así, mústia y ajada, se consume
La virgen que yo adoro.

Siempre pálida, triste y generosa
Labró con sus consuelos mi fortuna,
Usted la conoció....¡ fué tan hermosa
Que como ella en San Juan no habrá ninguna!
Y resignada y buena, cada día
Fué más profundo su dolor incierto,
Hoy la encontré tan agostada y fría
Que con voz cariñosa me decía
Que sólo por mis rezos no se ha muerto!

Si se muere....¡ no sé!.... la quiero tanto,
Llenó mi hogar de tan hermosa calma,
Que con ella se irá todo mi encanto,
Todo lo bueno que existió en mi alma!
Y si usted nos proteje, tan profundo
Será, cuando la salve, mi cariño,
Que será Magdalena en este mundo
Mi única adoración después del *Niño*—

Y del dolor en la expresión suprema,
Ocultando una lágrima en los ojos
Que cuando brota las mejillas quema,
Juan al Doctor le refirió el poema
De su vida de angustias y de abrojos,
Y el doctor escuchó tan conmovido
Aquella historia de dolor sincero,
Que cuando vió que Juan la hubo concluido,
—¡ Vamos!—dijo impaciente y aturdido
Buscando entre los libros su sombrero.

III.

Era en verdad conmovedora escena:
Ante un altar del aposento estrecho
Alzaba el Cura una oración serena,
Y la madre, parada junto al lecho,
Contemplaba á su pobre Magdalena.

Ah! como siempre ante el deber tiranos
Y ante un amor en perdurable riña;
Resplandecientes los cabellos canos,
Velaban por el alma de la niña
Aquellos dos ancianos,
E inflexibles los dos, graves, sombríos,
Miraban su obra de dolor perplejos.
¡ Santo Dios, qué tardíos
Son en llorar los corazones fríos,
Las almas apagadas de los viejos !
Dos cirios macilentos que brillaban
Para que nadie con su luz se aduerma,
Con indeciso resplandor bañaban
Los velados perfiles de la enferma,
Y estaba tan hermosa en su agonía
Aquella mártir que buscaba el cielo,
Que por lo inmóvil, por lo blanca y fría,
Una virgen del Norte parecía
Esculpida en los témpanos de hielo.

Cuando llegó el Doctor, vió sin enojos
La enferma al hombre por quien tanto pena,
Brotó un gemido de sus labios rojos
Y vertiendo una lágrima serena
La que fué en este mundo Magdalena
Para no despertar cerró los ojos.... ....
....
....
....
....

Mientras que todos con dolor profundo
Lloraban tan inmensa desventura
—¿ Sabéis que mal se la llevó del mundo ?—
El buen Doctor le preguntaba al Cura,
Y el noble viejo, convencido y cierto
De la sola verdad á que se aferra,

Le contestó sin vacilar:—¡ Ha muerto
Por cosas miserables de la tierra..... ......
....
....
....
....

IV.

Después.... volvieron los tranquilos días
Y con ellos las dulces alegrías,
Los goces que á San Juan arrullan tanto,
Y cuando al fin los pobres moradores
Vieron con infinito desencanto
Que los graves Doctores
Son con todos sus pelos y señales
Lo mismo que el común de los mortales:
Cuando advirtieron con profunda pena
Que su ciencia no es tanta ni tan buena,
Por la razón de que en San Juan se muere
Como murió la pobre Magdalena
Cualquiera bicho cuando Dios lo quiere.
Llenos de negra desazón traidora,
Pensativos, huraños, cabizbaios,
A cada llamamiento que á la aurora
Les hizo la campana vibradora
Volvieron á entregarse á sus trabajos.

Y otra vez se escuchó el hondo gemido
Que lanza el roble herido
Al sentir el hachazo en sus entrañas,
Y otra vez en lo espeso del boscaje
Se oyó el grito salvaje
De aquellos segadores de montañas.

Y como siempre al declinar el día
Que triste y soñoliento parpadea
Y un mundo de letal melancolía

En todas las conciencias aletea,
Frente á la santa cruz que abre los brazos
Elevaron su voz graves y unciosos,
Y unidos ya por invisibles lazos
Volvieron á sus casas silenciosos.

Y de nuevo al brotar pura y sonriente,
Cuando á los besos de la luz naciente
Se orla de fuego la rasgada nube,
De cada hogar caliente
Una oración que hasta los cielos sube,
Por centécima vez aquella hacienda
Con honores de pueblo y de castillo,
Dió abundantes cosechas por ofrenda
A su viejo señor de horca y cuchillo.

1898.



Á MIS PADRES

Si hay algo noble y santo en mis versos, vosotros me lo habéis inspirado: nada más justo que devolveros lo que os pertenece.

Rodulfo.

ADVERTENCIA

Este poemita, puramente regional, lo dedico á las buenas gentes que viven en el mismo pedazo de tierra donde ví la luz por primera vez; deseando pintar sus costumbres, he empleado en él vocablos provinciales y giros de lenguaje que sólo allá se usan y que muchos de los lectores tal vez no comprenderán. Si tiene la buena suerte de ser bien acogido entre mis paisanos, me daré por satisfecho de este incorrecto trabajo, escrito nada más por vía de ensayo y sin pretensiones de ningún género.

El Autor.



OLVIDO

POEMA EN TRES CANTOS

CANTO PRIMERO

I.

Erase que se era un pueblecico
Tan humilde y tan chico
En el pobre rincón donde vivía,
Que con todo y su ermita y sus cabañas
Como un copo de nieve se veía
Sobre la falda azul de las montañas.
Un bosque impenetrable lo rodea,
Virgen como los sueños de las niñas
Que juegan en la plaza de la aldea,
Y entre la fronda obscura y las campiñas
Siempre gritan sin orden ni concierto
Pájaros de magnífico plumaje,
Uniendo su rumor vago é incierto
Con el rumor eterno del boscaje.

Supieron escoger los moradores,
Para velar sin duda sus amores,
Un llano tan oculto y escondido,
Lleno de tantas vueltas y secretos
Que, por más que se esfuerzen, aquel nido,
No lo pueden mirar los indiscretos.

Solamente una loma
Que para ver el pueblo se ha empinado
Entre los bosques la cabeza asoma
Casi siempre cubierta de ganado;
Y azul por lo perdido y retirado
El monte inaccesible se elevaba
Como un gigante centinela enhiesto
Siempre firme é inmóvil en su puesto.
Y si una nube blanca aparecía
En sus crestas abruptas y lejanas
Era que por el frío se cubría
Con su gorro de noche en las montañas.

Frente á frente del monte,
En la otra extremidad del horizonte
Y perdiéndose casi entre la bruma,
Brillaba con el sol el oceano
En el confín lejano
Como un velo magnífico de espuma.
Y oculto entre las selvas seculares
En donde nunca el esplendor se agosta
Descansaba sin duelos ni pesares
El pueblo en el regazo de la costa.

II.

Como, lector paciente,
No quiero que ande en boca de la gente
Su nombre verdadero,
He resuelto callarlo aunque te asombres,
Porque en toda la historia que refiero
No viene á cuento descubrir los nombres;
Sólo debes saber lo que me es dable,
Algún detalle principal que sea
Punto menos tal vez que indispensable
Para conocimiento de la aldea.

Sabe, pues, que tenía,
Además de la ermita que blanquea
Orando por la paz de la alquería,
Una cruz que de vieja se ladea
Cuidada siempre con cariño santo,
Que á la entrada del pueblo está parada
Sobre su pedestal de calicanto
Siempre de flores y de *juncia* ornada;
Y una plazuela limpia y chiquitita
Rodeada de las casas principales
Y de la triste y silenciosa ermita,
En donde los vecinos y vecinas
Celebraban sus fiestas patriarcales
Asustando los gallos y gallinas.

Dos pobres cocoteros olvidados
Daban sombra á la iglesia solitaria,
Tan airosos y esbeltos y elevados
Que, á buen seguro, estaban encargados
De llevar hasta el cielo su plegaria.

Se me pasó por alto una casona,
Un vestiglo sin duda por su traza,
Que entre las principales de la plaza
Descollaba su rígida persona;
Más alta que los mismos cocoteros
Encima del portal se descubría
Una vara con humos altaneros,
Esa casa tan grande es la Alcaldía.

III.

Dicen allí las viejas,
Cuando forman historias y consejas
Para hacer que se duerman los chicuelos,
Que nunca aquel lugar se ha transformado
Según la narración de sus abuelos;
Que allí se han conservado

Guardadas en su nicho las costumbres,
Que el presente es lo mismo que el pasado;
El mismo sol saliendo por las cumbres,
El mismo mar en calma ó muy bravío,
La misma religión en la cabaña,
El mismo solitario caserío
Y el mismísimo pueblo en la montaña.
Y también aseguran por sus vidas
Que desde años atrás, inmemoriales,
Cercos de *tamarindo* y *jocotales*
Forman sus callejuelas retorcidas.

Yo que tomé muy bien estos apuntes,
Que nunca afirmo que lo negro es blanco,
Digo que siempre hallaban los transeuntes
A cada veinte pasos un barranco,
Y porque viene á mano
Sacar á luz cuanto en el pueblo había
Diré que en cada sombra se veía
Roncando á su sabor algún marrano,
Y que formaban tanta algarabía
Los infernales chicos
Bregando con los libros de la escuela
Para no rebuznar como borricos,
Como dice en sus pláticas la abuela;
Que eran tantos los gritos
De los tordos robando en los graneros,
Tomando por asalto los aleros
Y sin callar hasta sentirse ahitos,
Que á veces los marranos despertaban
Renegando del ruido y de la fiesta
Porque no los dejaban
En santa y buena paz echar la siesta.

IV.

Pero haciendo justicia
Al bueno del alcalde
Que por su gran saber y su pericia
No ha ganado su puesto tan de balde,
Gracias á sus esfuerzos y á su brío
Y á su administración buena y honrada
Hay un puente de vigas sobre el río
Y la *Calle Real* está empedrada.
Y ya que hablé del puente se me ocurre
(Lector, si esto te aburre,
Sáltalo que no es fuerza que se lea)
Se me ocurre decir que desde el cerro
Bajaba dando tumbos á la aldea,
Pugnando por salirse de su encierro,
Un arroyo rebelde y tumultuoso
Deshecho en gritos y en palabras vanas
Como si fuese un chico revoltoso.
Era digno de verse el cuadro hermoso
Que formaban allí las aldeanas
Lavando entre las piedras de la orilla,
Cantando siempre una canción sencilla,
Y á los niños desnudos y enlodados
Sacando á los cangrejos de su nido,
Metiendo al zabullirse tanto ruido
Como pequeños gnomos asustados.

Iba siguiendo el curso retorcido
Una intrincada selva gigantesca
De *ceibos*, de *sabinos* y de *amates*,
Y cada cual en actitud grotesca
Que remedaba humanos disparates
En las ramas más altas y flexibles
Los monos, bamboleándose, chillaban
Con gestos discordantes y risibles,
Y en extraños rumores imposibles

Siempre allí se mezclaban
Gritos de la *cotorra* tan parlera,
Del pequeño *tucán* de largo pico,
De alguna *chachalaca* novelera,
Del *faisán*, de la *pava* y del *perico;*
Y en la playa que tuesta por lo ardiente
Hacen la digestión, llenos y hartos,
Como trozas que deja la creciente,
Tumbados panza arriba, los lagartos.
A veces en las márgenes desiertas,
Entre los juncos, como estátuas yertas,
Silenciosas las garzas se veían
Acaso meditando en el mañana,
Y como siempre graves discurrían
Yo tengo para mí que pensarían
En las miserias de la vida humana.

V.

Viendo el pueblo á la incierta
Y vaga claridad del nuevo día,
Cada humilde casita con su huerta
Una blanca paloma que despierta
En su nido de flores parecía.
¡ Bendita siempre seas
Tranquila y santa paz de las aldeas !
Allí subía en incesante anhelo
El humo de las negras chimeneas
Llegando en espirales hasta el cielo;
Allí las candorosas aldeanas
Siempre rezaban su oración bendita
Al lastimero son de las campanas
Que voltean en lo alto de la ermita.
Aquella gente ruda
Sin rencores ni agravios,
Sólo sabe llevar franca y desnuda
Amistosa sonrisa entre los labios.

Ignorando una jota
De la confusa ciencia de los sabios
Que todo lo revuelve y alborota,
Hallaron sin embargo con tal maña
La paz inalterable y duradera
Que tenían por siempre en su cabaña
La bendición de Dios por compañera;
Porque en esas regiones
No hay horas de amargura y de vigilia
Ni hondas y pesarosas decepciones:
Allí, lector amigo, se concilia
La santa religión con la familia.

VI.

Como yo soy amigo
De hablar con claridad en todo asunto,
De decir la verdad en cuanto digo
Y de poner las cosas en su punto;
Para que no se tenga por patraña
Esta historia tan vieja y tan extraña,
Citaré como real y verdadero
El detalle postrero:

Yo conocí muy bien desde temprano
Cuanto la aldea en su humildad encierra:
Los barrancos, las selvas y la sierra
Como á la palma misma de mi mano,
¡No la he de conocer si está en mi tierra!

VII.

De alegría infantil haciendo alarde
Estaban las muchachas en el río
Una tranquila tarde
Del sofocante y caluroso estío.

Sus voces apagadas y sus risas
Que repercute el aire palpitante

Eran como el murmullo de las brisas,
Y si el eco vibrante
De una argentina y pura carcajada
Aquella calma, al resonar, rompía,
Algo como el rumor de una cascada
Por lo sonora y fresca parecía.

Sin suspender su plática sabrosa
(No sé lo que dirían
Pero es de suponerla muy graciosa
Dada el gusto y placer con que reían)
Llenaban con la prisa que podían
Los cántaros sedientos y vacíos,
Y envueltas en la luz que apenas arde
Con fulgores cansados y tardíos
Mucho se semejaban esa tarde
A las hadas que moran en los ríos;
Y regresaba el grupo peregrino
Saltando con tal arte y con tal maña
Entre las asperezas del camino
Como el venado arisco en la montaña.

Porque hundiéndose el sol en el ocaso
Cortos instantes de su luz abona
Apresuraban el menudo paso,
Llevando con la gracia y gentileza
Con que lleva una reina su corona
El cántaro de barro en la cabeza;
Y con la eterna y dulce carcajada
Que en sus labios palpita y centellea,
Se dispersaba alegre la parvada
Por las inmediaciones de la aldea.

VIII.

Apartada del grupo bullicioso,
Con la mirada fija y persistente
En el arroyo limpio y espumoso,

Una muchacha de aire misterioso
Escuchaba el rumor de la corriente.
No llegaba á los quince y sin embargo
Anublaba su frente pensadora
Algo como la sombra pecadora
De un pensamiento abrumador y amargo.

¿Por qué estará tan silenciosa y grave?
¿Qué será lo que piensa? ¿en qué medita?
Ni ella misma lo sabe!
Y eso que muchas veces en la ermita
Llena de contrición ha pronunciado
Todo su repertorio de oraciones
Para que se retire de su lado
La turba innumerable de visiones
Que siempre se le acerca con empeño
Y, sin darle un momento de reposo,
Le roba por las noches hasta el sueño.

Figúrate lector, si eres curioso,
Una morena hermosa
Donde la gracia juvenil se encierra,
Una morena dulce y candorosa
Como todas las niñas de mi tierra;
Prosigue figurándote unos ojos
Negros como una noche tempestuosa
Preñada de relámpagos y enojos,
Unos ojos llevando en la mirada
La pasión inmortal con sus excesos
Y una boca magnífica formada
Para las oraciones ó los besos;
Una frente espaciosa
Donde anidan hermosos ideales
Y una cintura esbelta y tan garbosa
Como la verde espiga en los maizales.

Así, ni más ni menos, aquel día
Estaba aquella niña hermosa y grave....
Lleva el nombre bendito de María,
¿Qué galán de aquel pueblo no lo sabe?

IX.

El curso del arroyo contemplando,
Suelta la cabellera destrenzada
Estaba tan hermosa meditando
Con cierta dejadez abandonada,
Que en aquellos instantes
De calor que extenúa y que sofoca
Un largo beso de pasión provoca:
¡Eran sus ojos negros tan brillantes,
Tan húmedos los labios de su boca!

La noche apresurada descendía
Y ella, pensando en imposibles cosas,
Mirando sus visiones se dormía.
Sonaron las cadencias misteriosas
Que lanzan por la tarde las campanas
Plañideras, agudas y lejanas,
Y sacudió el letargo voluptuoso
Que le embargaba todo el pensamiento
Al escuchar el eco quejumbroso
De aquel gemido amortiguado y lento.
—¡Vaya!—dijo tomando con presteza
El cántaro tirado junto al río,
—Si parece que tengo la cabeza
Como mi pobre cántaro vacío;
¡Qué pensará mi madre que me espera,
Qué pensará, Dios mío,
Sabiendo que no es la vez primera
Que paso en el arroyo eternamente
Las horas largas de la tarde entera!
Y sumergió con fuerza en el torrente

El cántaro olvidado
Con firme seño y ademán seguro,
Llevando entre la boca atravesado
El gestecillo regañón y duro.

Echó la niña á andar por el sendero
Que era, amén de tortuoso muy obscuro
Con tanto bosque impenetrable y fiero,
Y á pesar de las sombras y de todo
Iba corriendo con violencia y tino,
Cuando, al dar una vuelta en un recodo,
Un hombre se interpuso en su camino.

Ella no se inmutó, que por fortuna
A la luz del crepúsculo que ardía
Reconoció la sombra inoportuna
Y exclamaron los dos:—¡Andrés!—¡María!

X.

A durísimas penas contuvieron
De admiración ó de sorpresa un grito,
Y, como dos estátuas, estuvieron
Mirándose pasmados de hito en hito.

Vaya usted á saber si duraría
Aquella situación falsa y dudosa
A no salir María
Con su plática dulce y candorosa:
—Eres tú—dijo al fin, tranquila y quieta,
Acercándose á Andrés que en su mutismo
Ha perdido la lengua y la chaveta
E ignora lo que pasa por sí mismo:
—Gracias á Dios que tan á tiempo vienes,
Me asustaban las sombras de la tarde,
Acompáñame pues, pero, ¿qué tienes?
¿Eres acaso como yo, cobarde?
¡Vamos!—siguió diciendo con tonillo

Picaresco y burlón—no tengas miedo,
Eres un hombre grande y no un chiquillo....
¡Carga con esto porque ya no puedo!—
Y alargaba su cántaro y reía,
Y sin salir Andrés de aquel enredo
En donde su simpleza lo metía,
Con torpes movimientos inconscientes
Obedeció el mandato de María
Y articuló un sonido entre los dientes.

XI.

Aunque era Andrés muy listo y avispado
Y por añadidura malicioso,
Aparecía ante el objeto amado
Como los delincuentes, tembloroso.
Siempre que se encontraba con María
Temblaba el infeliz cual si tuviera
Empapados los huesos de agua fría
O alguna interminable borrachera;
Miraba que los montes desquiciados
Amagaban hundirlo en su mareo,
Y sus dientes crispados
Sonaban con molesto traqueteo.

Ruego, pues, al lector, que no lo riña
Ni lo tenga por bobo papanatas,
Estaba enamorado de la niña
Y hacen tantos milagros las ingratas!
Esos pequeños seres
Hechos de niebla y luz, vulgo mujeres,
Que vienen á la vida transitoria
Para nuestro pesar ó nuestra gloria;
Esos seres tan monos y rapaces
Que hacen á su sabor tanta diablura
De revolver el mundo son capaces
En sus ratos de humor y travesura.

¿Qué mucho que un *milpero* en su rudeza
Que lealtad y pasión sólo atesora
Perdiera en ese instante la cabeza?
Andrés al escuchar la arrobadora
Y vibrante palabra de María
Llena de sencillez encantadora,
Siempre fuera de quicio se ponía.

XII.

Meditando tal vez en ese instante
En el amor inmenso que le embarga,
Iba Andrés adelante
Silencioso y paciente con su carga;
A pesar de que el pobre enamorado
Era tan fuerte como cien horcones
Iba muy distraído y atontado
Menudeando al marchar los tropezones.
Hacía mucho tiempo que deseaba
Decir tanta terneza que acaricia
Y era la vez primera que encontraba
Una ocasión tan buena y tan propicia.

Hizo un esfuerzo por vencer un tanto
Aquella timidez arisca y ruda,
Y al fin se resolvió, no sin quebranto,
A exponer su pasión monda y desnuda;
Paróse en el camino, y de repente
Una sandez sin duda
Dijo con voz cortada y balbuciente,
Y recelando al punto que cobarde
En la mejor sazón despareciera
El heróico valor de que hace alarde
Siguió la confesión franca y sincera:
—Hace tiempo que aquí llevo guardado—
Y señalaba el corazón abierto,
—Un sentir tan pesado

Como aquella montaña del desierto;
Hoy que no puedo más y estoy cansado
De vivir casi siempre medio muerto,
He querido saber lo que contestas
Y quitarme el penar de cada día,
Que parece que siempre llevo á cuestas
El viejo caserón de la Alcaldía.

Quiero romper á veces estos lazos
Y estrecharte en mis brazos
Porque sé que me ahogo y que me muero
Llevando el corazón hecho pedazos....
¡Vamos! ¡quiero decirte que te quiero!
Tú ya sabes muy bien cómo te miro
Lleno de sobresaltos y sonrojos,
Conteniendo en mis labios el suspiro
Y queriendo comerte con los ojos;
Y cada vez que sales de la ermita
Más hermosa quizás—Dios me perdone—
Que la virgen bendita,
Yo no sé cómo mi alma se compone
Para no arrodillarse en el camino
Por donde pasas silenciosa y grave,
Y, á riesgo de largar un desatino,
Componer el relato peregrino
De esto que llevo aquí....que no me cabe!

Desde que tengo este pensar injusto
Estoy huyendo siempre de tu lado,
Pálido por el miedo y por el susto,
Como si cometiera algún pecado,
Y por eso María,
Ya no voy por las tardes á tu casa
Porque mucha vergüenza te tenía....
Y á tu madre también....á *ña* Tomasa.
Ayer entre mis pláticas me dije:
"Andrés, no seas cobarde,

¡Vamos, echa á volar cuanto te aflige!"
Y he venido esta tarde
Porque supe que estabas en el río
Lejos de tus alegres compañeras
Y ya ves que te dije lo que ansío....
¡Qué feliz fuera yo si me quisieras!

XIII.

Calló Andrés, y asustado
De la audacia tan grande que tenía,
Tembloroso esperó como azogado
Su sentencia de labios de María;
Mientras hablaba el chico atolondrado
Sintiendo que se le iba la cabeza,
Ella miraba al suelo con fijeza,
Y al terminar la historia que escuchaba
Dejó de hacer la cuenta, á lo que infiero,
Del número de piedras que encontraba
Revueltas al acaso en el sendero.

Y la mirada alzó, dulce y tranquila,
Húmeda de congoja ó de ventura,
Llevando dibujado en la pupila
Un poema de amor y de ternura;
Lo miró sin doblez y sin engaños
Con esa castidad serena y pura
Que tienen las muchachas de quince años,
Y, como las *pitayas*, colorada
De pura avergonzada,
—Oye!—dijo por fin—no te comprendo,
Yo no alcanzo á entender por qué te mueres
Y estás, como aseguras, padeciendo,
Pero.... ¿de veras dices que me quieres?—
Y traduciendo la mirada intensa
Harto fiel y elocuente
Que lanzó el buen Andrés en su defensa,

Prosiguió cariñosa y diligente:
—Bueno, pues yo también sola y callada
Pensaba mucho en tí todos los dias
Y estaba siempre, triste y preocupada
Creyendo que tal vez no me querías;
Hoy que por fin te digo lo que siento
Vengo á dar en la cuenta
De que por no olvidarte ni un momento
He vivido hasta hoy tan descontenta.

Como tal vez la gente nos persiga
Con su desprecio falso ó verdadero,
Para no avergonzarme cuando diga
Que yo también te quiero,
Lo debes de contar todo en mi casa,
Dame el cántaro.... ¡adiós!.... allá te espero...
¡Cuánto tu charla pertinaz me atrasa!

XIV.

Escapó la chiquilla
Más ágil que una ardilla
Al acabar la confesión ligera
Para ocultar sin duda sus sonrojos,
Y Andrés la fué siguiendo en su carrera
No sé si con el alma ó con los ojos.

Nunca, ni en esas horas
De fantásticos sueños imposibles
Cubiertos de celajes y de auroras
Y de blancas visiones intangibles,
Nunca llegó á pensar que alcanzaría
Placeres tan inciertos y lejanos,
Ser amado un instante por María
Era tocar el cielo con las manos.

Mientras plantado Andrés en el camino
Pensaba, restregándose los ojos,
Si era aquello una burla del destino

A menudo sangriento en sus antojos,
O si acaso la suerte
Caprichosa esa vez le deparaba
Una dicha que acaba con la muerte
Y el amor eternal que no se acaba;
Mientras abriendo Andrés tamaña boca
En medio del camino se quedaba
Acariciando su fortuna loca,
Ella con pensamientos muy distintos
Iba viendo la luz y la alegría,
Perdiéndose en los negros laberintos
De la calle intrincada que seguía.
—Se acabaron mis lágrimas—decía,
—Se acabó la tristeza
Y aquel dolor eterno de cabeza
Que cuando se alborota y cuando hiere
Siempre mis horas de descanso escoje,
¡Cuánto me quiere Andrés.... cuánto me quiere!
¡Ojalá que mi madre no se enoje!

XV.

Era Andrés un buen mozo,
Sobre sus labios el naciente bozo
Como una vaga sombra despuntaba
Lleno de juventud y lozanía,
Y á fuer de morador del Mediodía
Un corazón ardiente alimentaba.
Su juvenil semblante
Estaba como el bronce obscurecido,
Gracias á un sol pesado y calcinante
Como baño de plomo derretido.
Desenvuelto al andar, firme y delgado,
De elevada estatura,
Era todo un muchacho bien formado
De interesante y varonil figura.

Entonces todo el mundo lo tenia
Por el más vigoroso de la aldea,
Nadie como él sabía
Sacar en un instante la *tarea;*
Viviendo siempre del trabajo rudo
Fué formándose el chico sin tropiezo
Tan ágil, tan valiente y tan forzudo,
Que echarse encima un fardo que se siente
Que machuca y ahoga con su peso
Era para él tan fácil y corriente
Como bailar al són de la *marimba*,
Como en una *tortilla* hincar el diente,
O *zumbarse* un *potzole* de *nambimba*.

Franco como los buenos aldeanos
Que de pura lealtad son la rudeza,
Llevaba el corazón entre las manos
Lleno de sentimiento y de nobleza.

Sin padre, sin hermanos y sin madre,
Sin tener un perruco que le ladre
Era más libre Andrés que el mismo viento,
Y en las *milpas* de todos trabajaba
Siempre lleno de fé, siempre contento;
Con el poco dinero que ganaba
Fué viviendo sin pena ni trabajo
Y hasta con gran holgura y desparpajo,
Tanto que los domingos se lucía
(Junto á la iglesia y al salir de misa
No sé si por el cura ó por María)
Llevando muy flamante la camisa.

XVI.

—Buenos días, *ña* Tomasa,
—Andrés, que Dios te guarde,
Sabes que por acá tienes tu casa
Y no debes venir de tarde en tarde;

Siéntate en ese banco, cuando vienes
Te acercas siempre con la cara arisca,
No puedo comprender qué es lo que tienes....
—¡Estoy tan atareado con la *pisca!*
—¡Miren cómo es de mentiroso y perro,
Si aún le faltan al sol cuatro brazadas
Para echarse á dormir detrás del cerro
Y ya tienes las manos tan cruzadas!
¿Por qué no vienes ya todos los días?
A alegrar la tristeza de mi gente
Y tomar otra vez como solías
Tu *jicarita* de *pinol caliente?*
Sabes que por acá se te ha querido,
Que no te haremos, buen Andrés, la guerra,
Y sin embargo con tu negro olvido
Nos has echado encima mucha tierra.
—Soy el mismo de siempre, *ña* Tomasa,
Dios conoce mejor este cariño,
Quiero tanto á la gente de su casa
Como cuando era rapazuelo y niño;
Usted que sabe bien cuánto los quiero
Ni tan siquiera regañar debía
Porque mi corazón es verdadero,
¿Y dónde está Manuel? y.... ¿y María?
—Manuel se fué á buscar por los breñales
Una vaca mañosa
Que anda haciendo perjuicio en los cañales,
Ya la conoces tú, "*La Cariñosa*,"
Aquella vaca vieja
Que de tanta gordura se derrite,
Vino ayer *ño* Vicente á dar la queja
De que rompió el *corral* de su *chahuite:*
María está ocupada en la cocina
Viendo que no se pasen con el fuego
Unos buenos *tamales* de gallina,
Que los vas á probar, pues salen luego.

—Que se lo pague Dios, sólo he venido
A decirle una cosa que parece
Que no quiero sacarla de su nido....
—¿Qué se te ofrece, Andrés, qué se te ofrece?

XVII.

Y dejó *ña* Tomasa la costura
Y clavaba en Andrés los ojos fijos
Henchidos de bondad y de ternura
Como miran las madres á sus hijos;
Y Andrés acorralado y compungido
Por aquel trance fiero
Contemplaba azorado y aturdido
La toquilla y la copa del sombrero.
Sentado sobre el banco vacilante
Que siente que respinga y que repara
Bien hubiera querido en ese instante
Que se abriera la tierra y lo tragara.

Tosió cual si llevase carraspera,
Se rascó la cabeza,
Y habló por fin como la vez primera
Lleno de ingenuidad y de franqueza:
—Pues, señor, dijo Andrés; ¡éste es aprieto!
Sabe usted *ña* Tomasa que *hacen* años
Que quiero á su familia y la respeto
Como yo sé querer.... sin los engaños;
Que hace ya mucho tiempo que venía
A jugar con Manuel y con María,
Entonces, *ña* Tomasa,
Era como un ratón de pequeñico,
El más incorregible de la plaza
Y de toda la escuela el más borrico,
Pues, como iba diciendo,
Jugaba con la niña desde chico,
Fuí creciendo, creciendo,

Y hoy me dicen mis penas pecadoras
Que aumentó con el tiempo mi cariño,
Que á fuerza de mirarla tantas horas
No la puedo querer como de niño.

Ya me conoce usted, sabe lo que hago,
En las fiestas no bebo nunca el *trago*
Porque no lo deseo,
Y si á veces alegre *zapateo*
Hasta dejar la zuela hecha pedazos,
Es porque entonces en mis sueños veo
Que me estrecha María entre sus brazos;
Sabe usted que hoy trabajo *en ca ño Chinto*
Y que todos me buscan en la aldea
Porque todos conocen que me pinto
Para dejar muy limpia la *tarea*.

Tal vez en mí no cuadre
Todo esto que le cuento y que le digo,
Pero ¡qué quiere usted! no tengo padre,
Ni siquiera conozco un sólo amigo,
Y si yo no digo esto en esta casa
Y si nunca le pido lo que quiero
Ninguno podrá hacerlo, *ña* Tomasa.

Si hoy no tengo ni *milpas* ni dinero
Con todo lo que sudo el santo día,
Es porque no he alcanzado lo que espero....
¡Vamos!.... ¡quiero casarme con María!

XVIII.

Y conociendo el pobre enamorado
Que un peso enorme con hablar se quita
Soltó, muy satisfecho y aliviado,
Un suspiro más grande que la ermita.

Conforme *ña* Tomasa iba escuchando
Aquella historia de interés creciente

Se iban también borrando
Las austeras arrugas de su frente,
Y cuando Andrés, muriendo, se agarraba
Como náufrago errante á sus despojos
Miró que á *ña* Tomasa le brillaba
Algo como una lágrima en los ojos.
—Todo lo que me cuentas lo sabía—
Dijo con voz temblona
Tal vez por la emoción y la alegría.
—Todo cuanto te aflige y desazona
Me lo contó María
La última tarde que te vió en el río,
Ella por tí se muere
Y además, hijo mío,
Ña Tomasa también mucho te quiere.

Como yo te adoré desde pequeño
Mi corazón á todos te prefiere
Y casarte con ella fué mi empeño;
Hoy que he llegado á vieja
Viendo tan primorosa la pareja
Que desde chiquitines han formado,
Viendo tan cariñosa á la hija mía
Y á tí tan honradote y tan *planchado*,
Al buen Dios le pedía,
Pues nunca el ruego y la oración desecha,
Que te casaras tú con mi María
Para morir tranquila y satisfecha.

Y la buena señora se enjugaba
Los ojos anegados y llorones
Con un *delantalcito* que llevaba
De colores chillones,
Y olvidando también sus pantalones
A todo trapo el buen Andrés lloraba,
Soltando, porque vió sus fuerzas rotas,
Lágrimas como puños de grandotas.

XIX.

—¡María!—gritó con fuerza *ña* Tomasa,
—Ven, por Dios, no seas mona
Que hay visita en la casa
Y sólo por tí vino esa persona.
—¡Allá voy!—contestó pronto María,
Y llevando el rubor entre los ojos
Casi en el mismo instante aparecía
Con las mejillas de colores rojos;
Al mirarla llegar, el aldeano,
Lleno de sobresaltos y de susto,
Se limpió con el dorso de la mano
Las lágrimas sacadas por el gusto.
—Jesús con el calor de la cocina
Has salído, mujer, muy colorada,
¿No saludas á Andrés? ¡si está la indina
Hecha una cimarrona mal criada!
Y como sus congojas adivina
Añadió *ña* Tomasa con presteza:
—Andrecico ha venido
A cumplir la promesa
Que como buen muchacho te ha ofrecido,
Como yo bien conozco que te quiere
Con todo el corazón y toda el alma
Le he dicho que te espere
Con un poquito de paciencia y calma
Porque estás muy pequeña todavía,
Que tenga fe mientras el plazo dura,
Que muy pronto en casarlos, hija mía,
Se ocuparán, el Juez y *tata Cura.*

¡Lástima que Manuel no haya venido
Un poco más temprano!
¡Qué alegrón tan hermoso se ha perdido!
El pobre quiere á Andrés como á su hermano!

Y después del arreglo, muchas horas
Se prolongó la escena de familia

Con palabras de luz encantadoras
Que Dios sabe dictarlas cuando auxilia;
Hablaron, con la fe por compañera,
De una vida mejor que los espera
Entreabriendo las puertas de otro cielo,
Y llegaron muy alto en su carrera
Y jamás se cansaron en su vuelo.

Tomo aquí la virtud de los discretos,
No quiero descubrir esos secretos
Que bien sabe guardar aquella gente
Y digo como Andrés en sus aprietos:
"¡Vamos!.... ¡si ni merece que se cuente!"

XX.

El día estaba ya muy avanzado
Cuando Andrés fué saliendo de la casa
Harto maravillado
Del amor maternal de *ña* Tomasa.

Porque al fin se casaba con María
Y porque no sufrió ningún desaire,
Como un potro saltaba de alegría
Dando brincos y coces en el aire;
Iba tan embobado de contento
Que para sus adentros se decía:
—"¡Dios mío, me rebalsa lo que siento!
Al primero que encuentre en mi camino
Lo voy á destripar con un abrazo
Más frondoso quizás que mi destino....
¡Vamos.... sin compasión lo despedazo!"
Cuando acertó á cruzarse por un lado
(Que ojalá por la paz de su reposo
Nunca hubiera acertado)
Con andar vacilante y tembloroso
Una pobre señora viejecilla,
Y se lo dió tan fuerte y tan frondoso,

Tan estrecho y lozano
Que por poco le rompe una costilla.
— Andrés! .... ¡cómo saludas á un *cristiano!*
¡ Hombre, no seas pesado .... si por poco! ....
Pero sin compasión el aldeano
La estrujaba de firme como un loco.

Siguió corriendo Andrés hecho una gloria
Con la felicidad inesperada
Llovida, para encanto de su historia,
De sopetón y sin decirle nada,
Y con agilidad y ligereza
Saltaba los barrancos por instinto,
Repitiendo sin tregua la promesa
Hasta llegar á casa de *ño Chinto:*
—"Con que un poquito de paciencia y calma
Es preciso tener, y si la quiero
Con todo el corazón y toda el alma
Que me ponga á esperar .... ¡ vaya si espero!"

Canto Segundo

I.

Las crónicas obscuras de mi tierra
Cuentan que por los años de esta historia
Hubo una cruda y borrascosa guerra
Que dejó mucha sangre y mucha gloria.

¿ Qué torpeza, qué afán ó qué patraña
Llevó el acero á la homicida mano?
¿ Por qué con tanta saña
El hermano luchó con el hermano?

¡ Misterio impenetrable! Aquella gente,
Entregada al trabajo noble y santo,
Nunca estuvo al corriente
De eso que hiela el corazón de espanto.

Sólo recuerda que en aquellos días
El buen Alcalde, pensativo y serio,
Hablaba nada más de tiranías
De una patria que se hunde y de un imperio;
Que al pasearse en los viejos corredores
De la Alcaldía, sin cesar hablaba
De *mochos* y traidores;
Que la patria esa vez necesitaba
De la sangre valiente de sus hijos
Porque así solamente se salvaba,
Y que el sabio señor, los ojos fijos
Clavaba siempre en su tenaz idea
Murmurando sin tregua: "¡á la pelea!"

Y recuerda también que una mañana
Cada cual se asomaba á su ventana
Para escuchar con ansiedad el *bando*
Pregonado por todas las esquinas
Con infernales gritos, dispersando
Los concursos de gallos y gallinas.

Por orden superior los Concejales
Recordaban á cada ciudadano
De la patria las glorias inmortales;
Hablaban de un peligro tan cercano
Que, para ver al invasor disperso,
Convocaban á un pueblo de valientes
A formar, como en tiempo más adverso,
Nuevas filas de bravos insurgentes;
Y que, desde ese día,
A excepción de los viejos y lisiados,
Todo el mundo llegaba á la Alcaldía
Para sentar sus plazas de soldados.

II.

Triste á fuerza de penas, una tarde
Andrés pensaba con dolor profundo
Que, á riesgo de pasar por un cobarde,

El, como todo el mundo,
Debe sin extrañeza y sin asombro
Obedecer lo que ha mandado el *bando*,
Marchar de allí con el fusil al hombro
Y volver al hogar Dios sabe cuándo!
Su única salvación en ese instante
Era la fuga que al honor subleva,
Y con la deserción, miró delante
Las escenas sangrientas de la *leva*.

—Nada!—dijo entre dientes.—
El único camino está trazado:
Entraré en esas filas de insurgentes
Y como los demás seré soldado.
¿Y la pobre María? ¿y *ña* Tomasa?
Yo no sé qué presentimiento interno
Me advierte que si dejo aquella casa
Será mi adiós eterno!

Sintió que el corazón se le oprimía,
Y abrumado por fúnebres martirios
Creyó oír las palabras de María
Castas como el ropaje de los lirios:
—"No temas que te olvide, es imposible!
Si de mi lado alguna vez te aleja
El destino inflexible,
Sin formular mi labio ni una queja,
Con esa fé que mi pasión entraña,
Resignada y tranquila aquí te espero,
Y al volver triunfador de la campaña
Verás cuánto te quiero!"

Y sacudió su frente soñadora,
Fijó la vista en los perfiles rojos
Del monte azul que con la luz se dora,
Y entre brumas espléndidas perdida
Miró desvanecerse ante sus ojos
La ilusión más hermosa de su vida:

Y ocultando sus lágrimas ardientes,
Pensando siempre en el objeto amado,
Se quedó repitiendo entre los dientes:
—¡Sin remisión, sin remisión .... soldado!—

III.

—¡Pues no entiendo, señor! nunca pensara
Que tan luego se aguase nuestra fiesta!
¿Qué te sucede Andrés? tienes la cara
Como la misma decepción, funesta.
Alivia un tanto tu dolor sombrío
Contándome las penas que te hieren,
No están bien tus reservas, hijo mío,
Con las gentes que aquí tanto te quieren,
¡Vamos, querido Andrés! abre esa boca
Y dime sin empacho lo que tienes.
¿Es que María, como todas, loca
Te está haciendo rabiar con sus desdenes?—

Y *ña* Tomasa en su franqueza inculta
Miraba á Andrés con insistencia y calma
Cual si quisiese ver lo que se oculta
En lo más escondido de su alma.

En vano! á tanto cariñoso empeño
El se quedaba cabizbajo y mudo,
Hasta que, despertando de su sueño,
Clamó violento y rudo:

—¿Con que no sabe usted esa noticia
Que á todo el pueblo por adversa aterra?
¿No sabe que el rencor y la malicia
Han suscitado por ahí la guerra?
—¿Y bien?—dijo embobada la aldeana
Con los ojos á Andrés interrogando,
— Y bien, que desde antier en la mañana
Por ahí anduvo el *bando!*

Siempre que oigo esas cosas no he podido
Saber qué dicen entre tanta bulla;
Pero antier por mi mal he comprendido
Que saldrán los que mandan con la suya.
Envuelto en medio de infernal molote
Oí con honda pena
Que para ser del enemigo azote
Nos llevan por la mala ó por la buena.
No es posible salvarse......ya he pensado
Que la fuga es vileza y cobardía,
Que el único recurso es ser soldado.........
¿ En dónde está María?

Un profundo sollozo
Que sólo brota de quien mucho siente,
Reprimido, convulso y doloroso,
Contestó á su pregunta impertinente.

Absortos cada cual en esa niña
Que libra el duelo al estampar sus huellas,
No advirtieron que estaba allí la niña
Escuchando sus íntimas querellas.

—¡ No llores—dijo Andrés!–te quiero tanto
Que tu dolor aumenta mis dolores,
Guarda para otros tiempos ese llanto.........
Vamos, vamos, no llores!
Es verdad que me voy, Dios lo ha querido!
Pero sabes que en cambio, vida mía,
Jamás, jamás te olvido.
Cuando de tí esté lejos, noche y día
Pensaré en el buen Dios que nos protege
Y en los santos recuerdos de María.
Si vuelvo ¿ por qué sientes que te deje?
Volveré.........volveré.........¡ te lo prometo!
Y si entonces me quieres como ahora
Vivir para tu amor será mi objeto.........
Pero usted, *ña* Tomasa, ¿ por qué llora?

Qué mujeres, gran Dios, no tienen sesos
Al contarme por muerto entre los vivos!
¿Qué, no saben que soy de carne y huesos
Y que ya voy perdiendo los estribos?

Sigo impasible mi destino duro
Por que las cuida aquí, mientras me espera,
Manuel, que está muy chico y es seguro
Que no le *clavarán* la cartuchera.
Y otra vez les ofrezco que algún día
Me verán en las puertas de esta casa,
¿Verdad que no me olvidarás, María?
¡Deme usted un abrazo, *ña* Tomasa!—

Cruzó aquellos umbrales tambaleando,
Sintiendo acaso de la muerte el frío,
Y con voz apagada murmurando:
—¡Ah, si me amara como yo, Dios mío!

V.

¡Allá vá la columna! centellea
En medio de aquel límpido horizonte
Como reptil inmenso que rastrea
Sus escamas de acero por el monte.

¡Pobres muchachos! sin cesar miraban
Blanquear las casitas de la aldea
En donde todo el corazón dejaban.

Resignados y buenos, en defensa
De ignorados derechos
Iban, para alcanzar por recompensa
Cicatrices honrosas en sus pechos;

Teniendo sólo la virtud por norma
Y el amor que á las almas no deseca,
La igualdad, el derecho, la reforma
Eran para ellos una cosa hueca,
Y aunque al decirlo el ánimo se abate,



Aquellas buenas gentes
Jamás preguntarán en el combate
Por qué mueren así como valientes.

Allí marchaba Andrés ¡ pobre María
A quien dejó llorando sin consuelo !
Cuando alegre una aurora sonreía
La tempestad obscureció su cielo !
La vez postrera que los dos se hablaron,
Viendo morir sus esperanzas bellas,
¡ Cuántas cosas de amores se contaron
A la luz de las pálidas estrellas !
¡ Cuántos secretos ocultó en su broche
Aquella hermosa noche
Impregnada de aromas y de luces !
¡ Qué triste fué el adiós que se dijeron
Cuando al fulgor de la alborada vieron
De la alta ermita las airosas cruces !

Entre tanto, en las faldas de aquel monte
La columna perdida centellea,
Y en la otra extremidad del horizonte
Como un copo de nieve está la aldea......

Canto Tercero

I.

Han pasado cinco años ¡ Quién pudiera,
Por librarse de negros desengaños,
Detener de los siglos la carrera
Con su cortejo interminable de años !
Ah ! si del árbol que el *Simoun* arranca
Nos quedaran siquiera algunas flores,
Y si al tornarse la cabeza blanca
No se helaran también nuestros amores !

Pero en vano es soñar, con las edades
Lo más hondo se vá de la memoria,
Y pues todo en el mundo es realidades
Natural es que cambie nuestra historia.

Como la flor que inclina su corola
Al soplo helado de borrascas frías.
Lloró María inconsolable y sola
Después de la partida, muchos días;
Y pasaron las horas y con ellas
Tiempos más bonancibles y mejores
Y poco á poco las profundas huellas
De sus tristes dolores
De musgo se cubrieron y de flores.

Después, la azul y retirada cumbre
Por donde Andrés despareció miraba,
Y para sacudir su pesadumbre
Mirando la montaña suspiraba;
Y después muchos años transcurrieron
Y con ellos tranquilos desacuerdos,
Hasta que al fin se fueron
De aquella cabecita los recuerdos.

¡ Pobre Andrés ! aquella alma candorosa
Que cruzaba con fé climas extraños,
Ignoraba que el pecho de una hermosa,
Cambia mucho en cinco años.

La mudanza era cruel, y sin embargo
Era su corazón sencillo y tierno,
Huyó María del dolor amargo
Como las golondrinas del invierno,
Y hubiera sido para Andrés la misma
Si nunca hubiera del hogar partido,
Por eso, ¡ en cuánta reflexión abisma
Lo que se llama en la mujer *olvido !*

II.

¿Qué fué del buen Andrés? Desde aquel día
En que marchó con el fusil al hombro
Ni una sóla noticia recibía
La pobre *ña* Tomasa con asombro.

Al despedirse, conmovido y rudo,
Sabiendo que eso la zozobra aparta,
Les ofreció escribir muy á menudo,
Y sin embargo de eso, ni una carta,
Ni un sólo papeluco rasguñado
Cubierto de pringajos y borrones
Llegó á las manos del objeto amado
Para acercar así dos corazones,
Y para hacer también—¡cosa más rara!—
Que por un garabato mal trazado
Siempre Andrés en un alma se abrigara.

Jamás á aquel rincón que olvidó el mundo
Llegaron de la guerra los horrores,
Donde todo era paz y amor profundo
¿Quién iba á despertar viejos rencores?
Así, pues, el maestro de la escuela
En un coro de viejas refería
Que con saña y tesón que desconsuela
La gente de allá lejos se batía
Que los buenos muchachos que se fueron
De la risueña aldea
Oh! de seguro su deber cumplieron
Muriendo con honor en la pelea!

Ña Tomasa, agobiada de amargura,
Sus pesares en lágrimas resuelve
Inclinando su frente en la costura
Y pensando en Andrés que nunca vuelve,
Mientras María, como siempre, pura,

Que sólo en mantos de placer se envuelve
Y que á su pobre madre no adivina,
Oidla: está cantando en la cocina!

III.

Una vez *ña* Tomasa, triste y grave;
Llamó á la hermosa niña que riente
Modulaba su canto como el ave
Que saluda aleteando al sol naciente.
Al mirar á su madre tan sombría
Adivinó sus íntimos agravios
Y se heló la sonrisa que nacía
Húmeda y juguetona de sus labios.

Miró la madre llena de embeleso
Al dulce objeto de su amor prolijo,
Hasta que al fin, entre el rumor de un beso,
Con voz muy triste y cariñosa dijo:

—Oyeme atentamente
Y deja de tener ese aire arisco:
Vino ayer *ño* Vicente
A pedirte de parte de Francisco.
Ya tú sabes quién es..... ese muchacho
Que de grande señor hace el alarde;
El que anda siempre de sombrero *gacho*
Y que no fué á la guerra por cobarde;
Perdona que me exprese de ese modo,—
Prosiguió con dulzura *ña* Tomasa,
— Pero con todo y su grandeza, y todo
El Señor Don Francisco no me pasa.

Yo que conozco lo que tu alma siente,
Que sé que amas á Andrés como ninguna,
He mandado *á la porra á ño* Vicente
Porque su petición era importuna;
Es verdad, hija mía,

Que está hace tiempo nuestro hogar desierto,
Pero á Andrés lo veremos algún día......
¡El corazón me dice que no ha muerto!

¿Verdad que apruebas lo que ayer le dije
Al bueno de *ño Chente* y á sus fiestas?
¡Si vieras cuánto tu frialdad me aflije!......
¡Vaya!....quiero saber lo que contestas!—

Y la niña inclinaba la cabeza
Porque el dolor su corazón traspasa,
Mientras que, pertinaz y con fijeza,
La miraba en silencio *ña* Tomasa.

IV.

¡Cómo se prolongaba eternamente
Aquella muda escena de congoja!
Por fin María levantó la frente
Por el calor ó la vergüenza roja,
Y evocando quizás fuerza secreta
Para afrontar el trance tan temido,
Dijo, entornando la pupila inquieta,
Con acento que casi era gemido:

—Madre mía, usted sabe lo que hace,
Porque su amor á todo lo prefiero,
Si usted no quiere que con él me case
Yo la obedeceré, pero.........¡lo quiero!
No intento defenderlo, madre mía,
¡Bien sabe Dios lo que mi pecho encierra!
Pero ¿quién dice aquí que es cobardía
No marchar á la guerra?
Muchas cosas Francisco me ha contado,
Cosas de amores que sonriendo escucho.
El no quiso como otros ser soldado
Porque me quiere mucho.

Por lo que toca á Andrés ¡ hermosa hazaña
Hizo al dejar mi corazón desierto!
Madre, tal vez vuestro cariño engaña,
¿Quién sabe si no ha muerto?
Muchos del *interior* han regresado
Hoy que acabó esa guerra tan sangrienta
Y á todos por Andrés he preguntado,
Y ninguno de él sabe dar cuenta.

Cuando me acerco al corazón la mano
Ay! su latido funeral me asusta!
Y por curar el mal batallo en vano
Y comprendo que soy mala é injusta,
Es decir, madre mía,
Que si viniera Andrés no lo querría.

Ña Tomasa, que en premio de sus años
Sabe las jugarretas de este mundo,
Que esperaba heridores desengaños
Menos aquel olvido tan profundo;
Apenas pudo un ahogador sollozo
Contener esa vez la noble anciana
Y ocultó como un niño temeroso
Entre sus manos la cabeza cana......

V.

¿De qué artes se sirvió? ¿qué maleficio
Usó aquel marrullero sin oficio
Para embobar una alma candorosa?
¿Será que la mujer las falsas galas
Sigue cual la inexperta mariposa
Hasta quemar el oro de sus alas?
¿Será, por nuestra eterna pesadumbre,
Que ante los fuegos fátuos se deslumbra
Sin saber que de cieno y podredumbre
Brota esa luz que fugitiva alumbra?

¡ Quién pudiera, cual buzo, sumergirse
De una mujer en la conciencia obscura,
Para así á nuestra lengua traducirse
Lo que sienten cuando hablan de ternura !
Mas dejando este abismo y esta hondura
Lo que más nos importa es que María
Hoy adora á un bellaco hasta los huesos,
Con qué amargura Andrés repetiría:
" ¡ Qué mujeres, gran Dios, no tienen sesos ! "

En vano *ña* Tomasa hasta cansarse
La reprende, la mima y la aconseja,
Pero nada, señor, lo de casarse
Quedó entre ceja y ceja.

VI.

Ha salido María con la suya:
¡ Cuánto infernal molote, cuánta bulla
Hay en aquella casa,
De ordinario tan triste y tan modesta !
Es que *ño* Chico con María se casa
Y hoy celebra sus triunfos esa fiesta.

Después que *tata* Cura
Y el *señor* Juez del pueblo los unieron,
A celebrar alegres su ventura
En santa paz para el hogar se fueron.

Escuchad: en esos viejos corredores
Y en el patio que cubre la *ramada*,
Apagando sus ecos mil rumores
Resuena la *marimba* fatigada,
Y acomete el mareo
Y parece que se hunde medio mundo
Al sentir del contínuo *zapateo*
Aquel temblar profundo.
¡ Cómo se ven entre las luces rojas
De inmensas *luminarias* que chispean,

Sintiendo del cansancio las congojas,
Bailadores famosos que jadean!
Y luego, para hacer como es costumbre
Entre la gente enervador estrago,
Aquella sudorosa muchedumbre
Su sed apaga con *mascal y trago.*

Envueltos en la nube polvorosa
Que levanta al moverse tanta suela,
"*¡Otra!*"—grita una voz aguardentosa
O un "*¡viva!*" alegre por los aires vuela.
Y mientras todos á alegrarse empiezan,
Los pobres chicos, de la plaza azote,
Envueltos en *chamarros* se esperezan
Al calor amoroso del *ocote.*

Cabecean los pobres *marimberos*
Porque su compromiso al fin se abona,
Agonizando están los *ocoteros*
Y todos duermen á su luz la mona,
Y cuando el gallo anuncia la alborada
Por encanto termina aquel delirio
Y la gente se va triste y cansada
Porque al fin la *marimba* tocó el "*Quirio.*"

VII.

Cuenta la fama que desde esa noche
(A nadie exijo que mi historia crea)
Perdió el perfume y enlodó su broche
La virgen más hermosa de la aldea;
Que tan pálida estaba entre sus galas
Que escultura de mármol parecía,
Y que muchos al verla sin sus alas
Dijeron al pasar:—"¡ Pobre María ! "—
Y que á pesar de que en su rostro vieron
Contracciones severas y tranquilas,
Algunos indiscretos sorprendieron

Lágrima vergonzante en sus pupilas.
Y la fama también cuenta y refiere
(Apunto de dato, mas quizá no es cierto)
Que á cada instante sus oídos hiere
Una voz que repite: "Andrés no ha muerto!"
Y que desde esa vez ya la alegría
En su frente no brilla y centellea,
Y que murió por siempre con María
La virgen más hermosa de la aldea.

VIII.

Poco tiempo después aquella casa
Se cubrió de tristezas y de duelo,
Oculta enfermedad á *ña* Tomasa
Se la llevó inflexible para el cielo,
Cuando estaba en su lecho doloroso,
Sintiendo que llegaba la agonía,
Antes de irse á regiones superiores
Así dijo á María:
—Aunque dejarte sola no lo quiero
Y aunque á la virgen por tu madre implores
Conozco que me voy y que me muero.
Ay! cuando deje, al descansar, de verte
Y quede sólo mi ceniza yerta,
No sé por qué mi corazón me advierte
Que ha de llamar Andrés á nuestra puerta!
Entonces.........¡quién pudiera
Volverse á unir á terrenales lazos,
Y besar otra vez su cabellera
Y arrullarlo como antes en mis brazos!

Cuando vuelva á cruzar estos umbrales
Dile que *ña* Tomasa ya no existe,
Que á mundos luminosos é inmortales
Por no poderlo ver, se fué muy triste!
Que siempre estuve en su dolor pensando,

Que mi cariño á su desgracia abone,
Que se acuerde de mí de cuando en cuando
Y ruégale también......¡que te perdone!
Que no descansaré si te aborrece,
Que á tí también mi alma se encariña,
Que tus promesas á olvidar empiece....
¡Cuando se fué á la guerra eras tan niña!
¡Que se acerque Manuel......¡pobres criaturas!
Las quiero tánto, tánto
Que serán para ellos las venturas
Que arriba siempre pediré con llanto!
Manuel: sé bueno siempre con tu hermana,
Y á mí......! dejad que mi destino siga......
Orad, orad por mí tarde y mañana!......
Nos veremos después......¡Dios os bendiga!—
Y aquellos ojos de la noble anciana
Que miradas de amor sólo tuvieron,
Poco á poco sus luces apagaron
Y una santa oración que no entendieron
Sus labios contraídos murmuraron.

Y desde entonces funerario duelo
Fué el huésped importuno de la casa,
Ah! si hay un Dios, debe de haber un cielo,
Y si hay un cielo......¡Ese es de *ña* Tomasa!

IX.

Andrés, vagando por extraña tierra,
Agonizando de cansancio y frío,
Siguió las peripecias de la guerra
Abnegado y sombrío;
¡Cuántos climas cruzó con rumbo incierto
Alentado por fé santa y sencilla
Sin ver jamás el prometido puerto
De aquel mar proceloso y sin orilla!

Si agobiado por negra pesadumbre
Se sintió alguna vez triste y cansado,
Su espíritu llegaba hasta la lumbre
Del casto nido del objeto amado,
Y al sentir tanta paz, tanta alegría,
Tantos perfumes del hogar distante
Evocaba el recuerdo de María.
Y murmuraba entonces: "*¡adelante!*"
Y así conforme con sus hondos males,
Iba sin rumbo como nauta enfermo,
Arrullado por brisas tropicales
Que refrescaban de su vida el yermo.

Ah! la primera vez que el centinela
Puesto de una hondonada en el postigo
Anunció con frialdad que desconsuela
Gritando atronador: "¡el enemigo!"
Andrés, sobresaltado y palpitante
Sintió sin aire su pulmón estrecho,
Palideció un instante
Y un vuelco el corazón le dió en el pecho;
Después, como los bravos veteranos,
A su puesto llegó con ceño duro,
Acarició el fusil entre las manos
Y allí el valiente está firme y seguro;
Oyó la voz de mando que vibraba
Seca, del labio de sus jefes viejos,
Y después al encuentro caminaba
Del enemigo que se ve á lo lejos:
Depurado del miedo vergonzoso
Nadie oyó en ese instante que decía
Para salir en el peligro airoso:
"¡En el nombre de Dios y de María!"

Después sonó el fragor de una descarga
Que al más valiente con su ruido abate,
Y Andrés, sereno, se lanzó á la carga

Perdiéndose entre el humo del combate.
¡Que lo bendiga Dios! allá se queda
Escuchando el silbido de las balas
Entre la espesa y negra polvareda
De aquel raudo turbión de inmensas alas. . . .
....
....
....
....

Después de la batalla, el pobre mozo
Herido en la mejilla de un sablazo,
Cambiaba su dolor en alborozo
Porque su Capitán le dió un abrazo.

X.

Sumiso y obediente
A férreo yugo por demás pesado,
Al cabo se avezó como valiente
A la vida azarosa del soldado,
Y así como en la aldea
Sacaba en un instante la *tarea*,
El era sin disputa el que primero
Entraba sin temor á la pelea
Hasta salir ensangrentado y fiero.

Una vez, al ganar una victoria
Que á la patria colmó de prez y gloria,
Encontraron á Andrés entre los muertos
Apretando el girón de una bandera
Entre sus brazos yertos
Cual si perderla con su honor temiera;
Y cuando despertó ¡con cuánto asombro
Miró, al abrir sus moribundos ojos,
Un galón en su hombro
Y hermosa cruz en sus andrajos rojos!
Y allí formado el regimiento entero

Presentando las armas á su frente,
Mientras decía el capitán severo:
" Hijo mío, muy bien .....¡ eres valiente !"

Entonces en sus labios extenuados
Se formó una sonrisa de alegría
Y brotó de sus ojos apagados
Una lágrima ardiente......¡ por María !

XI·

Cuando acabó la guerra
Con un drama sangriento que no nombro,
Y el extranjero se largó á su tierra
Pálido por el susto y el asombro,
El buen Andrés, cubierto
De heridas que ha ganado en la pelea,
Fué licenciado, y vacilante, incierto
Se encaminó á la aldea.

Ya no era el bravo mozo
Sombreado el labio de naciente bozo
Que conocimos en mejores días,
Hoy los años tan largos que pasaron
Llenos de nieblas y borrascas frías
Sus huellas indelebles le dejaron.

Cuando con fé sencilla
Vuelva al hogar el que partió muchacho
Con honda cicatriz en la mejilla
Y en los labios magnífico mostacho;
Cuando con uniforme tan flamante
A sus viejos amigos se presente
Ostentando una cruz limpia y brillante,
Que la lleva tan sólo el que es valiente;
Cuando llame otra vez á aquella puerta
Que abandonó llorando en triste dia,
Siempre á su amor y á su esperanza abierta,
¿Quién lo conocerá ? ¡ sólo María !

Pensando en estas cosas, triste y solo
Proseguía hacia el pueblo caminando
Como viajero que volvió del polo,
Y como siempre á solas murmurando:
—" Nada saben de mí. En tantos años
Ni una sola noticia pude darles
Para atenuar así los hondos daños
Que mi ausencia tal vez pudo causarles;
Pobres! acaso sin consuelo lloran
Viendo que en mí la ingratitud se encierra,
Yo no pude escribirles porque ignoran
Que es imposible hacerlo cuando hay guerra.

Hoy otra vez presentimiento oculto
Vuelve á anunciarme la desgracia inmensa
De que este amor que para mí es un culto
El olvido tendrá por recompensa.
¿ Será María como lo he soñado
La mitad cariñosa de mi vida ?
Cuando vuelva á su hogar triste y cansado
Aún podré ser feliz ? ¡ qué Dios decida !"—

Y mientras piensa con mayor constancia
En lo que el pobre corazón desea,
Más y más se acortaba la distancia
Que antes lo separaba de la aldea.

XII.

"¡ Allá está el pueblecico !
Tan humilde y tan chico
Sobre la falda azul de las montañas,
Que con todo y su ermita y sus cabañas
Un pedazo de nieve que blanquea
Parece desde aquí......¡ bendito sea !—"

Al pronunciar sin odio y sin enojos
Estas frases sencillas de cariño,
Andrés, turbado, se limpió los ojos

Porque lloraba tanto como un niño.
A lo lejos miró, firme y enhiesto
Como los centinelas en su puesto,
El monte oculto entre su densa bruma,
Y en el confín lejano
Brillando con el sol el oceano
Como un velo magnífico de espuma,
Y después vió la iglesia solitaria
Con sus altos y esbeltos cocoteros
De su santa oración y su plegaria
Eternos mensajeros......

¡Siempre el humo brotando de su lumbre,
El mismo sol saliendo por la cumbre,
El mismo mar en calma ó muy bravío.
La misma religión en la cabaña,
El mismo solitario caserío
Y el mismísimo pueblo en la montaña!

Cuando llegó junto á la cruz que estaba
Cuidada siempre con cariño santo,
Ay! y que más que nunca se ladeaba
Sobre su pedestal de calicanto,
Con su vieja creencia fervorosa
El kepi se quitó por el sombrero,
Se persignó con la mano temblorosa
Y siguió caminando más ligero,
Y caminando siempre, caminando,
Llegó al pueblo y cruzó muchas esquinas,
Pensativo y absorto, dispersando
Los concursos de gallos y gallinas.

XIII.

—Señora, por las señas que me dieron
Debo de dirigirme á aquella casa,
He llamado y sus puertas no se abrieron.
¿Es allí donde vive *ña* Tomasa?

Lo miró la señora con fijeza
Cual si evocara algún recuerdo incierto,
Hasta que dijo llena de extrañeza:
—¿No sabe usted que *ña* Tomasa ha muerto?
—No! . . . . dijo Andrés como una estatua yerto,
Sintiendo el corazón despedazado,
—Lo que me cuenta usted no lo sabía
Porque vengo de lejos . . . . soy soldado . . . .
Pero . . . . ¿vive María?
—¿La mujer de *ño* Chico? se fué al río
Por lo que halló la casa abandonada,
¡Pobre! ¡qué genio tiene tan sombrío
Desde que está casada!
—¿Podré esperarla allá mientras la hora
Llega de su regreso?
—Por supuesto:
—Muchas gracias, señora,
Dispense usted si acaso la molesto.
—No hay de qué, llegue usted hasta la casa
Y allí espere sentado con paciencia,
Pronto regresará si no se atrasa
Y así terminará su penitencia —
Y de nuevo á la casa se volvía
Con paso reposado
Cuando oyó á la mujer que le decía:
—Oiga, señor soldado,
Usted que viene acaso de la guerra
Y que sabe sin duda muchas cosas
(Perdone mi pregunta y lo que encierra
Mas . . . . ¡somos las mujeres tan curiosas!)
¿No conoció un muchacho por ventura
Que de aquí fué á la guerra y que no ha vuelto,
Que se llamaba Andrés, una criatura
De corazón muy grande y muy resuelto?—
Y la señora acarició la falda
Y el *delantal*, con el oído abierto,

Y el soldado esa vez le dió la espalda
Diciéndole al partir: —¡ Andrés ha muerto !
—¡Qué *militar* tan guapo!—se decía
Mirándolo alejarse pensativo,
—Si no fuera por eso, juraría
Que él es el mismo Andrés y que está vivo !

XIV.

Miradlo: bajo el techo se ha abrigado
Del suspirado hogar, su viejo amigo,
Y sobre el mismo banco se ha sentado
De promesas de ayer mudo testigo,
Y otra vez á su frente está María
Temblando de pavor como una muerta,
Pálida ante ese espectro que venía
A cruzar importuno por su puerta.
A pesar de encontrarlo tan cambiado
A fuerza de vigilias fatigosas,
Bajo aquel uniforme de soldado
Vió al amante de edades más hermosas.

Andrés, midiendo su desgracia inmensa,
Estuvo pensativo y cabizbajo,
Hasta que, coordinando lo que piensa,
Dijo con gran trabajo:

—Como usted lo verá, soy extranjero
Que he venido de tierras muy distantes;
Yo conocí en la guerra un compañero
Que á mi lado pasó rudos instantes;
Su nombre usted lo sabe . . . . en mi memoria
Grabado está lo que me dijo un dia......
¡Ah! ¡cuántas veces me contó su historia
Y la de usted también......¡ la de María!
¡Cuántas veces me hablaba en la velada
De tempestuosas noches invernales
De una promesa que hizo á su adorada

De llegar otra vez á estos umbrales!
Aún me parece que su queja escucho:
Si muero díle que la quise mucho,
Que tú vas de mi parte hasta su nido
Para contarle lo que yo he sufrido......
Díle que soy por ella desgraciado,
Que Dios tan sólo mi infortunio mide,
Que olvide todo lo que me ha jurado,
Que en libertad la dejo y que me olvide.

¡Pobre Andrés!......una bala
Le partió el corazón en dos pedazos......
Hoy ya su labio ni una queja exhala
Y sólo tierra estrecha entre sus brazos.
Y yo, señora, aunque quizá os asombre
Este rasgo de honor ó de simpleza,
He venido en su nombre
A cumplir como bueno su promesa.

Perdonadme si lloro......era un amigo
Que quise tánto, tánto.....
Fuí de tantas angustias el testigo .....
¿Verdad que es justo y natural mi llanto?
Ah! cuando el sol á declinar empiece
Por aquella montaña del desierto,
Pensad que Andrés una oración merece......
¡Le gusta tanto la plegaria á un muerto!

Y otra vez del hogar se fué alejando,
Sintiendo siempre de la muerte el frío,
Con sepulcral acento murmurando:
—¡Ah! ¡no me quiso como yo, Dios mío!

XV.

Dicen las gentes que desde ese día
Más huraña que nunca fué María,
Que la niña que fué toda sonrojos
Agobiada por íntimos agravios,

Llevó siempre una lágrima en los ojos
Y contraídos de dolor los labios,
Que tan pálida estaba y tan hermosa
Envuelta en sus crespones de tristeza,
Que al pasar como virgen dolorosa
Todos se descubrían la cabeza;
Que *ño Chico* y Manuel no conocieron
Aquel mal tan oculto que la hiere,
Y que al verla tan triste, se dijeron:
—"¡ Si sigue así, Dios santo, se nos muere!"—
Que al verla todos agostada y fría
Dijeron al pasar:—"¡ Pobre María!
¡ Acaso llora porque Andrés ha muerto !"—
Que tuvo desde entonces la manía
De mirar la montaña del desierto.
....
....
....
....

Y mientras tanto Andrés, va por la cumbre
Retirada y azul de las montañas
Mirando con inmensa pesadumbre
A lo lejos la ermita y sus cabañas.
Caminando por nuevos horizontes
Se hace el tranquilo hogar más y más chico
Hasta que vió en la falda de los montes
Como el puño cerrado el pueblecico.

Caminando sin rumbo, caminando,
Lágrima ardiente su pupila esconde
Porque la dicha atrás se va quedando
Y porque irá á morir Dios sabe dónde,
Lloró agobiado por dolor ignoto
Al ver tan lejos la risueña aldea,
Perdida y sola en el confín remoto
Como un copo de nieve que blanquea !

FIN

ÍNDICE

